

LEONCIO RODRIGUEZ

ESTAMPAS TINERFEÑAS



SANTA CRUZ DE TENERIFE.—(Islas Canarias)

LEONCIO RODRÍGUEZ

ESTAMPAS TINERFEÑAS

PRÓLOGO

de JOSÉ MANUEL GUIMERÁ

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

Santa Cruz de Tenerife
(Islas Canarias)

- 782177 -

PRÓLOGO

Una isla es siempre interesante. La preside el misterio de su formación y en ella la vida, que emerge del mar o se fracciona de la tierra, se concentra y se abre más lentamente, pero con doble fuerza porque ha de vencer a su propia prisión.

Mas, a poco que se la considere, se junta a esa manifestación vital de la isla, un carácter simbólico. Todo, en efecto, es isla en nuestra vida. El hogar y la familia; la escuela, el taller, el templo, el círculo de amigos. Dijérase que cuanto es intenso y fundamental, es isla con respecto al mundo circundante. Hasta el hombre, en sus pasiones o en su santidad, se aísla; es decir: se hace isla. Y a medida que el núcleo va siendo más imperioso y trascendente, como la casa y el cementerio, culmina en la vida como una isla, más claramente recortada y con un carácter más sagrado.

Cuando enlazamos estas consideraciones a la idea simple de isla, se nos aparece ésta como ennoblecida con el carácter simbólico que adquiere. Esto, de un modo general o primario, porque después se acentúan sus caracteres propios. Así, por ejemplo, el alma de una isla está siempre en lucha, en el grado que quiera que sea, con el tiempo y el espacio. Las cosas tardan en llegar a ella, y cuando llegan, llegan debilitadas. En cambio la isla las recibe con ansia, siempre un poco sedienta en su alejamiento. Recibe influencias que acaso fueron racha de un día en el

continente hervoroso, y, por el contrario, tarda en percibir los cambios más lentos y profundos que se operan allí. Con estos desniveles se va formando su manera de ser. Cuando la isla es pequeña es natural que las capas superficiales vivan en casi continua agitación y que tarde en encontrarse a sí misma. Por eso las islas son, antes que motores que impulsan, espacios que vibran. Hay en ellas como una cierta desorientación que las hace soñadoras, inquietas y resignadas y al mismo tiempo lugares de calma donde la vida se remansa.

¿Qué nos dice Tenerife, este Tenerife que se abre y se contrae; lento y aguzado hacia el continente; sensible y con su inmensa mole a cuestas, como un caracol en medio del mar?

En la pródiga naturaleza nuestra, donde los frutos cuajan y las flores se abren sin otros cuidados que los que cielo y tierra espontáneamente les prodigan, hay que hacer un esfuerzo para que todo no sea canto a la vida prolífica y templada que nos sale al paso. Son otros los momentos, y más que la hora de cantar es la hora de sentir, de comprender, de preparar. La isla se estancó en su misma placidez, pero quién sabe si esa ley superior que preside en el mundo la marcha de las cosas, no hizo que aquella quietud fuese sólo incubación lenta y segura, retardamiento histórico para el momento oportuno de su madurez. En este aspecto cabe el ser optimistas. Optimistas, no con ligereza y desprevenición, sino con el sentimiento consciente y hondo de saber que el instante ha llegado y que el esfuerzo tendrá la recompensa de una máxima fecundidad. Porque toda labor y todo empeño tienen su momento. La vida es un mañana que espera siempre algo de nosotros. Mitad intuición y mitad razonamiento, hay que saber buscar el ins-

tante en que hemos de comparecer ante ella con nuestros recursos. Y ese instante se centra en el encuentro de un pasado que fué enseñanza y entrenamiento y que llega a nosotros para que sepamos articularlo al porvenir.

A las grandes jornadas de vértigo suceden, por compensación natural, las etapas de calma, igual en nuestra vida diaria que en las grandes bregas de la humanidad. Entonces se hermanan los contrastes que antes estuvieron en lucha; es decir: lo innovador y lo tradicional y hacen alianza hasta fundirse para formar un todo compacto que a su vez entrará en lucha cuando llegue un nuevo instante en el inacabable proceso histórico. Para ese día de hermanamiento de contrastes, estemos noblemente preparados. En ningún sitio mejor que aquí, donde la isla es un magno contraste en una luminosa unidad.

La isla es contraste en su vida toda: en el aspecto exterior, en la impresión con que se ofrece, en su modo de ser donde se reflejan o condensan sus características. Quien arribe a ella por primera vez no puede sospechar, al sentir en la vista el choque de la roca dura y áspera saliéndole al encuentro en medio del mar, que en los repliegues de aquellas escarpas se abre, dulcemente, la maravilla de unos valles; como no puede tampoco imaginar que detrás de las montañas ingratas y peladas, cante el agua en los montes altos y verdes. Y una vez dentro de la isla y apenas dados los primeros pasos, aprecia ya la diferencia entre las llanuras renegridas, los arenales y las tierras secas, y las colinas suaves, las bruscas pendientes y las profundas frondas húmedas. Y al subir a las vértebras de su cor-

dillera, contempla, casi al alcance de la mano, a un lado la milenaria formación geológica en las playas tendidas que salen poco a poco de las aguas y trepan, hechas tierra, isla arriba, y al otro las huellas de la pavorosa sacudida en el terrible acantilado cayendo en tajo sobre el mar desde el aire al abismo. Y por el gigantesco declive del volcán puede juntar en unas horas, vivientes y olorosos, los musgos y conchas de la mar, donde la vida empieza, y las retamas de la altura, donde la vida acaba. Y dentro de las zonas de esta vida, cardones y piteras con laureles y castaños; lugar de nupcias del pino y la palmera que se desconsolaban por no verse en el poema de Heine. Tierra de contrastes. Tierra pequeña y de infinito, donde el fuego, la aridez y la ternura viven cogidos de la mano en una blanda respiración. Grata unidad de sosiego entre tanto acusado y próximo contraste.

Pues esas notas de la vida física, parece que se reflejan en el modo de ser de la isla. Su espíritu es también contraste, curiosa aleación de tantos componentes como se han ido decantando en él. Vive su vida solitaria y de relación, recelosa y confiada y aparece expansiva en la ciudad y reconcentrada en el campo; un poco escéptica por el trato que ha recibido y crédula al mismo tiempo; indiferente y apasionada; abandonada en sus maneras y con un fondo de cierto señorío; mitad trabajadora y esperanzada y mitad fatalista y perezosa. Y todo esto, como en su mundo físico, dentro de una unidad de paz, de campechanía, de naturalidad.

Estos claro-oscuros de su vida aparecen en las páginas de Leoncio Rodríguez. Como espesa hierba

lindando con la parda extensión, o mejor aún, como las alegres bougainvillas enredadas a la ladera calcinada, se entrelazan en las "estampas" recónditos atavismos y claros destellos de bondad, pinceladas sombrías y rumores de brisa fresca; que así se manifiesta y así es el alma del pueblo; del nuestro y de todos, porque en todos van juntos, en la misma gruesa corriente, la transparente aportación de los arroyos y el légamo del fondo misterioso.

Pero es que al lado de esta hermandad de sombra y luz que hay dondequiera, vive y destaca lo que es propio y característico, lo que es ya particular concreción de una vida determinada, la herencia de sus tradiciones, su inconfundible fisonomía; en una palabra: la savia única que produce un suelo dado en un ambiente dado. Y esa es la contribución magnífica que hace Leoncio Rodríguez para reforzar la vida espiritual de nuestra isla. Al poner como en relieve, sobria y cálidamente, tipos, momentos, atmósfera, estratos raciales del pueblo, efectúa al mismo tiempo una doble y elevada tarea: revaloriza bellas cosas que amenazaban perderse en nuestra incuria y las hace presente para las generaciones que vengan. Y los presentes que más se quieren son los hechos con cosas que el tiempo ha prestigiado, como la joya que se guarda, que acaso no tiene otro mérito que su vejez, pero que es lo que se lega como un privilegio del cariño.

Y ahora, lector, sin preparaciones ni aliños, que no necesita, adéntrate en el libro. Verás con qué amor, con qué pulcritud, con qué sencillez, con qué selección está concluido. Así lo ha hecho Leoncio Rodríguez y no podía hacerlo de otro modo. Siente la isla de la manera más íntima y entrañable. La hace suya en el fervor con que la trata y en la bondad con que

la sueña. Él es también un poco como ella: algo hosco y reconcentrado de lejos; efusivo y cordial en la intimidad del trato.

Con esa ausencia de personal exhibición que es una de las características de su sencillez, me dijo al requerirme bondadosamente para la iniciación de estas líneas: "Que sean como una estampa más". Eso sí que no puede ni debe ser. La vida no se imita; es como es. Y las descripciones, lector, que verás a lo largo de este libro, tienen tal colorido, están hechas de un modo tan ágil y fuerte, que más que estampas son verdaderos cuadros vivientes donde hierven y se suceden los más dispares episodios y momentos. Vida de pueblo de aquí y de allá; ráfagas del pueblo de antes y de después. Y todo eso saturado de un espíritu de comprensión y de bondad y flotando y envuelto en un color de tradiciones y de luz tinerreña.

Ni otra estampa más, ni elogios para las que él hizo. Hablando del marco y el cuadro dice Ortega y Gasset: "En vez de atraer sobre sí la mirada, el marco se limita a condensarla y verterla desde luego en el cuadro". Ojalá estas líneas sean marco apropiado a través del cual puedan desfilan, uno a uno, estos bellos cuadros de Leoncio Rodríguez. Ojalá los enmarque tan bien, que las retinas del alma se impresionen con un surco indeleble y profundo en el amor para las cosas de la isla.

JOSÉ MANUEL GUIMERA

En la cumbre

Camino de la Esperanza... Abajo, la Vega lagunera desperezándose al ruido de las campanas que llaman a misa a los fieles. Por los atajos y veredas, jóvenes aldeanas, con sus sombrerillos de palma y sus pañuelos desplegados al aire, con rumbo a la ciudad. Marchan presurosas, esquivando nuestros piropos.

Unos viejos molinos muestran la armazón de sus aspas sin velas, como esqueletos de gigantes. Los rústicos artefactos, con sus maderas carcomidas y sus paredes agrietadas, semejan despojos de aquella espantable y jamás imaginada aventura del valeroso caballero manchego, cuyo espíritu parece vagar por la desierta llanura.

Alborozando la campiña, las bestias avanzan con paso firme y ordenado. Al frente de la caravana, "Nerón", el falderillo que acompaña a los arrieros, camina arrogante y alegre, moviendo el rabo como en señal de orgullo por el puesto de honor que ocupa en la comitiva.

La caballería que conduce a Mr. Braathen, uno de nuestros compañeros de expedición, tropieza con uno de los incontables baches del camino. Repuesto del susto, Mr. Braathen nos pregunta por qué llaman a aquello un "camino real". Y nos vemos perplejos para satisfacer la curiosidad del ilustre extranjero.

Atravesamos el caserío de la Esperanza. Los campesinos, arrebujados en sus mantas, se asoman a las puertas de las viejas chozas, y nos dan, corteses, los

buenos días. Prolíficas mujeres, de sayas rojas y reacias pantorrillas curtidas por el sol, acallan los ladridos de los perros que pugnan por salir a nuestro encuentro, retadores y bravos desde lo alto de las cercas erizadas de zarzas.

La Esperanza no era aquel día la región que habíamos visto otras veces envuelta en nieblas, azotada por los vientos. La luz sonreía sobre los campos ubérrimos, de tierras rojizas, que tantas veces vistieron lutos de invierno. Todo era placidez y sosiego, alegría de primavera, verdor de huertas.

Bordeando los pinares, proseguimos nuestra marcha hacia la cumbre. En El Roquillo, a unos novecientos metros de altura, divisamos el puerto de Santa Cruz, los vapores anclados en la bahía, y la cordillera de Anaga sirviendo de marco al paisaje. A lo lejos, la silueta de Gran Canaria, y, entre una y otra isla, las velas de los pallebots que se balancean sobre el mar, bruñido y luminoso como un espejo.

Avanzamos por el camino del Madroño, pasando por la Montaña del Cerro, el Llano de los Poleos y de las Goteras, y abriéndonos paso entre los brezos que cubren las extensas planicies, llegamos al Pico de las Flores, digno en verdad de ostentar este nombre por el admirable paisaje que desde sus alturas se contempla.

Santa Cruz, La Laguna y algunos caseríos de la costa norte se destacan sobre la tonalidad gris de las costas, entre montañas doradas por el sol. Sobre los montes de las Mercedes teje la niebla sus cendales de plata, y avanza lenta sobre la Vega, envolviéndola, como a una novicia, con albas vestiduras.

A la izquierda, dominando la espesura del bosque, pinos centenarios se yerguen sobre las crestas de las montañas, dibujando sus gallardas siluetas. Los fotógrafos no se cansan de impresionar placas. A ca-



“...y apaleando las ovejas, que parecen copos de algodón sobre el fondo verde de la ladera, se pierden en el misterio y en las sombras del pinar...”

da recodo del terreno se ofrece una perspectiva distinta. Unas veces las cortinas de las montañas nos muestran al fondo un trozo de mar; otras, un acantilado de la costa bordeado de espumas, y entre las mutaciones del imponente escenario, la nota plácida de un valle que se refugia al socaire de los riscos, bajo la sombra de los pinos, o de una ladera donde corretean las ovejas y tras ellas unos pastorcillos envueltos en mantas negruzcas, que se confunden con el color ocre de la tierra. Huraños y recelosos, se acercan al paso de nuestra caravana, y cuando los fotógrafos quieren enfocarlos en sus máquinas, se envuelven la cabeza con las mantas, y apaleando las ovejas que parecen copos de algodón sobre el fondo verde de la ladera se pierden en el misterio y en las sombras del pinar...

Desde el Pico de las Flores seguimos hacia la Cueva del Tostador, pasamos por las montañas de las Carboneras, Bilmaje y Cabeza de Toro, y nos internamos en Las Lagunetas, una vasta planicie, cubierta totalmente de helechos.

El paisaje sigue ofreciendo los más bellos contrastes. Por un lado, los caseríos de Tejina, Valle de Guerra, Tacoronte y El Sauzal; por otro, los pinares del Rosario, y el mar, abajo, rugiente en los acantilados de la costa. Desde estos lugares, la Isla se nos muestra en toda la plenitud de su belleza. Una belleza virgen, radiante de luz, llena de vigor y lozanía, que se ha refugiado en la soledad y misterio de estas cumbres.



La fuente del Chupadero... Otro alto en el camino. Los guías nos dicen que estamos frente a la Victoria, cuyo caserío se divisa a lo lejos, rodeado de palmeras.

Junto a la fuente, unos cuantos cazadores rústicos dan fin a un frugal ayanto. Tienden después sus escopetas sobre los hombros, y se alejan, camino abajo, dando silbos a los perros que se quedan rezagados olfateando los despojos del festín. Al poco tiempo, una piara de cerdos husmea también los restos del almuerzo de los cazadores.

Mientras descansamos, Mr. Braathen abre un paraguas y se tiende sobre la ladera. Nosotros le imitamos, y tras algunos minutos de siesta, reanudamos la jornada.

Pasamos por los altos de las Bodegas de Chimisay, sitio famoso por sus vinos, y continuamos hacia los Corrales, Montaña Blanca y Los Castrados, de donde contemplamos el espléndido valle de la Orotava, a un lado, y la extensa llanura de Güimar a otro,

El panorama en este sitio es de una grandiosidad indescriptible. Los montes de la Orotava, de Arafo, de Igueste de Candelaria y Güimar, llegan hasta las proximidades de la cumbre, ofreciendo contrastes de belleza, chorros de luz y dislocaciones de montañas que asombran y maravillan.

La tarde comienza a declinar y los horizontes se tiñen de tonalidades rojas. Al frente el Teide eleva su cono inmenso, en medio de un cielo diáfano y sereno.

—Ya estamos en el refugio de Pedro Gil, nos dice uno de los guías. Aquí pasaremos la noche...

Nuestras miradas escudriñan en las sombras, y no acertamos a ver sino un montón de piedras y en el fondo un agujero que nos dicen es la puerta del "hotel" en que aquella noche hemos de reposar nuestras fatigas.

El frío arrecia y no hay más remedio que penetrar en el "dormitorio", que acaso en otro tiempo fuese confortable, pero que ahora apenas llená su co-

metido. Tales son las grietas, rendijas y rotos de sus paredes, medio en ruinas.

Pero hay que hacer justicia al espíritu de previsión y laboriosidad del constructor del refugio, al que dotó de un techo abovedado y puso al centro un tirante de tea. Este nos sirve para colgar un farol, que parecía una lámpara funeraria proyectando su luz mortecina en la lobreguez de la reducida vivienda.

Al penetrar en sus umbrales, Mr. Braathen pondera el "tipismo" de la estancia. Los excursionistas se disponen a escoger sus lechos, y alguno se dedica a hacer chistes para disipar nuestro tedio.

—El que sea ferviente católico—decía—se dará cuenta de los dolores que debió pasar la Virgen en el portal de Belén...

Tratamos de amenizar la velada jugando a la baraja, pero alguien objeta:

—Es inútil. No se puede tirar porque no hay "puerta".

Apagamos por fin la lámpara que colgaba del tirante, y a los pocos momentos casi todos los excursionistas dormían como benditos en el duro lecho de la choza, que hubimos de bautizar con el nombre de "Hotel de Don Pedro Gil".

Al amanecer, apenas comenzaron a disiparse las negruras en el improvisado albergue, parecía como si se operase en torno de nosotros un milagro de resurrección. Nuestras siluetas se dibujaban y movían en las sombras como fantásticas apariciones. Y a medida que íbamos cobrando vida, cada uno narraba sus sobresaltos y sus pesadillas durante la noche, en el frío glacial de la cueva. Hubo quien se quejara de extraños dolores, como si le hubiesen apaleado el cuerpo con huesos de difuntos, y quien sintiera a la madrugada unos pasos menudos y sigilosos, y como

el ruido de una sierra en una calavera, que, según luego se supo, había sido producido por uno de los conejos que llevaba el cocinero de la expedición, que se entretuvo en roer una pata de pollo...

¡Tenebrosa noche de invierno en la cueva de Pedro Gil! Pocos podrán ufanarse de haber sentido tan cerca los misterios de Ultratumba.



“...y entre los pinos y los brezos, el Pico de las Flores, digno en verdad de ostentar este nombre por el admirable paisaje que desde su altura se contempla”

El volcán

Desentumecidos ya nuestros cuerpos, y confortados por una suave brisa matinal, partimos de Pedro Gil con rumbo a las Cañadas.

Mr. Braathen, que marcha a nuestro lado, rompe en una melodía silbada, que ha sido su especialidad durante la jornada anterior, hasta el punto de que algunas veces llegamos a creer que llevábamos una flauta o una ocarina en la expedición. Ahora intercala en su repertorio un pasodoble flamenco, a cuyo alegre compás aviva su trote el mulo en que cabalga.

El gran alpinista interrumpe de pronto sus fermatas, y nos dice, rebosando optimismo:

—¡Oh, amigo, qué agradable es la Naturaleza!

Efectivamente, todo nos invita a amar la vida y bendecir la Naturaleza: el sol, el cielo, la vegetación agreste y brava que nos rodea, el sosiego de aquella mañana, la grandeza del Teide, los horizontes teñidos de azul violeta.

Como en una cinta cinematográfica van sucediéndose las montañas y desfiladeros. Pasamos por la Negrita, los Dornajos, Yegua Blanca, Llano de la Rosa y los Pastelitos. Entramos ahora, después de cruzar aquellas enormes extensiones de terreno cubierto de retamas, en los Llanos de Maja.

Mr. Braathen se deshace en elogios de las condiciones que ofrece esta llanura para deportes. Se la imagina sirviendo de escena a unos Juegos Olímpicos.

cos o convertida en Gran Hipódromo para disputarse la Copa del Teide...

Seguimos recorriendo llanuras inmensas, interminables, cuyos nombres nos van enumerando los guías. La Cruz de Abreu; el Llano de los Infantes, todas pobladas de retamas. En sus bordes nos detenemos a contemplar las huellas y estragos del cataclismo, grabadas aún en las cortaduras y retorcimientos de las ingentes rocas. Dantesco espectáculo, que nos hace recordar los versos de "La Atlántida":

¡Tremebundo castigo!, con sus rocas y grava
leña del Teide suben Atlantes en montón,
que al recogerlos luego con sus ríos de lava
los echa más arriba en rojizo aluvión.

Cada una de estas Cañadas tiene su apelativo: la del Portillo, que da acceso a la vasta planicie; la del Guanchero, que es la que transitan los vecinos de la Guancha; la de Diego Hernández, donde existe una cueva para refugio de los caminantes en invierno; la de las Pilas, que es la más extensa; la de la Angostura, la de la Camellita y la del Montón de Trigo.

En todas ellas no existe otra vegetación que las retamas, que en la primavera se cubren de flores blancas, ofreciendo un aspecto que causa la admiración de los viajeros. Algunos han hablado de la colonización de estas tierras y han planteado el problema de si la poca presión atmosférica puede permitir el desarrollo de vegetación para el ganado, que suele ser abundante en algunas épocas. Aquel día, en efecto, hallamos una porción de cabras montaraces, que según nos dicen los guías pertenecen a los predios del Sur.

Después de pasar el Llano de los Infantes, comen-

zamos a descender hacia la Cañada llamada de la Grieta, situada frente a la Montaña de Guajara.

Los guías equivocan el camino, y algunos de los excursionistas se ven obligados a bajar por un precipicio. Momentos después nos reunimos todos en el fondo de la Cañada, y ya en completa franquía continuamos hasta las casetas de los Observatorios, donde aquella noche habíamos de pernoctar.



A la siguiente mañana la expedición se hallaba otra vez en marcha.

Faltaba en la caravana uno de los excursionistas, Mr. Braathen, que más diligente que nosotros decidió partir de las Cañadas a media noche para emprender a pié la ascensión al volcán.

El terreno ha cambiado totalmente de aspecto, y el paisaje se torna abrupto e imponente. Habíamos llegado al comienzo del cono. Las caballerías trepan sobre escalones de piedra renegrida, agrietada y deforme... La lava cubre las faldas de la montaña con su negro sudario. Algunas retamas se yerguen en los bordes de los precipicios; otras retuercen sus brazos, que parecen contraerse en muecas de rebeldía y desesperación, sobre la aridez del suelo.

Entre unas piedras nos muestran una violeta del Teide. La vida triunfa aun entre estos despojos del volcán, que parecen como ruinas de un panteón gigantesco sepultado por las furias del cataclismo. Despojos milenarios, que rodaron un día desde la alta cima y cayeron a sus piés en informe montón de escorias.

Subimos ahora por la Montaña Blanca, cruzando sus zonas de piedra pómez, en otros tiempos objeto de explotación industrial. En sus laderas, sobre el

lecho de color ocre de la arena, enormes piedras de obsidiana, brillantes como azabaches, parecen gigantescas cuentas de un rosario que brillan sobre el fondo blanco de la montaña.

El camino se hace cada vez más accidentado y penoso. En un recodo, topamos con unas piedras gigantescas que descansan sobre un pequeño altozano. "Estancia de los Ingleses", exclaman los guías a una voz. Uno de los cicerones, José Bethencourt, un fornido mocetón que durante la marcha ha hecho prodigios de agilidad al trepar por la lava, nos dice que este es el sitio más indicado para refugio en las jornadas invernales. Y nos invita a descansar debajo de estas moles, en las que se ven numerosas inscripciones de fechas y nombres de expedicionarios extranjeros.

Bethencourt, que es hijo de un práctico que lleva más de cuarenta años dedicado al oficio de conducir turistas al Pico, nos habla de las penalidades que ha sufrido en estos lugares y también de sus proezas en las jornadas más rudas, cuando ha tenido que luchar con las ventiscas, en noches tormentosas y terribles. Ello le ha valido abundantes propinas y una serie de retratos con encomiásticas y expresivas dedicatorias. Conserva hasta un sombrero que le regaló el Príncipe Enrique de Prusia. ¡Qué hombre más sencillo!, nos dice. La noche que estuvo aquí se puso la manta de un arriero y se quedó con nosotros debajo de una retama...



Seguimos después hasta la estancia llamada de los Alemanes. El camino se empina más y más, y aunque dirigimos las miradas hacia arriba no vemos sino peñascos enormes, que parece van a desplomarse sobre nosotros.

—¿Y Alta-Vista?—preguntamos al guía que llevamos a nuestro lado.

—Tenga paciencia, nos dice, que falta poco.

Los excursionistas, extenuados y jadeantes, apenas prorrumpen palabra.

A “Nerón” lo trae su amo montado en un jumento. Él, tan decidido y vivaz al principio, viene con las orejas gachas. Su cara es de sueño y su mirada indiferente a cuanto le rodea.

Las caballerías hacen un esfuerzo supremo para subir otro repecho, y... ¡Alta-Vista!, grita el guía que marcha delante.

Hemos llegado a tres mil metros de altura. Allá abajo están las Cañadas con sus retamas diminutas, y más allá la cordillera central, sin filos ni prominencias. Todo se ha empequeñecido. Una mano invisible parece que ha allanado y suavizado el lomo de la Isla. Las montañas parecen como dromedarios tendidos al sol que muestran sobre la blandura de los valles sus jorobas amarillentas.

Entramos en el refugio de Alta-Vista. En la habitación no hay más menaje que una ancha tarima con unos viejos colchones. Sobre ellos hallamos una tarjeta que nos ha dejado Mr. Braathen. “Los gemelos, nos dice, están aquí dentro para que no los olviden cuando suban. Sírvanse, además, traerme una manzana y un plátano para arriba.”



Tras un breve descanso nos disponemos a continuar la penosa subida, ahora con menos alientos que antes. A cada metro que avanzamos hemos de detenernos porque la respiración se nos hace fatigosa y la sangre se agolpa a nuestras sienas. Algunos se cuentan las pulsaciones; otros procuran justificar su

cansancio, atribuyéndolo a una prematura digestión del caldo de gallina que han tomado en Alta-Vista. Hay quien se obstina todavía en hacer chistes; pero la hosquedad del ambiente rechaza toda clase de chirigotas. A mayor abundamiento de penalidades y fatigas hemos llegado a la región del azufre, a las propias fauces del volcán, que exhalan grandes emanaciones por los intersticios de las piedras. Los guías nos dicen que estos yacimientos de azufre abundan desde la Rambleta, a la que hemos subido, hasta la cima del volcán, aunque las principales minas se hallan en la montaña Ruana y en el Pico de Chora.

Ya en los últimos repechos de la escarpada cuesta, tratamos de inquirir la altura a que nos hallamos, y nos dicen que aún nos queda un largo trecho que subir del "Pilón de Azúcar"... Vuelta, pues, a descansar, y a interrogarnos los unos a los otros con expresión de angustia cómo si alentásemos en el vacío, bajo una campana pneumática.

Por fin, vencido el último repecho, una densa ráfaga de gases sulfurosos nos anuncia la proximidad del cráter. Comienza entonces a desatarse una tormenta. Una nube plomiza nos envuelve, borrando nuestras siluetas, y un fuerte ventisquero teje a nuestro alrededor una red sutil, de hilos y flechas de nieve que nos azotan el rostro o se posan sobre nuestros trajes como motas de algodón.

A los pocos instantes, oíase en la cúspide del volcán nuestro clamor de triunfo. "¡Viva el Teide!" Y el grito de júbilo resuena sobre la humeante caldera como un pregón de vida en medio de aquellas soledades de muerte.



Una de las primeras impresiones que se experimentan en el cráter es la que ya habíamos anotado al lle-



“...El camino se empina más y más y no vemos sino peñascos enormes, que parece van a desplomarse sobre nosotros...”

gar a Alta-Vista: el singular aspecto que ofrece la Isla, extendida a las plantas del coloso como una suave ladera al fondo de la cual sólo se ven unas pequeñas manchas de vegetación. El resto de la Isla, sus montañas más prominentes, sus llanuras y sus valles parecen confundirse en la tonalidad ocre, de tierra africana, que se extiende desde las cumbres hasta la orilla del mar.

Esta misma impresión reflejan en sus narraciones de viaje muchos de los sabios que han visitado el volcán. Uno de ellos ha dicho que siendo la isla de Tenerife tan montuosa, que no contiene menos de 2.000 cerros desiguales, no parece, vista desde el Teide, sino una plataforma perfectamente plana.

La nube plomiza, cada vez más densa, nos veda la contemplación del paisaje; pero a veces ráfagas de viento huracanado recorren el tupido cortinaje, y de un lecho de blondas surgen los blancos caseríos que rápidamente vuelven a ocultarse, como si se sumieran en las fauces de un abismo para volver a reaparecer, radiantes de luz.

Las emanaciones de azufre en la hondonada del cráter, se hacen cada vez más intensas. Algunos excursionistas, insensibles a aquel ambiente tibio que produce vértigos y mareos, se entretienen en hacer rodar piedras por las escarpadas vertientes. Otros nos refugiamos en los bordes de la caldera, huyendo de las bocanadas de gases que despiden las grietas de la montaña.

Mr. Braathen, al que hemos encontrado en el fondo de la caldera, recostado sobre unas piedras, nos dice que había perdido el camino y no pudo llegar al cráter hasta las diez de la mañana. Desde aquella hora hasta las dos de la tarde, en que le encontramos, había dedicado a hacer fotografías, a examinar las solfataras, y, para aprovechar bien su tiempo, a dor-

mir una siesta en el cráter, al calor de uno de aquellos hervideros que tan desagradables nos resultan a nosotros.

Temeroso de acercarse a los bordes del cráter, "Nerón", aterido de frío, se refugia en una hendidura del terreno. Acudimos en su auxilio, y sacándole de su escondrijo, lo llevamos hasta la eminencia del volcán para hacerle una fotografía que recordara al mundo su odisea. El infeliz tiembla como un azogado al ver desde la imponente altura el inmenso abismo que se abre a sus piés. "Nerón" desciende después de su solio, mohino y melancólico, para tornar a refugiarse en su escondrijo. ¡Pobre "emperador"! ¡Que mal le sientan las alturas!

Sigue el volcán despidiendo humo; arrecia la ventisca y la nube torna a envolver el paisaje. Sólo divisamos, rompiendo el espeso velo, las crestas del Guajara, iluminadas por un resplandor rojizo, y el Pico Viejo, envuelto en una clámide de brumas.

El paisaje torna a mostrarse hosco y sombrío. Díjérase que no es este el cuadro que nos pintaban los poetas, de los valles floridos, de las llanuras verdes, de los horizontes de nácar. No; no era el poema soñado por Tasso, la tierra donde

"E nutre ai prati l'erba, all'erba i fiori,
Ai fior d'or, l'ombra alle piante eterna."



Al retornar a Alta-Vista visitamos la llamada Cueva del Hielo, a la que descendemos por una escalera de unos cuatro o cinco metros de altura. Esta cueva ofrece particularidades y características tales, que ha suscitado las más diversas opiniones entre los hombres de ciencia que la han visitado. ¿Cómo se

forma el hielo en su recinto? He aquí el problema a discutir. Opinaba Humboldt que el Pico de Tenerife, como los volcanes de los Andes y los de la isla de Luzón, encierra en su interior grandes cavidades que se llenan de agua atmosférica debida a la infiltración, y de ahí el origen de las muchas fuentes que existen en los alrededores del Pico, de las que uno de los guías nos hace la siguiente relación: fuente de la Grieta, en Guajara; la de Caramujo, en Maja; la de las Pimenteras, en lo alto de Guajara; la del Riachuelo, en los llanos de Ucanga; la de la Fortaleza, la de la ladera de Tigayga y otras. ¿Será ésta también una fuente donde el surtidor se ha convertido en una capa de hielo? Mas, ¿en virtud de que fenómeno se produce el hielo? Decía a este propósito otro hombre de ciencia, Mr. Edens, que en la citada cueva suele haber como una vara de agua extremadamente fría y que, al romperse el hielo, salta el agua por debajo a borbotones. Deducía de este fenómeno que debe tratarse de un abismo insondable, puesto que, con un escandallo de 6.000 brazas, no se le ha hallado el fondo. ¿Si será éste—preguntaba—un depósito que surte de manantiales a la isla? ¿Si procederán de él los que brotan en los nacederos de Agua Mansa y Agua García? He aquí el misterio que, según Mr. Edens confesaba, le era imposible descifrar.



Desde la Cueva del Hielo nos dirigimos de nuevo a Alta-Vista, donde reponemos nuestras fuerzas, y ya al declinar el sol emprendemos el regreso a las Cañadas.

La noche nos sorprende en el camino. La cabalgata desciende entre sombras, sorteando los múltiples baches, recodos y pendientes de los interminables

senderos de lava que desde la Montaña Blanca nos conducen a los pies del volcán.

Esta jornada, la más peligrosa de la excursión por la oscuridad en que nos hallamos sumidos, infunde pavor en algunos momentos. Afortunadamente, las caballerías, familiarizadas con el abrupto terreno, salvan los obstáculos con instinto certero, y llegamos a la planicie de las Cañadas sin haber tenido que lamentar percances.

Nuestra misión había terminado felizmente. Reanimáronse nuestros espíritus, serenáronse nuestros nervios, y parecía como si se ensancharan de nuevo nuestros pulmones al contacto de aquel aire fresco y sano de las Cañadas...

La llanura se nos ofrecía ahora como un sedante y un muelle descanso tras las horas de fatigas y penalidades en las crestas del volcán. Pero nos embargaba aún la emoción del soberbio, inenarrable espectáculo.

Todavía parecía humear ante nuestros ojos la caldera infernal. Todavía sentíamos rozar en nuestras frentes aquellos hilos sutiles, finos y punzantes como saetas, que en la alta cúspide tejían el turbante de nieve del coloso.

El Monte de las Aguas

Para visitar el famoso Monte de Las Aguas, el más importante de la isla, emprendemos la excursión por El Palmar, pintoresco pueblecito situado en medio de un espléndido valle. Los habitantes de estos lugares, gentes sencillas y hospitalarias, nos brindan los más cariñosos agasajos, y en la pequeña plazuela del pueblo platicamos amigablemente con un grupo de aldeanos. Uno de ellos nos dice:

—Si se “dilatan” ustedes un poco les daremos a conocer el vino del Palmar.

Y, en efecto, a los pocos instantes, una guapa moza nos trae una botella con la mejor malvasía de la tierra.

Muy agradecidos al galante obsequio, nos despedimos de estos condescendientes vecinos, que en medio del aislamiento en que se hallan practican la cortesía con las más exquisitas maneras.

—¡Vayan ustedes con Dios!—nos dicen las lugareñas que encontramos en el camino—. ¡Que tengan ustedes buen viaje!

Y seguimos la marcha por la Cumbrita hasta entrar en el monte de los Chupaderos, desde el cual continuamos hasta el Lomo de los Tomillos. En este sitio contemplamos la grandiosidad y exuberancia de la selva, que se extiende hasta las cumbres en compactas masas de arbolado.



El frondoso bosque, poblado de brezos, laureles, hayas, viñátigos y otras especies, en una extensión

de más de 500 hectáreas, se halla sometido a una explotación constante, y es tal su fertilidad, según nos dicen, que a los dos años de practicada una corta no quedan ni vestigios de ella, pues el sitio explotado aparece en las mismas condiciones de espesura y lozanía que el resto del monte. Tal especialidad permite al Municipio de Los Silos obtener una renta no superada por ningún otro. Y de ahí que en las estadísticas oficiales figure este Monte de las Aguas entre los de tipo más elevado en toda España por el estereo de leña.

Además de las especies citadas aumentan el valor forestal de esta selva, los adernos, mocanes y palos blancos y algunos ejemplares privativos de ella, como el "*pillosparum coriaceum*", que encontró en su búsqueda científica el ilustre botanista M. Berthelot.

Todo esto da un extraordinario realce a la hermosa floresta que en otro país, de más sentido turístico que el nuestro, sería sitio obligado de excursión y recreo.

En la actualidad la visitan unicamente los campesinos de los contornos que a ella van a hacer sus labores de aprovechamiento. Pero son muy pocas, seguramente, las personas de otros lugares que hayan sentido la curiosidad de llegar hasta este bello rincón de la tierra, oculto en la soledad de las cumbres.

Las dificultades que existían para la saca de los productos forestales, hizo ver la necesidad de construir un camino que permitiese explotar una buena parte del predio hoy inaccesible, y que fuese, a la vez, vía de comunicación entre las zonas norte y sur de la isla, suprimiendo el inmenso rodeo que se da en la actualidad. Hoy, esa mejora está realizada, y, no obstante las grandes pendientes que impedían cruzar la mayor parte del monte, el trazado se hizo de tal forma, que con un pequeño declive se llega a Las Moradas,

para enlazar con el camino que desde este punto conduce al pueblo de Los Silos.

La extensa ruta forestal tiene el suficiente ancho para que puedan cruzarse dos caballerías cargadas (único medio de transporte que se emplea) y en todas las vueltas del camino se ha dispuesto de espacios suficientes para que puedan servir de apartaderos.



El camino ondula entre las hondonadas del bosque, abriéndose brecha entre la tupida masa vegetal, de simetría tan perfecta, que parece como si un mágico jardinero hubiese cortado a un mismo rasero sus árboles, disimulando las quebraduras del terreno y cubriéndolo todo con un lienzo de suave tono verde. Sólo en algunos trozos, unas manchas rojas, de geranios en flor, rompen la monotonía del paisaje. Y nos dan la impresión de que unas pequeñas llamas han prendido en los bordes del sendero.

Más adelante, desde lo alto de la Hoya de las Raíces, vemos el trajín de los leñadores en torno a los encendidos hornos, coronados de penachos de humo, que se distiende después como negra bruma por los contornos de la hoya; único rumor de vida, y el de las caracolas de los guardas en las lejanas colinas, que hemos percibido en medio de este silencio profundo de la selva.

Por este mismo Lomo de los Tomillos que hace tiempo vamos bordeando, emprendemos nuestro descenso hacia las Moradas. El nombre no responde ciertamente a la pavorosa soledad de estos lugares, donde sólo encontramos una rústica vivienda de pastores, colgada como un nido de águilas en las escabrosidades de la montaña.

El paisaje es de una desolación imponente. Des-

filaderos y barrancos compiten en dar los más trágicos relieves a cuanto abarcan nuestros ojos. Un ambiente de soledad y tristeza nos rodea, y únicamente los graznidos de los cuervos en los cerros, o las esquilas de los rebaños en las laderas, turban a ratos el silencio que se cierne sobre nosotros.

Tales son de abruptos estos lugares, que cuando fallece alguno de sus moradores, contaban los guías, ha de ser bajado en recios varales por cuatro fornidos mozos, que tienen que arrastrarse como alimañas sobre las rocas para no caer a los barrancos con los fúnebres despojos.

Mas, a medida que nos acercamos a Los Silos, el paisaje va suavizándose de líneas y de matices. Y asoma, al fin, su llanura fértil y alegre, nimbada de un sol radiante que se vierte en cascadas de luz sobre el verdor de las plataneras.

Arriba, detrás de los acantilados de las Moradas, se oculta el Monte de las Aguas. Agreste, solitario, con sus extensas umbrías silenciosas. Sin más rumor de vida que el trajín de los carboneros al fondo de las hoyas.

La fuente de la Guancha

Vega de Icod... Extramuros del pueblo. El viejo camino de herradura, plegándose a las sinuosidades del terreno, avanza entre plantíos de viñedos y cercas desportilladas, ocultas bajo la maraña de las zarzas. Las huertas, escalonadas a las márgenes del camino, en constante declive, parecen tableros de ajedrez con sus alfiles de naranjos en flor. Abajo, al centro de la Vega, la cúpula de una torre recorta su silueta al medio de una alta palmera y un drago corpulento, de varonil arrogancia, erguido como un centurión al lado de su doncella.

Al llegar a un rellano topamos con una cuesta de desnivel imponente, toda ella empedrada. Esta cuesta, según nos dicen, hace oficios de "tobogán" una vez al año, allá por las fiestas de San Andrés, patrón de los Vinos y tutelar de toda esta comarca, tan abundante en mostos y bodegas. Para utilizar el "tobogán" las mujeres se traban las enaguas y sobre un pequeño tablón se deslizan por la dura pendiente, sin deshonestas exhibiciones. Tal es la precaución que adoptan contra las miradas atentas de los mozos que desde abajo presencian el vertiginoso descenso de las festejeras mozas.

De los moradores de estos lugares se refieren curiosas anécdotas. Algunas de ellas, además de ingenio, revelan verdadera argucia. Tal es, por ejemplo, la costumbre de llevar refajos encarnados todas las mujeres. El motivo es bien sencillo. Denunciar la presencia de la Guardia civil cuando alguna pareja se in-

terna por estos lugares en busca de prófugos. La primera vecina que divisa los guardias se levanta las sayas y muestra la tela encarnada, que quiere decir, en lacónicas palabras: “¡Civiles a la vista!...” Y, en el acto, como respondiendo a una rigurosa consigna, de risco en risco y de poblado en poblado van apareciendo las señales rojas de las enaguas, anunciando la presencia de los civiles. Y si algún prófugo hubiere por los contornos, al pregón de alarma se apresura a ponerse a buen recaudo, internándose en el cercano pinar. Tal es el rigor con que se lleva esta práctica, que aunque una vecina se halle en desavenencia con otra ninguna deja de levantarse las sayas.



Nos internamos por el pinar de Icod, haciendo alto en una moderna casa forestal, construida en medio del bosque, en el sitio que llaman El Frontón, a mil doscientos veinte metros de altura. Lugar estratégico para admirar el panorama que ofrecen las largas cordilleras pobladas de pinos, y entre los bastidores del maravilloso escenario, el cono azul del Teide, con estrías de nieve, como un mágico telón de fondo realzando el paisaje.

Pero hemos sentido, a la vez, una impresión desoladora. La tristeza que nos produce el lamentable aspecto de una gran parte del pinar con los ahumados troncos hendidos por las hachas leñadoras, mostrando las horribles huellas de las bárbaras mutilaciones. Y, sin embargo, ¡qué fortaleza la de estos viejos troncos, medio cercenados, resistiendo año tras año la furia de los vendavales! ¡Heróicos y sufridos pinos canarios, de hondas y seculares raíces, “que penetrando a través de las rocas van a buscar humedad en las profundidades del suelo y se complacen en sus



"Vega de Icod... La cúpula de una trece recorta su silueta al lado de una alta palmera y un árago corpulento, de varcnil arrogancia..."

escabrosidades, deteniendo las rocas que se desprenden de las montañas". Habitante privilegiado de las altas regiones, como decía el inolvidable benefactor del arbolado, don Sabino Berthelot. "Arboles que los habitantes de las islas han colocado bajo la salvaguardia de la religión. Pinos seculares y venerados que la piedad de los campesinos ha consagrado a las Vírgenes milagrosas".



Más allá, colindante con estos bosques de Icod, el pinar de la Guancha, descendiendo desde altas cumbres hasta profundas barrancadas, parece como un parque hecho de expofeso para deleite y recreación del visitante.

Orgullosa con su pinar, el pueblo se afana en vigilarlo y embellecerlo con tanto empeño, que, según nos informan, en los últimos cincuenta años se han poblado de pinos más de quinientas hectáreas de las mil que abarca hoy en conjunto.

De este celo del vecindario es buena prueba esta inscripción poética que leemos en un cartel colocado en un tronco de un pino gigantesco, ya en las proximidades del pueblo:

Lugar sagrado es un bosque
donde el alma se recrea;
¡maldita de Dios la mano
que lo tala o que lo incendia!



Y llegamos al caserío de la Guancha, donde nos rodean gentes afables y hospitalarias, que nos prodigan las mayores atenciones.

El alcalde nos lleva a su casa, un viejo edificio solariego donde se respira ambiente de labranza. Desde una ventana contemplamos el riente panorama del pueblo con sus casitas blancas y sus grandes extensiones de terrenos cultivados hasta el último rincón.

Pueblo trabajador, por naturaleza y abolengo, los que ahora, cerrados los caminos del mar, no pueden irse a América como antes, se dedican a hacer transacciones comerciales en las islas, o se consagran a rudimentarias industrias de alfarería, o a la fabricación de frontiles, harneros y balayos, que dan a toda la comarca un sello especial por la profusión de manufacturas indígenas. Y es pueblo, además, de magnífico litoral, con ensenadas tan abrigadas como la Cueva del Diablo y la de Marrero, de gran porvenir para el tráfico comercial y la pequeña industria de pesquería, que sustenta no pocos hogares.



Pero lo que más ha realzado el nombre y la fama de la Guancha, ha sido su fuente, oculta en las estribaciones de una montaña, entre grandes helechos. Otra fuente, como la de Vilaflor, de vieja tradición histórica y romántica. La socorrida leyenda del bizarro capitán español que sorprende a la moza en la fuente y se lleva luego, como un trofeo, el "gánigo" roto de la bella indígena desaparecida entre la espesura del bosque.

¿Leyenda? ¿Sucedido histórico? Una viejecita que hallamos en las afueras del pueblo, pasado el Calvario, nos confirma cuanto tiene de arraigo en la fantasía y en el alma de estas gentes la tradición famosa.

—¿No vieron la fuente? Pues no han sentido cómo lloran las aguas...



Cuando cruzábamos luego la montaña, camino otra vez del pinar, parecía en realidad que el pequeño chorro de la fuente se quebraba en el "gánigo" roto de la desaparecida doncella del cuento.

Y sentimos toda la emoción de aquel poema rústico, trasmitido de padres a hijos; de la vieja leyenda, tan sentimental, tan isleña, que parece como un canto a la virtud y altivez de la raza indígena.

¡La fuente de la Guancha!

Roque Negro

Carretera de San Andrés, en la desembocadura de Valleseco... La expedición tarda en organizarse porque a los jinetes se los disputan los arrieros, divididos en dos bandos antagónicos: de San Andrés y Santa Cruz, unos y otros deseosos de llevarse la palma de la victoria.

—Móntese usted en "Perico"—dice uno.

—En el "Tordo" va más seguro—replica otro.

Y así, sucesivamente, en pintoresca disputa, hasta que decidimos optar por "Perico", que según nos dicen era de más uso urbano que rústico, por lo que le suponemos bastante familiarizado con la gente del pueblo.

Jinetes, pues, en nuestro rucio damos comienzo a la accidentada marcha. La comitiva se fracciona en el camino porque algunos jumentos se quedan rezagados en la penosa ascensión que tienen que hacer hasta ganar la cumbre.

Los de San Andrés se han adelantado bastante, y esto inquieta a los arrieros de Santa Cruz, que no cesan de aguijar las bestias, a los gritos sacramentales de ¡Arriba, "Perico"! ¡Arriba, "Cordera"! ¡Arriba, "Tordo"!

Pero los animales apenas pueden con sus huesos, y algunos, un tanto reacios, se detienen en el primer llano que encuentran, donde hemos de aguardar a que termine el pugilato de rebuznos, que resuenan en prolongados ecos al fondo de los barrancos.

Llegamos a las alturas, después de pasar por el

sifón de Valleseco. El sol comienza a dorar los filos de las montañas, y desde el fondo de los valles aprisionados entre largas hileras de riscos, sube hasta nosotros un penetrante aroma de plantas silvestres.

Tras un breve descanso continuamos la marcha hacia Catalanes, y ya al pie de la montaña percibimos el rumor de las aguas que se deslizan por la vertiente del barranco próximo, bordeado de huertas de ñameras y maizales, que destacan su lozanía y su verdor entre viejas cercas de piedras.

Dentro, en el túnel, el ruido de las perforadoras se mezcla con el rechinar de las piedras, los gritos de los trabajadores y el ir y venir de las vagonetas.



Se nos invita a penetrar en la galería, pero antes hemos de proveernos de sendas botas de aguas, un traje impermeable y un capuchón que nos cubre hasta las orejas. El aspecto que ofrecemos debe ser bastante estrafalario, pues los compañeros de expedición no disimulan sus risas.

Hasta los doscientos metros el camino nos parece de perlas. Entre el denso cortinaje de las sombras, al tintineo de las aguas que brotan por los intersticios de las rocas, parece que van danzando los gnomos delante de nosotros. Y hemos de acelerar el paso porque el aluvión crece por instantes.

Al fondo, aumenta el ruido de las perforadoras, el crugir de hierros y de piedras y el griterío de la columna humana que se agita entre las negruras del túnel. Cuando las perforadoras cesan de funcionar vuelve a percibirse el "tic-tac" acelerado del agua que brota del techo como espesa lluvia, o surge de las paredes y el piso de la galería, en incesantes surtidores.

Emprendemos el retorno con bastante prisa, porque la humedad comienza a hacernos sentir sus efectos. Cerca ya de la boca del túnel, nos desviamos hacia un lado para dar paso a una vagoneta que desaparece en veloz carrera. Sobre ella, tendido en una plancha metálica, vemos un bulto totalmente forrado en telas. La vagoneta se desliza rápida hacia el fondo, llevándose el extraño envoltorio.

Cuando salimos de la galería, nos enteramos de que en aquella vagoneta viajaba con su máquina fotográfica un compañero de expedición. Había creído que iba a naufragar entre tanta agua, y procuró pasar el túnel con las mayores garantías posibles.



Desde Catalanes hasta el sitio llamado "Los Pájaros", en la cumbre, la jornada se hace por demás lenta y fatigosa. Nuestras cabalgaduras, rendidas de cansancio, ascienden pensadamente por la estrecha vereda. "Perico", que en esta cuesta ha puesto a prueba todos sus arrestos, se detiene de pronto para meter el hocico entre un brezo, en busca de sombra. El arriero le hace desistir de sus deseos, y el pobre animal continúa la fatigosa subida con estoica resignación...

Llegamos por fin a lo alto de la montaña, y, tras un pequeño descanso, proseguimos hacia Roque Negro, ahora por la suave pendiente del camino que conduce al fondo del Valle.

Una completa mutación se ha operado en el paisaje. A los sombríos picachos de Valleseco y Catalanes—aquellos enormes puerco-espines, erizados de pitas y cardones—ha sucedido esta perspectiva alegre de Roque Negro, cubierto de verdura, revestido de musgos y ñameras, con sus chozas escalonadas en

la montaña, todo en un silencio sosegado y tranquilo, como un paisaje bíblico, como un pequeño portal de Belén...

Ya al fondo del Valle, penetramos también en el túnel que se abre al pie de la montaña. Como en Catalanes, el precioso líquido fluye de las grietas de la galería en incesantes filtraciones. Y fué tal, nos dicen, la abundancia de agua al comienzo de la exploración, que hubo que suspender los trabajos porque la vida de los obreros peligraba.

Uno de éstos, que nos acompaña en la visita al túnel, nos refiere en estos términos su impresión:

—Nos encontrábamos “esgalichando” cuando se nos ocurrió dar un “zamarriazo” en el risco. Abrióse un boquete en la piedra, y fué tal el “chingo” de agua que saltó, que caímos rodando por el suelo. ¡Aquello, más que un “chingo”, parecía un “vulcán”.

Aquel brazo de agua que entonces tanto aterrizó a los obreros, ahora no es más que un pequeño surtidor, casi a ras del suelo de la galería, que recuerda aún al visitante el suceso famoso.



Apresuramos la partida, porque el tiempo se nos iba haciendo escaso, y a trepar de nuevo por los vericuetos de la montaña. Otra subida larga y penosa. Otra odisea para las pobres cabalgaduras.

Atrás van quedando las tierras húmedas del Valle, revestidas de musgos y ñameras; las chozas humildes, escalonadas en la loma como un paisaje bíblico, como un pequeño portal de Belén...

Arriba, dominando las cordilleras, con su morro casi escondido entre las nubes, apenas se divisa el Roque Negro...



“Atrás van quedando las tierras húmedas, las chozas humildes, escalonadas en la montaña...”

El llano de los Molinos

¡Llano de los Molinos, alledaño del cementerio, qué triste y desolado está!... Sombrío, sin vida, sin el rumor de los viejos artefactos molineros, sólo el estrépito de las cacharras de las lecheras sobre las reacias cabalgaduras,—¡“arre, arre, condenada!”—, suele turbar a veces la quietud de su ambiente. De resto, ¡qué mudo, qué solitario está el Llano de los Molinos, camino del cementerio!...

Sin vestigios de su pasado, oprimido entre las viejas cercas, sólo conserva aquella senda de los cortejos fúnebres, hollada de lágrimas, llena de guijas y de cardos, que cruza por la planicie y se desliza luego, pendiente abajo, como un “Via Cruxis” de los que van a enterrar...

Desaparecieron los rústicos molinos—aquellos once gigantes de piedra, enhiestos y alineados como centuriones a lo largo del Llano—, y con ellos el ruido de sus aspas descrenchando los vientos y el rumor de las brisas aprisionadas en las lonas...

Cesó el crugir de los gruesos maderos en los pesados armatostes; el voltear incesante de la muela bajo la tolva colmada de grano, y el diario trajín de las carretas y las mozas embadurnadas de harina.

El Llano perdió su sello característico. Desvaneciéndose el encanto de aquel poema rústico en que cada molino rimaba una estrofa o servía de marco a un pastoril idilio, surgido al calor de la molienda, entre el aroma tibio del trigo tostado... ¡Trigo de la Vega, que al pasar por las piedras del Molino se convertía en regalo de dioses para el pueblo! ¡El gofio!...

¡Artefactos memorables,—viejas molindas de los Díaz, de los Hernández, de los Amadores y de tantos otros laboriosos industriales del Llano—, bien merecen que se les dedique un recuerdo como a tantas otras cosas gratas y amables de la tierra que se han ido... y no volverán!



Sin el adorno de sus molinos, árido y soledoso, el histórico Llano perdió a la vez el especial relieve que le daba su situación topográfica, punto de partida para tantos lugares famosos: Los Baldíos, la Esperanza, el barrio de San Juan, alegre y populachero, y la vieja Ermita, destartalada y sombría, sobre el promontorio de restos de los epidemiados de antaño. ¡Qué diversidad de contrastes en sus contornos! ¡Y qué variedad de psicologías en sus moradores! Hidalgos campesinos, laboriosos menestrales, pacíficos medianeros, gente de bien y de trabajo, y algunos que otros trapisondistas con nombres que llegaron a hacerse populares: “Los Moscas”, “Los Chascamoscas”... ¡Raza prolífica, cuyas ramificaciones se extendían por todo el barrio, imponiendo su dominio y su tutela! Y, ya en escala social descendente, un zafio aventurero, merodeador de huertas, amigo de camorra, que traía soliviantada a la vecindad. Cazorro, sucio, oliendo a caña, pasábase los días urdiendo travesuras: unas veces robando las frutas de los cercados; otras paseando sus piaras de cerdos por las sementeras ajenas. Los labriegos, temerosos, dejábanle cruzar las fincas, refunfuñando maldiciones: “¡Mal pájaro nos ha caído!”... Hasta que se perdía a lo lejos con su rebaño de cerdos hambrientos, patullando entre los fangos del camino...

¡Allí iba el enemigo, la mala semilla, el salteador

temible, apaleando los puercos! ¡Atrás quedaban los trigos nuevos, esponjándose bajo la lluvia, y en las viejas chozas los medianeros arropados en sus mantas, atisbando los movimientos del rebaño famélico! Sí, ¡allí iba la plaga, arrasando la yerba, clavando sus pezuñas en los surcos recién arados! ¿Adónde iría a aposentarse aquella noche infernal, de crudo invierno?...



Pero de toda la vecindad del Llano, nadie de tan popular relieve como el antiguo enterrador chino; aquel hombrecillo tétrico, esmirriado, que las gentes conocían indistintamente por "Meregildo" o "Chao-Chao".

Nadie sabía de dónde vino. Acaso él mismo lo ignorase. Suponíase que fuese algún desertor de barco pirata, quizá algún rezagado de aquellas emigraciones amarillas a las Américas. Un naufrago arrojado a nuestras playas o un aventurero que se lanzase a correr suerte por los mundos.

Bajo, de mediana edad, de ojos oblicuos y legañosos, nariz achatada y mandíbulas entrantes y sin dientes, ninguno en verdad más apropiado para el cargo de enterrador. Y enterrador lo hicieron. Pero antes hubo que cristianarlo como era debido, y ponerle un nombre: Hermenegildo, o Meregildo, como él decía, abreviando sílabas.

Y el señor Hermenegildo,—sucedáneo legítimo de aquel "Chao-Chao" de los primeros tiempos—, ya en el disfrute de su condición cristiana y sus derechos cívicos, dió comienzo al macabro oficio de sepultar a los muertos. ¡Las emociones que sentiría el pobre chino! ¡El asombro suyo al verse, de pronto, entre aquellos labradores de calzón burdo y polainas blancas, cavando tumbas!

Fué, al principio, como una maldición, un azote que había caído sobre el barrio. Las gentes rehusábanle el trato y huíanle como a un apestado. ¡Y él, todos los días, pasándoles por delante de las puertas, con su palanqueta al hombro y su llave en el bolsillo!... ¡La Muerte, personificada en aquel sujeto extraño, venido de tierras lejanas, que les rondaba los hogares como una visión trágica y espantable!

Y, en tanto, arriba, en el Llano, la alegría de los Molinos; la canción del Viento; la Vida agitando sus banderas blancas y triunfales...



La siniestra figura continuaba impertérrita su labor. ¡Todos los días, a las mismas horas, yendo y viniendo de su casucho al Cementerio, solo, sin amigos, errabundo por los andurriales de la ermita!

Hasta que las gentes, habituadas a sus andanzas, fueron desposeyéndose de temores. Primero fué la curiosidad; después cierta simpatía por la vida pacífica del hombrecillo tenebroso. Y "Chao-Chao" comenzó entonces a revelar sus méritos. Era, en primer término, un hábil especialista en enfermedades secretas, y un corazón sensible y altruista. Por los niños, particularmente, sentía inclinación paternal. Les llamaba y les colmaba de atenciones y obsequios. "Darme tú un beso y yo darte caramelos"—decía a las infantinas del barrio. ¡Y las infantinas le besaban la frente, y él, agradecido, repartíalas pastillas sabrosas! Ninguna repudiaba las golosinas del chino. Nadie pensaba que aquellas manos rugosas y amarillas de "Chao-Chao" trasudasen hedor de sepulturas, sino que eran manos limpias, de hombre de bien, bondadoso y caritativo.

¿Qué misterio habría en aquel amor del chino por



“Desaparecieron los rústicos molinos — aquellos gigantes de piedra, enhiestos y alineados como centuriones a lo largo del Llano — y con ellos el ruido de sus aspas desoreñando los vientos y el rumor de las brisas aprisionadas en las lonas.”

los infantes? ¿Recuerdo, nostalgia de los que acaso dejara en sus tierras de Oriente? Nadie lo supo; nadie acertó a descifrar aquel secreto que murió con él.

¿Si sería compasión por los hijos de muchos de aquellos muertos que él custodiaba? ¿Si sería dolor por los estragos de aquella palanqueta fría, herrumbrosa, que ya comenzaba a temblarle en sus manos? ¡Y querría endulzar las penas de tantos huérfanos! ¡Demostrarles que él no era la Muerte!...



Proverbial era también su afición a los pájaros. Seducíanle, sobre todo, aquellos inquietos capirotos, de negras tocas y plumaje gris,—especie de “frailecitos” de la selva—, moradores de los álamos del cementerio, que todas las mañanas, al despuntar del día, lanzaban sus trinos sonoros como una oración a los muertos... Los mejores higos de las huertas eran para ellos, para los “frailecitos”. Hasta que alguien dió con los cestos de la fruta, poniéndole en confusión. “Capirotos—decía—ser muy caros; comer mucho higo”... Y prefirió oírles cantar en los árboles del cementerio que tenerles prisioneros en sus jaulas.

“Chao-Chao”, el aborrecido, el odiado de antes, hacía grato a todo el mundo; cobraba amistades, tenía influencias, hacía respetar, y, si alguna vez le demoraban el sueldo, íbase al alcalde y con gesto altivo le decía: “O tú pagarme o yo dejar las llaves”.

Factor indispensable en la vida local; sin odios, sin enemigos, sólo uno en el barrio permanecía hostil: aquel merodeador de cercados que varias veces hubo de asaltarle las tapias. Aquel perdulario que una noche se había vestido de fantasma para amedrentar a las gentes que pasaban por las inmediaciones del cementerio.

La enemiga, pues, venía de muchos lances y trifulcas que había tenido con el tal sujeto. Hasta que un día—¡castigo de los dioses!—los despojos del salteador vinieron a parar a sus manos. Había sucumbido de una mala muerte, en una de sus muchas andanzas.

A regañadientes, lanzando sapos y perjuros, abrióle la fosa. Miró en tono despectivo para el difunto, y, ¡hale!, de un empujón le echó al fondo del hoyo...

—Bandido—refunfuñaba—, mete pata; mete cabeza...

Y abriendo sus grandes mandíbulas,—aquellas mandíbulas terribles, sin dientes—el despiadado enterrador lanzábale las últimas maldiciones:

—¡Miao!... ¡Miao-Chao!... ¡Mete, mete pata!...

Parecía como si bailase una danza macabra sobre los restos de su enemigo. Ahora, ya podía dormir tranquilo, sin que le asaltasen las tapias, ni le salieran fantasmas por la noche.



Y desapareció también el viejo enterrador, cargado de roña y de miseria. El Llano perdió una de sus figuras de más relieve. Ya no le iba quedando sino el antiguo marco: aquella cerca de piteras a un lado, algunos ciruelos en flor, de las huertas vecinas, y a la otra orilla el viejo y trillado sendero de los muertos.

Las fúnebres comitivas pasaban a lo largo del Llano. Y terminado el duelo, casi todos íbanse por la calle de San Juan, más alegre, de más incentivo que la llanura desierta y sombría.

Iban, sobre todo, a pasar bajo aquel postigo de una moza célebre por sus ojos de hechizo. ¡Unos ojos que todavía se recuerdan con orgullo en el barrio!

Y las gentes, atraídas por la leyenda de la ventana famosa, pasaban lentas, de dos en dos, para contemplar el milagro de aquella mirada embrujadora. Unas veces los ojos mágicos no estaban; otras, ocultábanse, ruborosos, bajo el postigo...

Y seguían desfilando los curiosos. Y venían de noche las estudiantinas a rendir homenaje a la moza; la de la "cara de redonda luna", pálida y bella como una Virgen del Pueblo...

¡Hasta que se cerró del todo la ventana! Se había ido el "lucero" del barrio... ¡Y el barrio se quedó, también, sombrío y sin alma!...

¡Se fué, como aquel alegre rumor de las velas de los Molinos!...

San Diego del Monte

¡San Diego del Monte!... ¡San Roque de la ladera!... La tradición mística y la leyenda épica. Faros históricos, testigos de memorables jornadas, el uno era el refugio apacible, el retiro silencioso, remanso del espíritu bajo la sombra de sus viejas arboledas. San Roque, la atalaya guerrera, el alerta vigilante, la defensa heroica... "No des muerte al hidalgo que se te rinde como cautivo", parecía decir aún la voz del caudillo en la soledad de la cumbre.

Desaparecido el baluarte, roto el cerco de los defensores de la montaña, hacia la frontera colina, al fondo de la Vega, encaminaron sus pasos las huestes vencedoras. Pero ya no en son de guerra, ni con bélicos clarines, sino buscando en las frescas umbrías un reposo para sus fiebres de aventuras.

¡San Diego del Monte!... Desde el mirador del viejo Convento, la Vega era como un tapiz de vivos colores extendido sobre la anchura del llano; un sudario de la raza vencida. Florida alfombra que todavía parecía conservar las huellas de los corceles guerreros. ¿Dónde, en su vasta extensión, manaría la fuente cristalina de Dácil? ¿En qué altozano del Valle lanzaría aquella exclamación de asombro, Gonzalo del Castillo?

"Un bulto soy, pero dos sombras
veo en el agua; aquesta, cierto, es mía;
mas tú, ¿quién eres, sombra, que me asombras?"

¡Gratos poemas de la tierra, tradiciones inolvidables, que aun viven en el alma de la raza!



Tras la leyenda épica, pasada ya la primera centuria de la Conquista, comenzó a florecer la tradición mística en San Diego del Monte, convertido en lugar de recogimiento y oración por la munificencia y celo piadoso del Maestre de Campo, don Luis Interián de Ayala.

Primero se erigió una ermita—año de 1648—y junto a la ermita un pequeño campanario que aún se divisa en la falda de la montaña, medio oculto entre las copas de los álamos. Completóse después la fábrica, y se construyó un convento, albergue luego de una comunidad de franciscanos. Veinticuatro frailes recoletos, un tanto escasos de comodidad y holgura, pero bien avenidos con la placidez del sitio. Y comenzaron a abrir senderos y trazar sus huertas entre la espesura del bosque. Laureles, brezos y hayas, nogales y castaños, que poblaban hasta los altos de la ladera.

A los pocos años, un asiduo visitante de la Comunidad—el padre Andrés de Abreu—describía ya el cuadro que ofrecía el religioso recinto, con estos pormenores: Subía por el lado derecho del monte una senda que cortaba la empinada cuesta. A su diestra se disimulaba por la espalda un huertecillo que ceñía una albarrada contra lo quebrado del risco. Subía la senda hasta un cerro muy alto, donde terminaba la clausura en una fuentecilla, espejo de pureza. Retiro solitario, “cuya eminencia convida a las abstracciones del mundo, que lo mira desde lejos, y a la comunión con el cielo, que se considera más cerca”.



La pobreza de recursos y la incomodidad y estrechez de la clausura obligaban a veces a los religiosos a diseminarse por los contornos. Y en diarias incursiones por los campos, frecuentaban los cercados, unas veces para manejar la azada, otras para aventar los trigos en las eras. Frecuentaban, además, la ciudad y veíaseles en corros con los vecinos, en los cortejos de los entierros y hasta en las bodas de los labradores ricos. Algunos hasta solían tañer las vihuelas y arremangarse los hábitos para jugar a la pina o probar sus fuerzas en la lucha.

“Viva la gente de Iglesia,
que va de pata a la llana,
que no le estorba la “sencia”
a ser buena y campechana”...

cuenta Rodríguez Moure que cantaba un rústico seglar, ponderando la habilidad de uno de estos frailes divertidos.

¡Simpática campechanía, sin estudio ni dobleces, que hacía de los toscos sayales franciscanos un ornamento típico y característico de la ciudad!

Y apareció un día, por las bardas del Convento, una extraña figura. Un lego de la Orden, con hábito medio raído; la piel tostada, curtida por el sol... Traía pendiente del cuello una cruz y una taleguilla llena de tierra, reliquia del Padre Adán, según decía. Los pies, embadurnados del fango del camino.. ¿Quién era?



La noticia corrió al poco por toda la comunidad. ¡Un zafio religioso, antiguo aprendiz de tonelero de

Icod, que venía a buscar aposento en San Diego del Monte! Bajo, obeso, vacía la cuenca del ojo izquierdo, que hacía contraer la mirada en extraños visajes, su aspecto inspiraba compasiva curiosidad. ¡Fray Juan de Jesús!—exclamó el recién llegado—. ¡Un hermano en Cristo!

¡Fray Juan de Jesús! El nombre ya era conocido de la Comunidad por su fama de milagrero en los pueblos del Norte. Sabíase también de su origen humilde—hijo de pobres labradores de Icod—y de las innumerables torturas que había padecido bajo el mando del tonelero, “que primero le avisaba con el mazo que con la voz y antes le mandaba el golpe que la lengua”. Torturas y martirios que culminaron en el trágico episodio de la hoguera a que fué arrojado una noche de San Juan, para hacer mofa del torpe aprendiz. Ocurrencia diabólica que hubo de costarle al atolondrado discípulo la pérdida del ojo...

Sabíase también de sus extravagancias juveniles, cuando vagaba por los caminos, desnudo desde la cintura al cuello, cargado de cadenas, con una caña en una mano y una cruz y una calavera en la otra. Y de aquel otro alarde de penitencia al asistir con la misma desnudez a las procesiones, y en llegando a las puertas de los templos arrojarle al suelo para que lo pisoteasen las gentes.

Pero, hermano al fin en la Orden, había de acogerse con fraternal afecto. ¡Ya se aquietaría el Padre Juan! ¡Ya se sosegarían las fiebres turbulentas de su espíritu, llama viva, antorcha siempre encendida en su pecho!



Eligió el lego para aposento una choza, que él mismo se fabricó junto al Convento, y diósele por oficio

el cuidado de la huerta y el de acarrear el agua de la fuente. Bajaba con un vaso de diez azumbres de agua, que oprimía sus hombros, y se detenía a cada paso para prorrumpir en palabras del Profeta. "Y eran tantos después sus júbilos, que olvidando el peso que llevaba encima, no andaba, sino corría, volaba, como si todo él se convirtiese en una llama viva."

Aparte del cultivo de la huerta, corría también a su cargo ayudar a la misa y despertar a los religiosos a la hora de la Prima. Cuando llegaba la Pascua, hacía sonar un "tamborilillo" y una flauta, y cantando villancicos decía: "Niño chiquito... Dios infinito..."

Familiarizado ya con el Convento, grato a los superiores por su obediencia y amor al trabajo, diósele permiso para trasladarse a la ciudad a hacer colectas para los pobres. Y volvió entonces a sentir el vértigo de sus locuras. Y comenzó a escandalizarse la Comunidad y a alarmarse los Prelados ante las quejas continuas de los devotos.



Los hechos no eran realmente para menos. Vió una vez un sepulcro abierto en el interior de un templo, y, sin reparo a lo sagrado del sitio, bajó al hoyo y se tendió cuan largo era en la sepultura. Cruzó los brazos, cubrióse el rostro con la capilla, y, en ensayo de morir, exclamó: "¡Dios te perdone, Fray Juan de Jesús!"

Penetró otro día en una escuela, y sacando a los niños los paseó por las calles en bailes y cánticos festivos.

Ibase otras veces a los locutorios de monjas, y, reunidas éstas para oír sus consejos, lanzábales saetas de este estilo: "Religiosas, dejad los devotos y ob-

servad de la Regla los tres votos". "Religiosas, dejad los tocados, que son idolillos disimulados".

Pero lo más resonante de todo fué aquel improvisado sermón en la parroquia de los Remedios, hoy Catedral de la Diócesis, con motivo de unas rogativas a la Virgen de Candelaria. Días azarosos para la Isla, agotada por la sequía. El altar resplandecía de cirios devotos. El trono de la Imagen cubríase de flores y espigas doradas. Y alrededor, centenares de fieles, extáticos ante la profusión de joyas y pedrerías de la Virgen.

De pronto, Fray Juan que se encarama sobre un banco, todavía no comenzados los santos oficios, y con voz que resuena en la amplia bóveda del templo, endilga a la multitud, la siguiente jaculatoria: "No viera yo que como se hacen procesiones en que se sacan las imágenes santas, se hiciese una en que se sacasen los pecados. Ya que sacan las imágenes para aplacar a Dios, ¿por qué no sacan también las culpas de sus casas? Si Dios está enojado por nuestras continuas ofensas, y éstas quedan dentro de nosotros, ¿qué hacemos con sacar las imágenes? Si ellas se mudan y no nos mudamos ni movemos nosotros, siempre tendremos enojado al Señor. Temamos sus iras y lloremos nuestros pecados, que el fin está cerca..."

Hasta aquí llegaba en su discurso cuando hubo de ser reconvenido por un alguacil para que cesara en aquella peroración que profanaba la solemnidad del momento. Obligósele después a abandonar el templo, y, una vez expulsado de él, exclamó, dirigiéndose al alguacil:

—Hermano; ya ha cumplido con su obligación de sacarme hasta aquí. Déjeme ahora que vaya a cumplir con la mía, que es pedir limosna por las puertas...



“¡San Diego del Monte!”. La leyenda vive todavía entre los arrayanes de sus jardines. Aun fluye el chorro de la fuente, escondida en la cumbre, y susurran los vientos entre las copas de los viejos álamos.”

Y se fué, con su saco al hombro, a buscar la limosna de pan de todos los jueves.



Famosos fueron también sus diálogos con los altos personajes que acudían a visitarle al convento, atraídos por su fama de santidad.

—Padre—le decía en cierta ocasión un comandante general, don Félix de Nieto, que acababa de resignar el mando—, me despido con la alegría de no dejar enemigos en Tenerife.

—Pues mala señal—objetó el lego—que todos digan bien y ninguno mal. De seguro que no habrá hecho vuesamerced mucha justicia en esta tierra.

Quejábale en otra ocasión un padre dominico, predicador de fama, de que le pareciesen demasiado extensos sus sermones.

No basta lo que se dice—argumentaba el orador—, es menester que se sazone. Si Cristo—añadió—hubiese repartido entre sus discípulos el cordero Pascual estando crudo, ¿comeríanselo acaso?

Vaciló el lego, pero al pronto vino a las mientes esta réplica:

—¿Y si lo detuviera tanto en el fuego que se secase y convirtiera en carbón, podría alguien mascararlo?

Reprochábale otro día un Corregidor de la Isla, Caballero de Calatrava, que llevase siempre pendiente del cuello una cruz de madera de una tercia de larga—. ¿Es, padre, que no os basta la cruz interior?

—Hermano, respondió el lego, si me sobra ésta que llevo por fuera, ¿para qué luce vuesamerced esa tan grande sobre el pecho?



Las irreverencias del lego llegaron a oídos del Prelado, y hubo que amonestarle seriamente. Sobre todo,

disgustaba a la autoridad eclesiástica que anduviese invocando el Juicio final para amedrentar a las gentes. Porque su muletilla constante, para los amigos como para los extraños, era esta: —Si os preguntan qué hay de nuevo por La Laguna, responded que en San Diego del Monte hay una trompeta que dice se encomienden los hombres a Dios porque pronto vendrá la hora del Juicio.

Y bajo la amenaza de una denuncia al Santo Tribunal o de entregar su cabeza al cepo del Convento, moderó desde aquel instante sus discursos y contuvo su genio. A pesar de ello, a los pocos días después, saliendo la Comunidad del Refectorio, comenzó a dar pellizcos a todos los hermanos, al mismo tiempo que iba diciendo a cada uno: “¡Pronto tenemos de morir! ¡Pronto tenemos de morir!”

Y contemplándolos luego, mientras se alejaban en grata compañía, comentando las genialidades del fraile, quedóse diciendo con su cazurra filosofía: “¡Ya os llegará el Juicio, santos y prudentes varones!”

¡Diablillo travieso, medio zumbón y alocado, que le “recorcomía” por dentro!



En cambio, ante el gremio mujeril, demostraba una continencia y una timidez por demás extrañas. Si era preciso hablar con alguna dama, “tenía presente más el riesgo que el objeto y concedíale sólo la advertencia del oído”. Y si de alguna doncella se trataba, la manga de su sayal cubríale muchas veces la cara... En cierta ocasión, “un corazón liviano de mujer” intentó manchar el casto espíritu del siervo. Y sintió deseos de darle un ósculo amoroso, “con tan viva imaginación y tanta inquietud de ansias,

que no podía vencerse". "Al punto en que fué creciendo esta fuerte batalla, se levantó el siervo, comenzó a pasearse, y volviendo a la mujer con severo rostro, le recriminó sus malos pensamientos. Y dicho esto se salió sin despedirse de ella, ni darle la manga, como tenía costumbre."

Comenzaba entonces a flaquearle el espíritu—entraba ya en los 73 años—y su ingenio se iba apagando por momentos.

—¿Cómo va, padre?—le preguntaban.

—“¡Muriendo, hermano!”



Sus tristes presagios se confirmaban a los pocos días. Enfermo, lleno de achaques, postrado ya para siempre en su viejo camastro, exclamaba, presintiendo la hora cercana: “Ya va a descansar el asno”.

Y en una triste y fría mañana de invierno, mientras en la capilla del convento se elevaban preces por el moribundo y el bosque todo se envolvía en un sudario de nieblas y de lluvia, el lego famoso expiraba en tranquila y serena agonía. —“Duerma, hermano”,—murmuraba a su oído un padre espiritual. —“Sí, que ya es hora”, balbuceaban sus labios, con apagado acento.

Fueron las últimas palabras del lego.

Instantes después, en el pequeño campanario de la ermita, se tocaba a muerto, anunciando la triste nueva de la pérdida del Siervo.

Y se conmovió la isla entera de Tenerife. Acudieron centenares de creyentes a venerar el cadáver, a besar las plantas del religioso y disputarse sus reliquias.



Concurrieron a su entierro todas las parroquias y cofradías de una y otra iglesias, con el aparato de sus estandartes, tunicales y cirios, "de que se compuso el más hermoso cortejo que pudo formar la devoción y proveer el gasto." Al sacar el cuerpo de los claustros y llevarle a la Iglesia, disputábanse los gremios, los religiosos, los clérigos y los nobles el honor de conducirlo sobre sus hombros. Y según refiere su biógrafo, el P. Abreu, puesto el cadáver en la capilla acudían tantos a besarle los pies y a cortar las reliquias del hábito y la cuerda, que los religiosos que le guardaban no podían vencer la competencia fervorosa ni el devoto tumulto, por lo que fué necesario llevarlo al sepulcro antes de acabar los Oficios.

¡Hasta hubo un encofetado devoto, gran señor de Fuerteventura, que deseando enriquecer su devoción con alguna reliquia del santo, le hurtó, a escondidas de la concurrencia, una uña del pie!...

En la capilla de San Cayetano fueron sepultados los restos del virtuoso varón, y en su tumba se puso este sencillo epitafio: "Fué religioso de rarísima humildad y pobreza, de asombrosa penitencia y de altísima contemplación. Con el dulce encanto de su palabra y ejemplo ponía fuego de amor de Dios en los corazones más tibios y con sus fervorosos clamores sobre el Juicio, terror saludable en los más obstinados".

Todavía se conserva el pequeño oratorio en que Fray Juan se entregaba a sus espirituales ejercicios.

¡La Casita del Siervo! ¡Apacible y solitario refugio en medio de la enramada! ¡Lugar de recogimiento y oración, bajo la sombra de los nogales! Las huellas de varias generaciones, impresas están todavía en las toscas pinturas de sus muros, y bajo el rústico tejadillo, entre las maderas carcomidas de humedad, tejen aún sus nidos los gorriones del monte. ¡Santua-

rio del Siervo, Casita de los recuerdos, Meca de las romerías estudiantiles, más que para invocar y temer a Dios, parece hecha para el ensueño, para sumir el alma en aquella suavidad y aquel grato frescor de sus sombras, y elevar preces a la Vida!



¿Loco? ¿Místico? ¿Visionario? De todo parecía tener el espíritu inquieto y atormentado del antiguo aprendiz de tonelero.

Los años, después, han seguido tejiendo curiosas leyendas en torno a la fama y la historia del lego. ¡Y todavía anda en boca de viejos pastores el cuento de la bestia endiablada, sujeta por la cuerda del fraile mientras acarrea la cal para las bardas del Convento! ¡Y aun hay gentes que ven al fiero animal, con las ligaduras rotas, batiendo sobre los muros sus alas de murciélago!

¡San Diego del Monte! La leyenda vive todavía entre los arrayanes de sus jardines. Aun fluye el chorro de la fuente, escondida en la cumbre, y susurran los vientos entre las copas de los viejos álamos.

Pero lo que no ha vuelto a oirse es aquel tamborillo del fraile, que alborozaba el Convento con sus músicas. Ni aquel villancico famoso del zafio milagrero:

“¡Niño chiquito... Dios infinito!”

Convento de las Catalinas

Huerta del viejo Convento de las Catalinas... Era la primera vez que la novicia entraba en el solitario recinto. Consagrada a sus ejercicios espirituales en los claustros húmedos y sombríos, aquella oleada de aire fresco era como un sahumero para su espíritu.

El sol filtrábase por las copas de los naranjos, tiñendo de oro los arrayanes del jardín. Revolaban las mariposas sobre los poyos, como embriagadas de luz, y había en el ambiente un aroma sutil de azahares mezclado con olores de incienso.

De arriba, del coro, llegaba a veces un leve rumor de rezos; otras, los ecos del órgano entre voces que parecían infantiles.

La novicia, reconcentrada en sus pensamientos, caminaba como una sonámbula. Su cara, morena y agraciada, de doncella rústica, y sus ojos tristes, llenos de nostalgia, reflejaban una honda melancolía. Aquel sol radiante y alegre recordábale las mañanas luminosas de su huerta, también guarnecida de naranjos y adornada de dalias y rosales. ¿Quién—pensaba—regaría a aquellas horas sus tiestos de flores? ¿Quién le cuidaría los embelesos? ¡Si se le habrían secado las madre selvas!... Y en su imaginación iba reconstituyendo el recuerdo de su vida hogareña: la casita blanca con su zócalo de color de añil; el viejo parral festoneado de racimos; la hornacina enramada de geranios, y aquel penacho de humo del "fogal" encendido, flotando como una bandera sobre la tejavana.

Otras veces nublábansele los ojos de lágrimas al recordar aquella voz dolorida, de dulce acento maternal, que una tarde, a la hora de las Animas, cuando todo era silencio y soledad en la huerta, murmuraba muy queda a sus oídos: "Vaya, para que se acaben tus tristuras; para que Dios te haga más feliz. Hay tienes la dote que me pedías. Que no lo sepa tu padre, que está enfermo y sin poder valerse." Y sentía cómo iban cayendo en sus manos, una a una, al compás de otros tantos latidos de su corazón, aquellas viejas monedas de oro que despedían olor al viejo cedro del cofre familiar.

¡El precio de una esperanza nueva! ¡De un amor que no la traicionara como aquel otro que todavía sangraba en su pecho dolorido!

Y caminaba lenta, pensativa, aspirando las auras húmedas y perfumadas de la clara mañana de invierno.



Era también la primera vez que la Priora, Sor Santa Juana, se tropezaba en la huerta con la novicia. Risueña y amable se acercó a la discípula, y mientras ésta, postrándose de rodillas, la besaba el Crucifijo, la reverenda Madre acariciábale la frente.

—Vaya,—le dijo,— he venido a hacerte compañía; a disipar tus penas; que te encuentro muy pálida y soledosa. ¡Vamos, para que veas la huerta y te creés en el jardín!

Y asíéndola por una mano avanzó con ella por los senderos de arrayanes. Luego, fué deteniéndose ante los árboles más viejos de la huerta, para referir su historia.

Cada uno tenía su dueña y su leyenda. El almendro de Sor San José, el de las flores azules y blancas para

el Sagrario del Jueves Santo; el naranjo de Sor San Patricio; el de los azahares de plata para el tronco de la Purísima; la adelfa de Sor San Jerónimo, la de las flores rojas como las llagas de Nuestro Señor Jesucristo...

Luego, apartándola de aquellos lugares, llevóla por los alrededores de la huerta. Esta es—explicaba—la senda que Sor María de Jesús, la inolvidable Sierva, célebre en los fastos del Convento, la primera en la gracia y la hermosura, recorría todas las noches, bajo los cierzos del invierno, con su cruz a cuestas. Esta pared del callejón es la que quiso asaltar una noche el populacho para llevarse la Virgen de Candelaria por rivalidades de bando, disputándose la sagrada imagen. Aquella reja que está en lo alto del muro, cercana a la nave del altar mayor, fué de la celda de Sor Ursula de San Pedro. Desde aquel oscuro ventanillo, la desventurada hermana escuchó el pregón de la Justicia, en la plaza de San Miguel, condenando a muerte a don Jerónimo Grimón de Rojas, que la había raptado del Convento. ¡Escándalo inaudito, que hubo de pagar el delincuente con su cabeza, entregada al hacha del verdugo!



Aquí, en este rincón—continuó diciendo la Priora—estaba la cadena con que mortificaba su cuerpo Sor María. De este hoyo fué arrancada la piedra en que reposaba por las noches su cabeza. ¿Ves aquel brocal del pozo? Desde allí acarreaba los cántaros de agua para regar sus plantas. Junto a él está todavía el jarro roto de Sor San Diego, enferma y paralítica tantos años.

Te mostraré ahora—prosiguió la Madre—nuestra mejor reliquia, el más preciado tesoro de la huerta.

¿Ves aquel árbol que está en el centro del jardín? ¡Pues aquella es la higuera que plantaron las manos benditas de Sor María!... Fíjate en su tronco rugoso, cubierto de enjambres de hormigas, y, sin embargo, con sus hojas siempre verdes y lozanas. De sus higos se alimentaban los pajaritos del huerto. ¡Ya probarás sus frutos dulces como néctares!

Y halagaba las manos de la novicia, que palidecía trémula de emoción.

—¡Oh, exclamó, qué santa y qué bella dicen que era Sor María! Aldeana y morena como tú, de ojos resplandecientes y labios encendidos, fué codiciada de moza por los hombres; pero la defendió su espíritu valeroso y fuerte para resistir las tentaciones del pecado... ¡Ya, ya te contaré la historia de Sor María!...

Y tornando hacia el patio del Convento, continuaba explicándole la Priora.

—Por esa puerta se entraba al aposentillo donde la Hermana sufrió los tormentos de la Duda. Ahí fué donde hubo de reconvenir al Señor por su tardanza en acudir a su auxilio. “¿Dónde estabas—le decía—cuando mi corazón se vió rodeado de tinieblas?...” Por esta otra puerta se iba al locutorio donde recibía a los principales títulos de la ciudad (la Condesa de Puerto Llano, los Marqueses de Villanueva del Prado, la Condesa del Valle de Salazar..., que venían a pedirle sus consejos.) Y a aquel potentado ilustre, traficante de las Américas, dueño de numerosos navíos, que al retorno de sus viajes venía a narrarle las aventuras de sus naves en corso.



—Y ahora—prosiguió la Madre—mira estas estampas descoloridas por el tiempo. ¡Sor María en la al-



“Por esta otra puerta se iba al locutorio donde la Sierva recibía a los principales títulos de la ciudad: la condesa de Puerto Llano, los marqueses de Villanueva del Prado, la condesa del Valle de Salazar...”

dea, con aquel sombrerillo que acrecentaba su gracia! ¡Sor María en el Convento, con su traje de lega, postrada en oración! Y esas aguas quietas y azules del lago por donde iba a San Diego del Monte, con la hilera de piedras que colocaba a modo de puente para cruzar sobre ellas sin que sus pies se manchasen de lodo...

Ya ves,—terminó diciendo—, si tiene que contar la vida de Sor María de Jesús. Ya te referiré otra vez la historia de sus milagros y de su muerte piadosa, llorada por todos, desde el humilde pescador al prócer de más elevada alcurnia. Ahora, a mis deberes religiosos. Tú, a continuar el paseo, que está muy clara y alegre la mañana...

La novicia besó de nuevo el Crucifijo de la Priora, que sonreía plácida, amable, prodigándola palabras de consuelo. "Sí, bésalo, que será tu Esposo..."

Y diciendo esto, la Madre, con grave prestancia, alejóse por los callados claustros del Convento.



En la huerta quedaba otra vez sola, ensimismada y triste, la novicia. El sol seguía filtrándose por las copas de los naranjos, derramando su lluvia de oro sobre la frente pálida de la moza.

Caminaba como una sonámbula en dirección al centro del jardín. Por aquel sendero, tantas veces hollado por las sandalias de la Santa. Por el mismo sitio en que Sor María acarreaba el agua del pozo para verterla al pie de la higuera bendita!

Y sintió, de pronto, como una extraña sensación de sed; desconsolábale el agua fresca y clara de la cisterna. Y pugnaba por contener el deseo de acercarse a ella para verse en aquel espejo profundo y misterioso... ¡Pobre golondrina del campo, atormen-

tada de duda y de inquietud, inflamada todavía del ardor de su sangre moza, sentía el desasosiego del Destino!... ¡Quería buscar su refugio y hacerse su nido a la sombra del árbol de la Hermana!...

Alucinación terrible de la que la sacó al instante el eco lejano del órgano entonando un cántico solemne. “¡Gloria, Gloria in excelsis!”, clamaban las voces en el coro. Y su alma se rindió en oración.

Conmovida, en místico arrobó, recordaba, llorosa, las palabras de Sor María: “¿Dónde estabas cuando mi corazón se vió rodeado de tinieblas?”



¡Horas terribles las de aquella noche de tormento, de luchas y de sombras en su espíritu! Sentíase febril, desfallecida, enferma. Deliraba a ratos, y, en sus desvaríos, imaginábase que se le acercaba el momento soñado de sus desposorios; veíase festejada de todos, rodeada de canastillas de flores, y, luego, ya profesa, con su velo negro, postrada de hinojos ante el altar deslumbrante de luces...

Clareaba ya el alba; oíase en el claustro ruido de puertas que se abrían y de pasos menudos que se alejaban, y una voz muy queda, que iba diciendo en cada aposento:

—Hermana: ¡A misa de luz!...

La novicia quiso incorporarse, y no pudo. Le faltaban fuerzas, sentía extrañas palpitaciones en el corazón, un estado de laxitud y desgana en todo el cuerpo, y volvió a recostar su cabeza aturdida de la larga vigilia.



Por la claraboya de la celda penetraba una suave claridad de amanecer. Llegaba hasta la estancia el

olor del amasijo nuevo. Oíase ya el piar de las golondrinas en la torre, despiertas al ruido de las campanas llamando a los fieles.

En el reposo de la ciudad dormida retumbaba el sonido lejano de los caracoles. Y sentíase en el callejón del Convento el tropel de los serenos en busca de los "bucios" madrugadores... Después, todo en silencio. Sólo allá, detrás de la Recova, el ruido de la cascada del barranco...

Y, de pronto, un súbito rumor de paganía, alborozando los claustros. ¡La Misa de luz!... ¡La canción alegre de los villancicos entre el ruido de las pande-retas y los triángulos y el silbar de los pitos imitando gorjeos de ruiseñores!...

Casi en éxtasis, medio adormecida por aquella música pascual llena de recuerdos, de cadencias y acentos rústicos, la novicia enferma soñaba... ¡Soñaba con su casita blanca, su cruz enramada, su parral festoneado de racimos!...

¡Dulce y plácido sueño si no hubiese sido el recuerdo de aquel amor ingrato, traicionero, que llevaba grabado, como un estigma maldito, en su carne morena!

La Cruz Chiquita

Carretera real arriba, todo el camino estaba jalonado de cruces... ¡Cruz del Señor, Cruz de Piedra, Cruz Chiquita!...

Cada una tenía su clientela y sus fieles, su carácter y su espíritu. Algunas su leyenda. Otras una misión providente en el camino: brindar amparo al perseguido. Tal, por ejemplo, la vieja Cruz de Piedra, con sus muros exudando humedad, llenos de ortigas y de cardos, donde solían reunirse los seminaristas en sus asuetos dominicales. Cruz de inconfundible sello y grave prestancia bajo los álamos que la circundan; brazos cubiertos por el polvo y la pátina de las centurias, amparadores de caballerescas aventuras. “Y llegué rápido a la Cruz de Piedra—decía un personaje famoso—, solté en ella el bruto, águila de fuego que me conducía, y seguí mis pasos hacia la pequeña casa de una gran comadre y conocida que gustosa me esperaba.”

Otras había, de más humilde y plebeyo linaje, destinadas a ahuyentar las sombras del pecado de todos aquellos lugares “sin puertas ni vistas al campo, sino a la campiña”, que fueron en su día albergue de impúdico comercio. Por lo que mandamos—ordenaba el Ilustre Cabildo—que todas las industrias de esta laya, y todas las mujeres solteras y casadas, de este jaez, que venían contribuyendo con el arbitrio de media dobla en las veinticuatro horas, sean desalojadas de sus sitios, suprimidos estos impuestos y demolidas las viviendas, y que en su lugar se erija una ermita consagrada a la Santa Cruz.

Para todas estas cruces tenía casi siempre el caminante un recuerdo, una ofrenda piadosa, unas monedas para el cepillo... Hasta que llegaba el mes de mayo y se convertían en capilla o en altar, resplandecientes de luces. Todas las galas de la Primavera, sus rosas más frescas, luciendo en búcaros y bandejas de plata sobre las randas y bordados de los manteles. Y, afuera, la alegría sana y ruidosa del pueblo. Músicas y tracas. Repiques y jolgorios. La cucaña embardunada de sebo y la sartén cubierta de hollín. Y sobre la turba regocijada, el gallo ensangrentado, pendiente de una cuerda como un trofeo en el aire... ¡Fiesta de paganía y tradición en torno a las capillas floridas de Mayo!



Sólo la Cruz Chiquita, pareja de aquella otra de la Cruz Grande, carecía de adornos y de luces aquel año. Ni un recuerdo, ni una flor, ni un alma que se le acercara... ¡Tres piedras nada más sobre los brazos y la peana, como ofrenda de unas manos desconocidas!... Pasaban las romerías, y todos enmudecían al verla. ¿Qué drama, qué misterio habría en ella, que a todos parecía inspirar temor? ¿Por qué se santiguaban las mozas al pasar y los hombres se descubrían con respeto?

¿Qué quería decir todo aquel silencio en torno de la solitaria Cruz, tan pequeña, tan humilde, que apenas levantaba una vara del suelo?

¿Algún dolor callado y profundo? Todos lo sabían, pero nadie quería decirlo. Solamente una viejecita, a la puerta de su cabaña, se mostraba locuaz entre los suyos. Con su cabellera alba como el lino y sus ochenta años que decía iba a cumplir por San José, era como la historia misma que hablaba por las arru-



“Sólo la Cruz Chiquita carecía de adornos aquel año. ¡Tres piedras nada más sobre los brazos y la peana, como ofrenda de unas manos desconocidas...”

gas de sus labios sabihondos. Al compás del huso de su rueca y al calor del fogón encendido para la cena, la viejecita parecía como si tejiera y destejiera los hilos de aquella tragedia que había visto por sus propios ojos. Unas mozas, impacientes de curiosidad, le prestaban oídos y atención. ¡Giraba el huso entre sus manos temblorosas, y comenzó la anciana a narrar su historia!

•



¿Véis aquella montaña al fondo del llano? ¡“El Púlpito” la llaman, aunque nunca sirvió para predicar cosa buena! Allí empezó a germinar la desgracia. ¡Los “lloros” malditos! Por el atajo de la izquierda, detrás de aquella hilera de cardos y tabaibas, subieron los “lloradores”. De la casa de Victoriano, más acá del viejo barranco de la Centinela, salieron los del bando de la ofendida. En el camino del Tornero los aguardaron después. Bajaron los “lloradores” sin que los vieran, porque las sombras se podían partir con un cuchillo, y vinieron a juntarse más tarde cerca de los chozos, más acá de la era. Empezó entonces la pelea. Oyóse primero balar una oveja. Después los gritos, los lamentos, el ladrido de los perros... ¡Todavía parece que estoy oyendo el rebullido! ¡Qué angustia, Dios mío! Luego, todo en silencio; sombras que desaparecían por las veredas; luces que se apagaban... Los bramidos del viento como quejumbres de almas en pena. ¡Y todo el cielo sin una estrella, negro como una mortaja! Hasta que amaneció Dios. ¡Qué espanto, Virgen Santísima! ¡Cuatro hombres tendidos entre los tallos de los trigos, sobre un montón de maravillas! ¡Otros tantos sangrando por sus heridas sobre las pajas de los chozos! ¡Las pobres mujeres arrodilladas ante ellos!

¡Y más allá, echados junto al amo, los perros de Felipe—"Lucero" y "Porqué"—, lamiéndose sus cortadas!...

Después, por todas las veredas del llano, la procesión de gentes a ver a los muertos: a Felipe y sus hijos, formando hilera en un surco, con las ropas y las caras manchadas de barro... ¡Y más tarde la carreta que se los llevaba al cementerio! ¡La misma carreta, con la misma yunta, que antes subía las mieses para la era; el pan y el ayanto del año!...



Interrumpió aquí su relato, y volvió a reanudarlo con pausado acento:

—¿Y todo por qué, Señor?... ¿Por qué tanta sangre cuando antes se llevaban como hermanos? Oyeran ustedes a las dos partes. Ambas parecían tener su razón y su pena. Ambas parecían tener su razón y su pena. Nicolasa, la mujer de Felipe, decía: "Habíamos terminado la cena; todas mis hijas alrededor: Gregoria, Jacinta, Carmen, Dolores y Candelaria... Felipe había ido a echarles de comer a las ovejas. De pronto, unos gritos en los chozos. Ruidos de palos y de gentes que corrían... "Lucero" y "Porqué", ladrando desesperados. Quise salir, pero mis hijas se me agarraban a las faldas, y una de ellas caía con un mal... ¡Y Felipe sin venir! ¡Y mis hijos Gonzalo y Nicolás sin saberse dónde andaban! Corrí como una loca, y más vale que no hubiera salido. ¡Todo estaba hecho! Los tres expiraban sobre los trigos. Los llamaba y no respondían. ¡Cuánto no sufrirían los pobrecitos!"



Oyeran ustedes después a María Dolores, contando sus penas: "La boda se había celebrado en fami-

lía, porque en la casa no había gusto ni alegría pa nada. Nos hallábamos todos en compañía: padre, José y Nicolás, Gregoria y Eloisa... Faltaba únicamente Juan, que estaba en el Molino... De pronto, el vocerío de los "lloros" en la loma. Se asomó Gregoria a la ventana y vió la "fogalera" que me hacían en la cumbre... Los gritos y los improperios se oían cada vez más. ¡Y padre sin decir palabra, y José y Nicolás callados también como muertos! Ví que padre se levantaba de la silla, temblándole las piernas, y oí después en el patio una voz que decía: "¿Pero no les jierve la sangre?" Y, al poco, José y mis hermanos que abrían la puerta, y desaparecían. ¡No supe más ni los volví a ver hasta pasados unos días, entre las rejas de la cárcel!... ¡Negra suerte! ¡No había tenido en la vida más ilusión que un hombre y ese hombre lo había perdido para siempre!"

Y el viejo Victoriano lamentándose a su vez. "¡Si entre "nujotros" no hubo nunca ni un más ni un menos! ¡Si hasta ayer me pidió prestado un yugo Felipe, y vino a traérmelo Nicolasillo! ¡Si a Gonzalo lo quería yo como a un hijo! ¡Y ponerse así con María Dolores, que esta mañana mismo les regalaba cigarrros de la boda! ¿Por qué, Señor? ¿Por celos? ¿Por amoríos? ¡Si ella no tuvo nunca más pretendiente que José!"



Y oyeran ustedes por último a Juan, disculpándose de todo. "Yo estaba con Antonio en el Molino, porque aquel día la molienda era mucha. Ya oscurecido, me fuí a tomarle una copa a mi hermana, y llegué cuando ya empezaban los "lloros". Todos callaban. Padre, sentado en una silla, con la cabeza baja, sin levantar los ojos del suelo. José y Nicolás sin decir tampoco una palabra. Pero, de pronto, como si los

tres hubiéramos tenido la misma idea, salimos a la puerta y nos dijimos: “¿Vamos?” Y echamos a andar, sin hablarnos en todo el camino. Yo no llevaba más que un bastón. José no supe lo que llevaba; Nicolás, un arma que había traído de Cuba. Subimos hasta la cerca de la loma, y no los encontramos. “¿Habrán cogido por la vereda del medio?”, nos preguntamos. Y seguimos hasta la era. Divisamos entonces unos bultos cerca de los chozos de señor Felipe, y nos fuimos allá. Al momento, siete hombres nos salieron al encuentro. Empezaron a zumbar los palos en el aire, defendiéndome como pude. Los más fuertes se fueron encima de Nicolás que había caído en un surco. Iba a levantarse y no podía porque los palos le bailaban en la cabeza. De rodilla en tierra, empezó entonces a “pinchar”... Primero a Felipe, luego a Gonzalo, después a Nicolás, por último a Cristóbal... a cuantos se le acercaron... Y yo y José defendiéndonos de las mujeres, que nos tiraban piedras y botellas, y de los perros, que nos destrozaban las ropas y mordían las piernas... Y nos perdimos todos. ¡Nos matamos porque nos estaba llamando aquella noche la desgracia!”



¿Quién decía la verdad?—continuó la viejecita—. ¡Todos, porque todos tenían su razón y su pena! ¡Malditos “lloros”! Dos casas en ruinas, como si las arrasara una quema. El corral de Felipe sin vacas; el trillo en un rincón; las calabaceras pudriéndose en la huerta... Dentro, el vernegal vacío, las paredes limpias; la estampa de San Lázaro caída en el suelo... Más allá, la casa de Victoriano cerrada; Dolores enferma; el molino de Juan en venta... ¡Todo en ruinas! ¡Y aquel sembradillo de trigo, que antes parecía una alfombra de oro, sin rastros de vida!

¡Ni una mata, ni una maravilla, donde antes crecían a montones! ¡Maleficio que les hicieron! ¡La sangre que las secó!”

Enmudeció la viejecita y se dispuso a entrar sus bártulos. Las mozas se secaban los ojos, empañados de lágrimas.

—¡Anden, anden, que empieza a caer la llovizna!... ¡Vamos a rezarle un Padrenuestro al Señor! ¡A rogar por ellos!

De la carretera llegaba el rumor de la romería. El llano se entoldaba de bruma.

Oscurecía, y el ruido de los cencerros del ganado en las “suertes” lejanas se iba extinguendo por momentos. Después, la llanura toda, con sus tierras hinchadas de humedad, dormía en el silencio de la noche.



Pasarán los tiempos, volverán los días floridos de Mayo, las pompas y las alegrías de la Primavera, y la pequeña Cruz seguirá rodeada de soledad y misterio.

Pero allí cerca, a la puerta de una choza, no faltará una viejecita como aquella que iba a cumplir ochenta años por San José, que siga contando la tenebrosa historia al lento compás del huso de su rueca.

—Aquella noche, donde dicen la Cruz Chiquita...

Historia que parece cuento y fué drama auténtico y vivido.

¡Malditos lloros!

Las Mercedes



“Bosque centenario, de frescas umbrías, de frondosos laureles, todo en él son tradiciones y recuerdos, ecos y aromas de la tierra...”

¡Bosque de las Mercedes, en la antigua sierra del Obispo! ¡Ermita de la Virgen, a la falda del monte, “por donde van las aguas a las fuentes que hay en la ciudad!”

Bosque centenario, de frescas umbrías, de frondosos laureles, que a los extraños sorprende y maravilla, todo en él son tradiciones y recuerdos; ecos y aromas de la tierra. Tradiciones de la raza, dormida entre sus peñas, al refugio de los árboles seculares: cedros y sabinas, mocanes y barbusanos de troncos carcomidos y recios brazos, resistiendo los embates de los tiempos. Y recuerdos gratos de la infancia; marco de alegrías y escenas hogareñas, que reviven en lo más hondo de nuestro espíritu. La sonrisa de la madre anciana, presidiendo la prole festejera; las manos hacendosas tendiendo los albos manteles sobre la húmeda hojarasca, y aquellos primeros balbuceos amorosos junto a la novia encendida en rubores. Y a la caída de la tarde, el retorno triunfal: la carreta enramada de brezos y jibalberas, los “ajijides” y los estribillos, los collares de esquilas de las juntas alborozando la campiña, mientras arriba, en los altos de la sierra, el bosque solitario envolviase en cendales de brumas.

¡Monte de las Mercedes!... Emoción, sonoridad, destellos y matices de alma canaria; todo, hasta nuestros cantos, parece cobrar en él vibraciones y acentos inconfundibles. Cadencias de arrullos maternos. Sabor de nostalgias o de pesares hondos, como

ese desconsolado lamento de la copla, vertido en languideces de folías, que tantas veces repitieron los ecos de sus montañas.

Se planta una rama seca
y vuelve a reverdecer,
pero se pierde una madre,
y esa no vuelve a nacer,
aunque se riegue con sangre...

En ningún lugar más apropiado, tan lleno de resonancias y evocaciones, pudo surgir, pues, el gran poema musical que ha inmortalizado entre nosotros el nombre de Teobaldo Power. ¡Poema en que puso su sensibilidad el artista, y la tierra toda la gama de sus sentimientos!

De ahí la devoción de Power por este bosque de las Mercedes, marco de sus "Cantos Canarios". Ausente en Madrid, atenazado por los dolores físicos, y ya en sus delirios de enfermo, el pensamiento y el alma del artista volaban constantemente hacia el bosque. Y su mano febril escribía estas líneas a un amigo: "Nada de esto—se refería a sus grandes éxitos de compositor—es bastante a hacerme olvidar la tierra querida. Ese cielo alegre, ese aire puro y esas escarpadas peñas no los consiguen borrar estos triunfos ni los inmerecidos aplausos con que el mundo recibe mis pobres producciones".

Y añadía, rebelándose contra el Destino fatal y las torturas corporales que le retenían en el lecho de una modesta posada madrileña: "Aun no pierdo las esperanzas de pasar los últimos meses del invierno en las Mercedes".

¡Vana ilusión de sus pensamientos, ya en los umbrales de la Muerte!

¡Power! ¡Teobaldo Power! Juventud truncada. Gloria deshecha. Su espíritu parece vagar aún entre las humildes cabañas, captando motivos para su poema: arrullos de cunas, canciones de madres, tonadillas de mozas. ¡Desventurado artista, que tantas veces sosegó sus fiebres de gloria a la sombra de los laureles de la selva!

Bien merecía que se perpetuara su recuerdo bajo los árboles seculares que velaron los sueños del autor de nuestros "Cantos".



Alminar de la Vega, mirador abierto a los cuatro vientos, todos los contornos del bosque recuerdan asimismo episodios memorables de la raza. Y la imaginación los va reconstituyendo en la quietud y serenidad de las tardes laguneras mientras se tiñen de destellos rojos los horizontes y toda la campiña se envuelve en una suave tonalidad de crepúsculo. La vasta llanura, tal como la describen los viejos cronistas: rodeada al septentrión de un semicírculo de colinas, todas revestidas de agradables bosques, y al centro un lago de media milla, adonde acudían muchas aves y pastaban los mejores ganados. El puerto de Añago—hoy riente bahía de Santa Cruz de Tenerife—donde plegaron sus velas las naves conquistadoras. La crestería de las montañas de Anaga, de Roque Negro y los Dos Hermanos, revestidas de balos y cardones, única túnica vegetal capaz de velar las desnudeces y cicatrices de los monstruos de piedra que se alzan a lo largo de la cordillera. Marco de proezas guanches; refugio de héroes y heroínas que parecen vagar aún como espectros por las agrestes soledades: Afur, Beneharo, Ruimán, Guacimara... la princesa disfrazada de pastora, apacentando ganados en los dominios de Zebensaya...

Dentro, a lo largo de los senderos del bosque, cada recodo nos va señalando también un rincón, un remanso, un nombre conocido. "La Mina", el "Llano de los Loros", la "Cruz del Carmen"... Cada cual con sus características y su ambiente distinto. Unos, como brechas abiertas para sorprender los secretos del bosque, la virginidad de la selva. Otros, como remansos de paz y de silencio, con sus grutas revestidas de helechos, (¡la "Madre del Agua"!), o sus manantiales ubérrimos, fluyendo entre sombríos túneles o altas cascadas... ¡El "Llano de los Viejos"! Gruta o palacio tal vez de aquellas "harimaguadas" de los bosques, ninfas indígenas, coronadas de flores silvestres. Y por último, la "Cruz del Carmen", en un claro de la cumbre, bajo la alegre luz cenital, tan pronto bañada de sol como encubierta por la niebla. Cruce obligado de traficantes, de los que van para las Montañas o vienen de la Almáciga, rendidos de las sesenta vueltas del camino.

La caravana de todo el año, con igual trajín, con los mismos caminantes de siempre. E idéntico diálogo cotidiano: "¡Con Dios vecino!" — "¿Llueve por las Carboneras?" — "Lloviznando estaba". Así un día y otro, con el mismo ritmo de vida.

Sólo en algunas ocasiones, un suceso solemne, que pone una nota de emoción en el ánimo de todos. ¡El paso del Viático!

Todavía suena a lo lejos la campanilla en el silencio del bosque, y ya se postran de rodillas hombres y mujeres.

— ¡El Señor Sacramentado!

— ¿Para quién será?

Y pasa el Párroco, sobre la jadeante cabalgadura, el paraguas abierto y las estolas flameando al aire. Delante, el labriego vestido de acólito, portando las alforjas con los sagrados ornamentos.

Y se aleja la comitiva. Y vuelve a ponerse en marcha la caravana. Después, la ceremonia solemne al fondo de las Montañas. El Viático que entra en humilde choza, y a la puerta la vecindad sobrecogida de fervor, orando por el enfermo que van a "administrar". Otras veces, el trámite breve, expeditivo, del responso desde la cumbre. O el gesto campechano y liberal del viejo párroco, que cuando le mostraban lo alto del precipicio donde había de ejercer su ministerio, blandía el hisopo y refunfuñaba por toda oración:

—¡Con Dios, hermano! ¡Como guirre vives; como guirre mueres!



De las galas del bosque, de la variedad y riqueza de su flora, prodigáronse en elogios cuantos naturalistas y escritores de fama le visitaron. Bory de St. Vincent, el ilustre autor de "Ensayos de las Islas Afortunadas", que estuvo en Tenerife en 1808, decía años después en París: "La selva de La Laguna está siempre presente en mis recuerdos. Tal fué la impresión que me causaron sus producciones y sus sombras". Y el célebre botanista mostraba en su herbario las plantas más originales que en él había recogido.

M. Berthelot, otro gran enamorado del bosque, lo describe después en todo el esplendor de su flora, con especies tan originales como la "genista canariensis" ("Retama de Canarias"), peculiar de esta selva. "Del lado de Bajamar y el Valle de la Goleta—escribía el sabio botanista—destacábanse los sanguinos, marmilanes y brezos de escoba. Hacia Taganana abundaban las especies más variadas, y cerca de la Punta del Hidalgo, los renuevos de las

sabinas y los almácigos sombreaban los distritos del Sabinal, que ocupaba antiguamente una extensión de cuatro leguas de largo por media de ancho.

Las masas de verdura se extendían sobre los bordes del Valle y cubrían todas las alturas. Laureles, viñátigos y barbusanos constituían las especies más abundantes. En las crestas de los cerros, los tilos sobresalían por su esbeltez, mientras las hayas y las hijas formaban grupos aparte sobre la orilla oriental. Crecían los follados al abrigo de los laureles y el "convólculo" de las Canarias se enredaba como una liana en las ramas de los árboles más grandes. Los helechos cubrían el suelo y las jibalberas de hojas florecidas y el bicáro de los guanches serpenteaban en guirnaldas alrededor de los viejos troncos. En los barrancos crecían los mocanes y aceviños, la canarina de grandes campanillas, zarzaparrillos y labiadas de flores balsámicas. Verdura sin cesar renaciente, reunión de vegetales distintos, en medio de aquel rocío vaporoso que penetra la vegetación y hace correr la savia a torrentes."

Más tarde, manos destructoras fueron mermando el rico patrimonio forestal, y los ejemplares más notables, las especies más curiosas, desaparecieron en gran parte, como tantas otras galas de la flora canaria: tirsos cargados de flores azules, mocaneras y madroños con frutos, tilos y viñátigos, "de tan elevadas cimas, que las palomas salvajes que en ellos se refugiaban estaban fuera del tiro de los cazadores".

¡Famosos árboles indígenas, tronchados por la barbarie o arrasados por la codicia!





“¡El Llano de los Viejos! Gruta o palacio tal vez de aquellas “harimaguadas” de los bosques, ninfas indígenas coronadas de flores silvestres...”

La ermita... A poco menos de un cuarto de legua de la ciudad, a la entrada de las huertas que decían del Obispo. Dominando el pequeño caserío diseminado entre huertos de naranjos, con sombras de parrales en las puertas y adornos de madreselvas en las ventanas, todo en alegre colorido, como paisaje de acuarela canaria. Digno marco de la histórica ermita. Recreo de los ojos de la Virgen cuando la llevan en andas por los campos, precedida de danzas y tamboriles, acompañada de barcos adornados de velas y oriflamas... ¡Milagrosa Imagen, traída en pasados siglos de los Valles de Vega! ¡Virgen que invocan los navegantes, los tullidos y los cojos! Visitada por Oidores y Jueces de Indias, que le hacían ofrendas piadosas, y por Comandantes generales, como don Jerónimo de Benavente, que le regalaban sendos candlabros de plata...

Labriegos y próceres, gentes de toda condición y linaje, rendíanle pleitesía y colmábanla de prendas y regalos.

Y contaban, y no se cansaban, milagros de la Virgen. Prodigios de su desvelo piadoso en todo trance de infortunio o de peligro.

—Hasta mí mismo—refería persona de tan alta alcurnia intelectual como don Juan Núñez de la Peña—me sucedió un hecho, que voy a relatar a grandes rasgos.

Y narraba el viejo historiador: "Llevóme mi padre a la fiesta que se hacía en los Valles de Vega el domingo después de la Asunción del año 1649, y a la hora en que se decía la misa mayor, me salí al campo, y como niño que era me fuí por la vereda de un arroyo abajo a alcanzar una caña que en él se me había caído y se llevaba la corriente. Paró la caña en una honda poceta, fuí a cogerla y caí dentro sin esperanza de poder salir sino ahogado. A este tiempo,

un mozo de casa de poca edad, que iba con otro por una sierra arriba, reparó al golpe que dí en el agua, y al ver sólo el sombrero sobre ella, y conocer que era mío, aprisa bajó la sierra, invocando a la Virgen de las Mercedes; llegó al arroyo, y aguardando volviese arriba para auxiliarme, descubrió una manga de la ropilla sobre el agua; asíóse a ella, y me sacó contento y riéndome como si no hubiérame sucedido tal cosa.”

Suceso tan notorio y testimonio tan autorizado como el de su protagonista, don Juan Núñez de la Peña, después famoso historiador canario, contribuyeron a fomentar la clientela de la ermita. Y cada año aumentaban las romerías, las visitas de personajes ilustres, de Oidores, Jueces de Indias y Comandantes generales, y se arraigaba más el fervor que por la histórica imagen sentían las clases humildes, los navegantes y los lisiados.

Hoy, con las nuevas rutas del bosque, alejado el santuario del paso de los caminantes, a solas con el pequeño caserío, ya muchos ni se acuerdan de la ermita de las Mercedes...



La fiesta... Devoción y paganía. Mozas endomingadas, con sus mejores galas, con el sobretodo al brazo, dispuestas para bailar... Turroneiras y baratijas. El alcalde luciendo el trenzado bastón de borlas. La Virgen en la puerta de la ermita. Repiques, cohetes y músicas. Cirios, hopas blancas, descansos y tracas en el camino. Por último, la loa desde los mástiles del barco, y las aclamaciones de la marinera... ¡Viva! ¡Viva la Virgen de las Mercedes!

¿Quién dijo que no es la fiesta más isleña, la más divertida, la que todos aguardan con impaciencia, “la última fiesta”?...

Seguramente hubimos de cometer alguna vez ese error, porque buscando entre viejos papeles nos hallamos con una carta que bien merece traerse a colación. La firmaba un compañero ilustre, honra del periodismo isleño: don Patricio Estévez.

—No salgo de mi asombro—comenzaba con amable reproche—. Mentira parece que un lagunero neto haya podido titular su crónica “La última fiesta”. ¿Pero es que ni el recuerdo conserva V. ya de lo típico, de lo característico, de lo más poético, de lo más bello de que puede “gozarse” en tierra isleña? Voy a tener que darme por convencido de que los jóvenes sóis unos desgraciados. Lo prosáico, lo vulgar, llena la vida de la juventud, que olvida o no conoce, o desprecia, lo que tiene verdaderos encantos, lo que deleita el ánimo, lo que eleva el alma, lo que produce goces inefables; lo que yo siento, y me conmueve, me alegra y me entristece al mismo tiempo, por lo que tiene de pasado remoto, que no volverá para mí, y de triste presente, sin ilusiones ni esperanzas.

Es la fiesta de las Mercedes—si no se ha cambiado como tantas otras cosas—el tercer domingo de octubre. Faltan pocos días. O va V. a ella este año para que la describa como se merece y V. sabe hacerlo, o tendré que declarar públicamente que no sabe V. lo que se pesca y que debe ser excomulgado por los de la buena cepa.”

Tenía razón el llorado maestro. ¿Quién dijo que no es la fiesta de las Mercedes la mejor, la más típica, la más divertida de todas las fiestas canarias?

Devoción honda; poesía rústica. Sol alegre de octubre alumbrando los sembrados nuevos. Júbilo en la campiña. Ranchos de mozas por los caminos, con el sobretodo al brazo, dispuestas para bailar... Y en la plaza de la ermita, el hormigueo de los fieles, los últimos gritos de la marinería entre las jarcias y las

velas de los barcos. Repique jubiloso de campanas, ahogando los ecos del rústico "tajaraste".



¡Bosque de las Mercedes, en los altos de la sierra del Obispo! ¡Pequeño santuario, a las faldas del monte, por donde van las aguas a las fuentes de la ciudad!

Todo en su recinto es emoción, sonoridad, tradiciones y recuerdos. Y fuera de la sierra, en la alegría de sus huertas, bajo la sombra de sus parrales, arrullos y cadencias de la tierra.

¡Cantos canarios!

Los esperanceros

¡Carretera de Tejina!... Mañana de invierno, luminosa y alegre. En los campos, las sementeras nuevas, asomando entre las maravillas que alfombran los cercados, barruntan cosecha abundante, año próspero.

La caravana de luchadores se acerca con alborozado rumor. En vanguardia, la gente moza, con andar marcial, marcando el paso aprendido en el cuartel. Detrás, la edad proveya, los de la plana mayor, luciendo sus ropas domingueras. Unos, con sus sombreros nuevos y sus polainas amarillas; otros, con sus borceguíes flamantes, estrenados por la fiesta de los Remedios.

Partieron de más allá de Los Laureles, y viene con ellos toda la flor y nata de la medianería del Pico, la Caldera y Pedro Alvarez. Juntáronseles luego los de las Toscas, y, ya todos reunidos, emprendieron con bríos la subida de San Bernabé. En las Canteras quedáronse unos cuantos para aguardar a los rezagados, y los más fuéronse a la Glorieta a descansar unos momentos.

El corrillo se va animando. Los mozos forman cola a la puerta de la venta para tomarse un "mezclado". Los viejos, sentados en los poyos, cargan la cachimba y se cuentan sus cuitas. "¡Buena llovida!" "¡Buen año de pastos!" "Hay que ver cómo han crecido las marañuelas". "¡Suerte pa el ganado!" "¡Y pa todos, amigo!"

La conversación tercia después sobre la lucha. Lle-

va la voz cantante un veterano, testigo presencial de aquel famoso torneo de los tres días en la Media Montaña. Los muchachos le oyen atentamente, mientras va dando consejos a los bisoños.

—Primeramente, que se cuiden bien de los “desvíos”. Lo mejor es meter enseguida el brazo a la espalda y “requintar” bien al contrario, sin dejarlo escurrirse pa atrás... ¡Maña, que decimos los viejos, y tener nervio y sangre en el cuerpo! ¡Al que ronca hay que roncarle!

Todos escuchan atentamente. Hasta que se tiene que interrumpir la charla, porque se acerca la misa de doce.

—¡Andando, muchachos!

—Sí, ¡adelante el rancho!

Ya en la población, los más se marchan a San Agustín; los restantes se diseminan por las calles. Algunos se van a tomar agua bendita al Cristo, que es día de pelear... y de vencer.



A la misma hora, bregando entre los fangos del camino, el bando rival desciende de los montes de la Esperanza. Menos nutrido, pero más indómito y resistente, lo que le falta en número le sobra en arres-tos. Trae al frente sus hombres más aguerridos: “Cachero” y sus hermanos, los Tarados y Juan Pérez... Detrás, el vencedor de tantas jornadas inolvidables, Eugenio “La Verga”, gloria y prez de Los Castañeros... ¡Los mismos de siempre! Falta solamente “Tajaja”, bravo mocetón en deuda con la justicia por un delito de sangre. ¡Pobre “Tajaja”!, exclaman, còndolidos, los compañeros. Y al pasar por el sitio donde dicen que golpeó a una vecina por “maloficio”

que le hizo a su madre, todos tienen un recuerdo para el ausente.

Y el aguerrido grupo, con sus mantas astrosas y los pies enlodados del fango del camino, irrumpe a su vez en la ciudad. Al frente va "Cachero", el más díscolo y travieso de la partida, contoneándose con aire de general en jefe.



El circo, desbordante de público, arde en pasión y en ansiedad a la vez. Se va a jugar el prestigio de "La Verga", a ver si realmente es tan temible, como dicen, aquel hombrecillo enteco y esmirriado, que días antes venciera a siete hércules en la Orotava.

Tejina, Tegueste, La Laguna, Las Montañas, todos los partidos parecen juramentados para derribar al caudillo.

Desde las primeras escaramuzas se advierte que la pugna va a desenvolverse en un ambiente de encono irreductible.

Cada agarrada promueve un incidente ruidoso. Los hombres buenos se enzarzan en violentas disputas. El público, a su vez, se desborda en pasión, y el ambiente se caldea por momentos.

Las huestes esperanceras se defienden con heroico empeño en la atmósfera hostil que les rodea. Han caído ya tres "Cacheros", y al rodar por tierra el último, el jefe de la brava hermandad, los adversarios prorrumpen en aplausos estrepitosos. Los vencidos se indignan y avanzan en actitud retadora hacia el frente contrario, verdadera muralla de hombres, inexpugnable en su fortaleza.

—¡Pa atrás los esperanceros!—gritan algunos energúmenos del público.

—¡Lucha! ¡Lucha!—piden otros.

—¡Vámonos!—arenga "Cachero" a los suyos.

—¡Si, vámonos!—responden a coro las indignadas huestes, envolviéndose en sus mantas.

Los más reflexivos vacilan unos momentos, y, al fin, se impone la cordura.

—¡Lucha! ¡Lucha!—grita la mayoría del público.

Y, en medio del desaforado vocerío, surge “La Verga” en el “terrero”.



Enjuto, pálido, de cara aniñada, nadie diría que aquel hombrecillo enteco, sin musculatura ni prestancia física, sea la figura cumbre de la jornada.

Tiende noblemente la mano a su adversario, y, apenas en guardia, a la voz de “¡ya!” de los jueces, se yergue como movido por un resorte, levanta en vilo a su rival, y, de pronto, como una serpiente que se enrosca al tronco de un árbol, le traba el tentáculo terrible.

Emoción general. La pierna de acero de “La Verga”, arrollada desde el muslo hasta el tobillo de su contrario, oprime y debilita cada vez más a su presa. El forcejeo hace levantar al público de los asientos. Una vibración de inquietud y nerviosidad se extiende por el circo. “¡Que se lo lleva!” “¡Que no se lo lleva!”, exclaman los exaltados. “¡Al suelo con él!”, gritan los esperanceros. El de Tegueste se entrega al fin; balancéase un momento en el aire, y cae por último, desplomado e inerte, como herido por un rayo...

Vencido el enemigo temible, los triunfos de “La Verga” sucédense entre el asombro de todos. Caen y caen los hombres, como barridos por una tromba.

De las diezmadas filas queda únicamente un luchador que pueda enfrentarse con “La Verga”. Y, en efecto, resiste heroicamente su acometida, y tras una serie de contras y remolinos, cae en lucha re-



“...Levanta en vilo a su rival, y, de pronto, como una serpiente que se enrosca al tronco de un árbol, le traba el tentáculo terrible.”

vuelta con el campeón, sobre un grupo de espectadores del "terrero".

—¡Tabla!—gritan unos.

—¡No!—responden otros.

—¡Lucha! ¡Lucha!—grita el público.

—¡Tabla! ¡Tabla!—insisten algunos.

De pronto, "Cachero" que se abalanza sobre "La Verga".

—¡A vestirme!

—¡Lucha! ¡Lucha!—prorrumpe el público enardecido.

El Comisario, agitando su bastón, trata de imponer inútilmente el orden.

Las pasiones se encrespan y cien puños se revuelven amenazadores, en medio de una indescriptible algarabía de voces y denuestos.

Cuando ya el choque parece inevitable, se ve surgir a "Cachero", en medio de todos, enarbolando el bastón de la autoridad.

Acababa de arrebatárselo al Comisario, y quería imponer paz a los contendientes.

—¡Los teguesteros pa atrás!—grita en el paroxismo de su arrebató.

—¡A la calle!—responden los adversarios.

—¡Lucha! ¡Lucha!—sigue clamando el público.

Pero ya es tarde. La indisciplina ha cundido en las filas. Y un revuelo de mantas en el "terrero" anuncia que la faena ha terminado.



Aquella noche la llegada de "La Verga" al pueblo fué motivo de conmoción general.

Salieron a recibirle los primates y todos se disputaban el honor de llevarle en volandas.

—¡Una convidada pa todos!—dispuso el alcalde,

hinchado de orgullo—. ¡Así se portan los hombres!
¡Bien por “La Verga”!

De la cumbre llegaba el rumor alegre de Los Castañeros, festejando a su héroe.

Al poco tiempo sonaban alborozadas las guitarras, y en cada ventorro organizábanse folías y saltonas al son bullanguero de los “timplillos”.

—¡Viva! ¡Viva “La Verga”!

Clementoria

No sabemos de dónde le vino el nombre. ¿Clemencia? ¿Clementina?... Clementoria llamábanla las gentes. Y "Seña Clementoria" decíanla los chicos, acentuando el mote y refocilándose en la burla.

La anciana debió ser moza de buen parecido, allá por sus años juveniles. Menuda, ágil, fina; de tez morena y ojos que aún le rebrillaban... Destellos tal vez de los días felices, cuando todavía se llamaba Clemencia o Clementina: la que todas las mañanas iba con su cántaro a la fuente; la pretendida de aquel mozo que una noche, en la fiesta, la sacó a bailar...

Vivía en la calle más céntrica y de más postín de la población; en la calle de la Carrera. Y albergábase en un tenducho de puerta siempre entornada, como si estuviese de luto, y por la que apenas cabía el alto de una persona de mediana estatura.

Vendía la viejecita cestos, abanadores y manojos de yerbas olorosas (oréganos y malviscos, poleos y salvias), que ella misma iba a coger en los montes. Y algunos años, allá por los Finados, encendía su brasero junto a la puerta; sentábase en una pequeña banca y poníase a tostar castañas después de hendirles la cáscara con un cuchillo. Sólo entonces, a la lumbre de las brasas que calentaban a la par su cuerpo aterido, veíasela el aguileño perfil de su cara de bruja, contorneado de luz. Las líneas todas de su rostro bien dibujado, replegándose en la hendidura de sus labios inmóviles: ¡labios ahitos de rejalgares y maldiciones!



En un espacio tan reducido como aquel en que se desenvolvía la modesta industria, pasaba la desdichada los mayores agobios para buscar sitio al pobre ajuar, (un catre, dos sillas, una mesa y un nicho), y a los atadijos de cestos que le cubrían casi toda la estancia. Un enredo de trastos, de dificultades, de tropiezos mil, dentro del cual caminaba como una araña en un cedazo. ¡Qué apuros los suyos cuando el tenderete se le venía por tierra! Dijérase que la arañita tejía y destejía constantemente su red, fabricándose a cada momento su templete de cañas.

De aquel agobio y sordidez en que vivía, nació sin duda lo inhóspito y agresivo de su carácter. Porque al poco tiempo de sentar sus reales en la ciudad, cuando debía ser más blanda y tolerante con sus vecinos, comenzó a desatársele un humor de mil diablos, un genio de verdadera harpía.

—¡Clementoria!—gritábanla los chicos—. ¿Vende abanadores? ¿Vende palmatorias?

Y salía a la puerta como una leona enfurecida:

—¡Ven, lambido! ¡Ven, ven!...

Pasábale al fin el arrechucho, y, ya un poco más en calma sus nervios, volvía a su silla a peinarse las greñas o rezar el rosario, pero siempre en acecho, siempre vigilante como un centinela guardando su garita.

De pronto, otra voz en la calle. Esta ya en tono de reto, de algún mozarrón atrevido y granuja.

—¡Clementoria!... ¿Vende palmatorias?

Y la mano aleve que tiraba con violencia de la puerta, estremeciendo la estancia, derrumbando el tenderete de cestos. Y otra vez la furia a salir de la jaula, a asomar la cabeza y abanar con las manos:



“Vivía en la calle más céntrica y de más postín de la población: en la calle de la Carrera. Y albergábase en un cuartucho, de puerta siempre entornada...”

“¡Ven, ven!”. Hasta que se echaba a la calle, medio desnuda, con sus andrajos sucios y sus chancas rotas, aullando como una loba en medio del arroyo.



El cuadro, a fuerza de repetirse, ya apenas si interesaba a nadie. Y ella, debatiéndose cada día en gestos de desesperación y de rabia ante la indiferencia del público, la sonrisilla de los “celadores” en las esquinas y la curiosidad impasible de las señoras en los postigos. “—¡Bah, cosas de Clementoria!... ¿A qué tendrá ese genio así?”

¡Tiempos de travesuras y picardías en que estos episodios callejeros eran como una salsa para pasar el hambre de emociones y distraer el tedio de aquellos días tan largos, tan aburridos!...

Pero ella misma se había tenido la culpa. ¿A qué, pudiendo vivir tranquila en extramuros, fuese a establecer en lugar tan visible, de tanto postín como aquel? ¿No había oído hablar, por ventura, de la aristocrática calle de la Carrera, centro y cogollo de la ciudad? ¿No sabía que el pobre tenducho iba a tener por vecinos a los principales comercios y las tertulias de más rango en la población?

Sentía, por lo visto, el vértigo de la lucha; deseaba expansionar y popularizar sus odios. Y aquel indomable temperamento suyo, arisco, vesánico, irreducible, llevóla a meterse en la boca del lobo. ¡Y el lobo, un día tras otro, la fué devorando!



¡Cuán caras pagó al final sus travesuras! Tantos años de batallar continuo, de irascible y atormentado vivir, pusieron a prueba el temple de su espíritu,

y sus nervios, como cuerdas gastadas, apenas si vibraban ya, flácidos y dolientes. Comenzó entonces a sentirse vencida, a hacerse amable, locuaz, tolerante con todos. Las mozas entraban en el tenducho, la distraían, contábanle sus cuitas, y empezaron a sonreír aquellos ojos llenos de rencores.

La venta parecía más nueva, más alegre, sin tanta negrura de sombras. La viejecita, arrepentida, sentía deseos de agradar y de rehacer su industria. Pero, ¡ay!, le faltaban alientos para el trabajo, y, al par que aumentaba su clientela, disminuíanle los bríos. Flaqueábanle las fuerzas, y si algún zagalote intentaba molestarla, ya no se erguía como una furia. Dejaba que le zarandeasen la puerta, y, cuando más, exclamaba, indiferente y dolorida: “¡Déjenme, por Dios!”

Aquella frase, dicha con un dejo de tristeza y desaliento, era como una renunciación de toda su historia. La vieja aldeana volvía a recobrar su verdadero nombre, el suyo, el que la decían allá en su pueblo, cuando el Destino no la había arrastrado a aquella vida de escándalo y ludibrio. Tornaba a ser lo que fué: ¿Clemencia? ¿Clementina?... ¡Quién sabe!



Sí; era otra sin duda. Ya no asomaba su cara de bruja por las rendijas de la puerta, ni maldecían sus labios, ni sus manos abanaban a los chicos: “¡Ven, ven!”...” Ahora les invitaba a entrar en el tenducho; les ofrecía castañas muchas veces. Y se hizo festejera; compróse unas sayas nuevas; púsose un pañuelo amarillo, y todos los días, devota y risueña, íbase a la misa del alba al Cristo o las Monjas. Sólo en alguna ocasión volvía el desasosiego. Y encerrábase de nuevo en el covacho, para que nadie la viera... ¡El diablillo aquél que tenía en el cuerpo!...

Era entonces, en aquellas horas de abatimiento, cuando algún alma buena—un vecino amable, una señora compasiva—se acercaba a ella para consolarla. “¡Vamos; a estarse tranquila!... ¡Vaya; para que se compre unos panecillos en la venta!...” Y la mano dadivosa del vecino o de la señora dejaba caer unas cuantas monedas en su viejo delantal.

Y se iban las almas buenas; quedábase ella, llorosa y conmovida, acariciando las monedas. ¡Sí, pensaría, aun quedaba caridad en el mundo!

Pero volvíanle sus dudas, sus tormentos, sus delirios mentales. Y pensaba entonces si aquellas personas que acababan de salir del oscuro tenducho serían seres del otro mundo. ¡Cristo o la Virgen a lo mejor!

Y soñaba..., soñaba recordando aquellas estampas benditas que le dieron, cuando moza, en la Iglesia. El Padre Jesús acercándose a los lisiados. La Virgen María consolando a los afligidos, tendiéndoles sus manos amorosas. ¡Cuánto, cuánto pensaría su imaginación atormentada y enferma! ¡Con qué placer iba a saborear el pan ázimo, oloroso y tierno, de las hogazas del Señor, que compraría con aquellas monedas! ¡Pan bendito, pan moreno, como aquel que Cristo repartía entre los pobres! ¡Y también ella lo era! ¡También ella sentía hambre de amor y de justicia!

Y sus labios, trémulos, fríos, murmuraban una oración al Padre Jesús.



Más tarde, ya vencida y derrotada del todo, inválida casi, ingresó en las salas de un Hospital. Allí, en el tenducho, quedaba todo su ajuar: su catre, sus sillas rotas, su brasero sin lumbre. La misma puerta

desvencijada, llena de huellas y remiendos, pero cerrada del todo. El tenderete de cestos en desorden, roído por las ratas; los manojos de yerbas silvestres, sin aroma. ¡La arañita ausente!... Todo en silencio. Algún que otro golpe en la puerta de zagalotes que atisbaban por la cerradura, y se marchaban pesarosos. “¡Pues no está Clementoria!”...

¡Y ella, en su cama blanca del Hospital, despojada de sus harapos, vestida de limpio, con sus manos pálidas y sus ojos serenos y tranquilos! ¡Qué feliz parecía en su lecho! ¡Y qué descansada estaba!...



Hasta que un día, sin cortejo, sin cirios, sin nadie que llorase por ella, cuatro hombres lleváronse la del Hospital. ¡Allí iba toda una historia de rebeldías y sufrimientos; todo un carácter!

¡Yerta, con sus labios sonrientes, sus manos como lirios y sus sayas negras, rociadas de agua florida!...

¡Y no hubo una campana que doblase por ella!
¡Ni una oración piadosa en las calles sombrías, envueltas en nieblas de invierno!

¡Y la viejecita tan peripuesta, tan festejera, con sus ropas nuevas, descansando sus huesos sobre aquellos cuatro hombres astrosos, mudos, tullidos de frío, que la llevaban a enterrar!



¿Clemencia, Clementina, Clementoria?... ¡Las tres iban en el ataúd!

La centenaria



“...y aquel detalle tan canario, tan simbólico, de la aguja enhebrada, prendida en la cinta del viejo sombrero de palma como un emblema de trabajo.”

Tía Isabel Albertos, la viejecita de los ciento siete años... Caso típico, curioso ejemplar de la raza, que simbolizaba viejas leyendas y encarnaba las más remotas costumbres de la tierra.

Para todos aquellos, devotos del pasado, que rinden culto a la tradición y al sentimiento regional, la figura de esta viejecita ofrecía el más completo y acentuado relieve. Expresión, dejo, psicología, todo era original y característico en este tipo callejero del más humilde linaje. Cada una de las profundas arrugas que, como huellas en la corteza de un árbol centenario, surcaban su rostro; el pelo blanco, con reminiscencias de color rubio, que asomaba bajo el pañuelo negro, y aquel detalle, tan canario, tan simbólico, de la aguja enhebrada, prendida en la cinta del viejo sombrero de palma como un emblema de trabajo, toda su silueta, en fin, era digna del pincel de un artista.

Merecía, además, como supervivencia del pasado, el respeto y la veneración de todos, caso no frecuente. Porque los viejos, cuando visten harapos, suelen ser muchas veces objeto de escarnio, lo que ha motivado censuras de plumas ilustres. El amor a los ancianos—decía un escritor—va siendo cada día más escaso. En Cataluña se celebran anualmente fiestas en honor y provecho de setentones, ochentones y de ahí para arriba, que es aquí para debajo de la tierra. Se han instituido los socorros para la vejez. Todo esto, que es poco, es sumamente plausible, pero lo acos-

tumbrado es el abandono, cuando no el menosprecio y la burla para el viejo. Y a fe que nada hay que dañe tanto a la cultura de los pueblos como la desconsideración, la falta de respeto a la vejez. ¡Tristeza de la senectud, "para la cual no existe el mañana!"



Nuestra viejecita, que iba de puerta en puerta apoyada en un bastón, recogiendo los mendrugos de pan que le regalaban los vecinos, conservaba aún bríos para andarse de extremo a extremo la población, en incansable trajín. A veces hasta se la veía caminar presurosa, a grandes zancadas, como si recordase sus tiempos juveniles.

Había nacido en Barranco Hondo, y vino muy joven a Santa Cruz, a ganarse la vida trabajando.

Su familia, nos decía, había sido muy "vividora". Sus abuelos, sus padres, sus parientes todos, alcanzaron edad propecta; "vivieron cuanto quisieron". Sus hijos tampoco desmentían la raza. La más vieja, María, frisaba en los setenta; le seguía Eugenio, con sesenta y ocho, y Angel, el más pequeño, con sesenta y seis. Todos ellos aspiraban a vivir el siglo como sus ascendientes.

De prodigiosa memoria, recordaba casi todos los sucesos locales ocurridos en el último siglo, y era incansable narrando historietas, salpicadas de refranes y oraciones.

—Déme la mano su merced...

Y con suaves caricias nos iba contando los dedos, mientras decía:

Una manzana me dieron
bonita, pero prestada;
cinco me dieron con ella,
y diez para que guardara...

Estos diez—añadía, volviendo a contar los dedos—, son los santos mandamientos de Dios, y estos cinco las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

Después nos recitaba una de las oraciones que más solía repetir:

“Al acostarme en la cama,
llamo las once mil vírgenes,
que vengan en mi compañía;
al Señor Santo Domingo
y a la gloriosa Santa Ana.

Estas son las oraciones
que Jesús nos enseñaba;
dichoso aquel que las dice
al acostarse en la cama...”



Luego nos refería la “historia” de Nuestro Padre Adán. —Estando una vez en sus soledades Nuestro Padre Adán, vino a pedirle cuentas el Señor. —Adán, ¿qué has visto?, le preguntó. —Señor, una mujer, apañando fruta en la higuera negra. —¡Pos calla, que esa es la Muerte! Volvió al otro día y lo encontró cavilando. —Adán, ¿qué has visto? —¡Cuatro hombres, con cuatro sogas, que tiraban de un árbol y no lo arrancaban! —¡Pos calla, que esa es la rosa de los tiempos! Volvió más tarde, y lo encontró triste. —Adán, ¿qué te aflige? —¡Señor, la soledad! —¡Pos calla, que yo te alegraré! ¡Y dióle una compañera...!

Después que el hombre tuvo su mujer, mandó-le el Señor a sorribar la tierra; pero la tierra no le obedecía; la tierra se le engrifaba. Y vino a decírselo al Señor. —Señor: que la tierra no me obedece, que la tierra se me engrifa. —Pos ve y dile que se deje

labrar, que lo que ella diere, a ella volverá... ¡Así dijo el Señor a Nuestro Padre Adán!



Nos hacía también cuentos y relatos tan pintorescos como éstos:

—Estaban en cierta ocasión unos chicos escondiendo papeles delante de mi casa, cuando se armó un remolino de viento, y me entró por la puerta un calvario encendido... Otra vez eché plomo derretido en un plato y me salieron unas andas, una Virgen de Candelaria, y una paloma del Espíritu Santo. Todos los años hacíamos lo mismo por San Juan, y había que ver con qué devoción le decíamos al santo:

San Juan de los Ramos,
por ser tú día,
píntame aquí
la fortuna mía.



Nos refiere luego otros interesantes episodios de Santa Cruz.

—Cuando me trajeron a la ciudad me fuí a vivir en Los Llanos. Crecían allí los trigos, tamaños como yo, y me pusieron a espigar gavillas, pagándome un tostón. Santa Cruz, en aquellos tiempos, no era más que una data de mar a cumbre, casi toda de los señores de La Laguna. En la calle del Castillo sólo había unas casitas, que yo iba a barrer cuando se marchaban los señores, y la venta de don Juan el Caraqueño, que vendía trigo y algo que fiar para la gente de Barranco Hondo... La calle de San José, de abajo a arriba, hasta virar para la Iglesia, era de don Ra-

món de Castro, y la calle de San Francisco hasta Ventoso, de los señores de Güimar y seña Pepa la Canaria, que vivía en el Lomo de San Juan. De Ventoso de la mar, siguiendo por la ladera arriba, hasta el lomo de los Romanillos, todo era de los señores de Clavijo.

Los medianeros—continuaba diciendo—venían a entregar lo que cogían a los mayordomos de Ventoso, don Gregoria y doña Marcelina, que vivían en el Molino, frente a la pared de Luquita.

En la plaza Real no había más venta que la de don Vicente Galván, y aun me parece estar viendo a los presos, casi desnudos, levantando los ladrillos para “gobernar” la plaza.

Con trazos tan sobrios nos describía la ciudad de cien años atrás.



Luego, cambiando de tema, proseguía:

—Pero de todas las cosas que tengo vistas en Santa Cruz, nada que se me quedara tan grabado en la memoria como la muerte de “Cabeza Perro”.

Y la viejecita narraba entonces el episodio, tantas veces referido por ella en corros callejeros, ávidos de curiosidad.

—“Cabeza Perro”, ¿quién no lo sabe?, fué un pirata de los más terribles que han conocido los mares. Dicen también que había matado mucha gente en la Habana, y que tenía un hijo, de tan malos instintos, que hacía pasteles con la carne de los infelices que el padre asesinaba.

Un día apareció un bergantín por estas playas, y, apenas empezaron a desembarcar los pasajeros, llamó la atención la mala catadura de un individuo que traía un paraguas encarnado y una jaula con una cotorra. Alguien entonces tuvo la ocurrencia de

decir que aquél era "Cabeza Perro". Empezó a arremolinarse la gente y a gritar y bailotearle delante los chicos, y como si la mano de Dios lo viniera señalando, el "indiano" del loro resultó ser el pirata que tanto buscaba la Justicia. Y aquél mismo día, "Cabeza Perro" quedaba encerrado en un castillo...

Pues ¡quién me lo había de decir! Venía yo un día de Barranco Hondo, cuando me anunciaron que iban a matar a "Cabeza Perro". Lleváronme a misa a Paso Alto, donde lo tenían en capilla, y, a poco de terminar la ceremonia, sentí unos tambores, y ví que la gente corría por la carretera, diciendo: "¡Ya van a justiciar a "Cabeza Perro"! Me acerqué para conocer al cuitado, y víme a un hombre viejo, de nariz chata y ojos hundidos, que lo llevaban entre bayonetas, y a su lado dos curas, uno con un Santo Cristo en las manos, y otro hablándole en voz baja, como si le pidiera cuenta de sus malas acciones.

Seguí con el tropel de gente, y así que llegamos a la Concepción, abrieron la puerta grande para ver si el reo quería coger Iglesia, y no quiso. Entonces, en medio de un gran silencio, oyóse la voz del criminal que decía, a grandes gritos, para que todos lo oyeran:

"Madres que tenéis hijos, escarmentad en mí, que he matado a la tripulación de un barco. Con un machete que tenía me puse una noche en la escotilla y así que salían los marineros les iba cortando la cabeza y arrojándolos por la borda. Salió después una madre con una hija y vivos los tiré a la mar... Entonces, oí la voz de la niña que decía: "¡Upa, mamá; no me bañes en tanta agua!". —¡"Basta, basta!, dijeron los confesores.

Y siguió adelante la comitiva, y al llegar a la ermita de San Telmo volvió "Cabeza Perro" a repetir la misma plática de la iglesia.

Por último, llegamos a la Molineta, por detrás del

cuartel de San Carlos, donde le tenían preparada la muerte.

Las gentes, unas en camellos y otras a pie, apenas se atrevían a levantar la voz. Un nudo se nos puso a todos en la garganta.

De pronto ví que lo acercaban a un palo y le presentaban una bandeja, de la que tomó un cigarro... Después, con la mayor tranquilidad del mundo, sentóse virado para la gente; hicieronle señas de que se volviera hacia la tabla, y así que se fué retorciendo, oyéronse cuatro tiros y viósele doblar la cabeza y caer sobre los carcañales...

Taparónle luego la cara con un pañuelo amarillo, y a todos los que habíamos en el llano se nos hizo pasar por delante del muerto, mientras decían los soldados: "¡Ande usted, ande usted!" Y como había tanta muchedumbre de hombres y camellos las gentes caíanse a montones.

Y la viejecita, en medio del corro callejero, atónito y emocionado por el espeluznante relato, terminaba diciendo:

—No quiero acordarme de los sustos que pasé aquel día. Aún me parece estar viendo al ajusticiado, y todavía se me arrayan los ojos al oír la confesión de "Cabeza Perro" y los lamentos aquellos de la niña: "¡Upa, mamá; no me bañes en tanta agua!"...



Hasta aquí los cuentos de tía Isabel Albertos, la viejecita de los ciento siete años, singularísimo tipo callejero, vestigio y encarnación de toda una época.

Encorvada hasta la cintura, con su cesto en la mano, sus enaguas raídas, y aquel detalle tan isleño, tan simbólico, de la aguja enhebrada, prendida en la cinta del sombrero como un emblema de trabajo, por-

dioseaba a diario por nuestras calles, colectando limosnas y mendrugos de pan.

Ayuda y caridad del pueblo que ella, ¡la pobre viejecita!, pagaba con rezos y oraciones...

Una manzana me dieron
bonita, pero emprestada...

Tierras del Sur



“Desde los altos cerros el mencey vigilaba los campos y atalayaba el mar, por el que un día viera aparecer las naves de Herrera, el invasor...”

¡Guía de Isora... en los confines del Sur! Su nombre tiene un viejo sabor de leyenda, que corre todavía en boca del pueblo, arraigada en la crédula imaginación campesina.

Ardían en guerra los nueve Estados tinerfeños. Desde la cordillera de Anaga hasta los límites de Acentejo peleaban los del Norte, enojados por el casamiento de Hañagua con Bencomo. ¡Treinta años de rivalidades y contiendas, vengando la defección e ingratitud de una mujer, famosa por su alcurnia y su belleza!

Y guerreaban a su vez los del Sur, con mayor encono todavía. Luchaban en medio de la ruina y esterilidad de las tierras assoladas por los volcanes, disputándose la posesión de un cerro, de un rebaño, o de una fuente escondida en el fondo de un barranco.

Varias veces intentaron algunos caudillos imponer la paz, pero otras tantas fracasaron en sus empeños. Los menceyes del Sur, batalladores y porfiados, no se avenían con la quietud. Guerreros por instinto, hábiles en el manejo de las armas, transmitían a sus súbditos la bélica condición que a ellos les dominaba. Y tal era su fiebre de rebeldía y de lucha, que, entronizadas ya en Tenerife las armas de Castilla, pidióse una Santa Hermandad para reducir a los díscolos, que continuaban haciendo correrías por los más abruptos lugares de la isla. Porque, decíase, "la

tierra es demasíadamente fragosa; los naturales de ella muy ligeros e usados de andar por los riscos e asperezas, por donde los castellanos les es imposible caminar." ¡Noble y valerosa raza, que sucumbió aferrada a sus peñas como un ejército a su bandera!



De todos aquellos bravos guerrilleros, ninguno tan rudo y temible como Adjoña, el joven mencey de Abona, que asentaba sus reales sobre las cumbres de Chiñama, inexpugnables a las acometidas enemigas, Desde ellas vigilaba los campos y atalayaba los mares, por los que un día viera avanzar majestuosas, con sus velas henchidas, las naves de Herrera, el invasor.

Aficionado desde la infancia a los ejercicios bélicos, adiestrábase a diario en el tiro de piedra, y si alguno osaba penetrar en sus rediles, codicioso de sus ganados, caía al momento herido de muerte. De esta forma, el mejor centinela de las posesiones de Abona era el propio mencey. Y vigilaba desde los cerros, como el más fiel atalayero, por la integridad de sus dominios.

En tanto, una gran aflicción cundía entre los moradores del Sur. La tierra, exhausta, negábales todo sustento; secábanse los manantiales; desaparecía el agua fresca y cantarina de las fuentes. Ni una brizna de hierba, ni una hoja en los árboles, ni una espiga en los campos, ni un grano de trigo en los silos... ¡Todo desolación, aridez, sequedad! Peregrinaban hombres y mujeres por los yermos solitarios; subían a las montañas más altas, y elevaban sus preces al cielo inclemente, enrojecido, que parecía iluminado por siniestro resplandor de hoguera... ¡Pedían e imploraban con triste acento, mezclando sus

voces con el balido de las ovejas hambrientas, y tornaban a desparramarse por la llanura soleada o a guarecerse en sus cavernas, rendidos de tedio y de dolor!...



Uno de aquellos días aflictivos vióse descender por la ladera de Abona un rebaño, procedente de los lugares de Goimar. Buscaba la sombra y el regazo del valle. Seguíanle dos zagales, agitando sus lanzas. De súbito, hendió los aires el silbar de las piedras conque el mencey y los suyos intentaban detener la intrusa manada, pero ya ésta había irrumpido en los predios de Adjoña, confundándose con sus ganados.

Aprehendidos los dos pastores, confesaron que procedían de tierras rivales. Llamábanse Arico e Isora: él, un gallardo mozo, atlético y moreno; ella, una agraciada doncella, de esbelta figura y ojos negros como los carbones del volcán...

De rodillas entre los hoscos guardianes, que se disponían a llevarlos prisioneros al "aucher", pedían clemencia al mencey, que impasible contemplaba a la moza...

Brillaban como ascuas los ojos de Isora, y un escalofrío de terror invadía su cuerpo, presintiendo la muerte cercana.

De pronto, ante el asombro de sus siervos, adelantóse Adjoña hacia la moza, y tendiéndola las manos hidalgamente, brindó perdón a los dos hermanos. ¡El tirano, rendido por la gracia de la plebeya, había dejado de serlo en aquel instante, con sorpresa de todos sus súbditos!

Y domeñadas las cóleras del mencey, sosegados sus odios, vencidas sus codicias, volvieron a pacer

libremente los ganados y a reinar la paz en los campos de Abona.

¡Y lo que no habían conseguido guerras ni amenazas, consejos ni súplicas, lograronlo aquella vez, con su magia irresistible, los ojos de Isora!...

El Zarzalero

El Zarzalero le decían en sus últimos años. Antes le llamaban Juan el de la Sombrera, pero su verdadero nombre era Juan Pacheco, propietario y vecino de la Zarza.

Alto, seco, de barba entrecana y piel tostada por el sol, tenía un sello inconfundible de zafiedad con sus ribetes de testarudez y malicia. Aspero por condición, detestaba las amistades y rehuía el trato de las gentes. Diríase que toda la aridez del paisaje que le circundaba—tierras grises y sedientas, sin manchas apenas de vegetación—se le había infiltrado hasta la médula de los huesos.

Sin afectos familiares, en pleito casi siempre con los suyos, eligió para albergue una covacha en lo alto de la Sombrera, casi al filo mismo de la montaña. Quería ver desde arriba la gente, sin que a él lo vieran. Quería seguir atento los pasos de sus enemigos. Y poder maldecir y renegar a sus anchas de toda aquella parentela, indeseada y odiosa, que poco a poco se había ido adueñando de sus tierras.

Y Juan Pacheco, a solas con sus egoísmos y sus odios, se desataba a veces en maldiciones desde aquel retiro de la montaña. ¡Cómo le rechinaban los dientes al ver a sus yernos tumbados sobre las cercas de las huertas que labraron sus manos! ¡Cómo se le crispaban los nervios al divisar toda aquella prole infantil de los nietos enracimados como abejas hambrientas sobre las higueras que él había regado con el sudor de su frente!

Bien se lo merecía después de todo. ¿No quiso pleitos? Pues allí tenía las consecuencias. Diez años pleiteando con las hijas y los yernos por la legítima—o la “ilegítima”, como él decía—le habían llevado a la ruina. Ya apenas si le quedaban unos cachos de tierra, unos “jables” a la vera del barranco. Pero las huertas mejores, la pulpa toda, se la habían llevado los yernos. Y más que el escozor de perder los pleitos le encorajinaba la idea de verse desplazado de lo suyo por los Tejeras, a los que odiaba con odio reconcentrado y profundo. Por algo no les quería ver él por los alrededores cuando empezaron a rondarle las hijas. ¡Pájaros de mal agüero que venían a quedársele con las tierras! Ganas tuvo algunas veces de ahuyentarlos con la escopeta, pero se contuvo, Señor, se contuvo porque no quería perderse.



¿Se explican ustedes ahora aquel desespero, aquel carácter irascible de Juan Pacheco? Menos mal que los aires de la montaña le iban templando los nervios. ¡Ah!, gracias a haberse ido a vivir a la cueva. Que si no, los yernos hubiesen acabado con él o él hubiese acabado con los yernos. Allí, por lo menos, podía respirar a sus anchas, sin que nadie ni nada le molestase, como no fuese el balido de alguna oveja descarriada por la ladera. Y, sobre todo, aquella libertad para maldecir de todos: de los jueces, de los abogados, de los parientes, de cuantos habían contribuido a su ruina. ¡Zánganos que le habían chupado la miel de sus colmenas!

A pesar de todo, sentía como un extraño impulso de cambiar su método de vida. Tanta quietud no se avenía del todo con su carácter. Y un día, hostigado por nuevas preocupaciones, nuestro hombre volvió a

sentirse Juan el de la Sombrera. El picapleitos que llevaba en los redentros de su espíritu, testarudo y quisquilloso, tiraba de él con irresistible fuerza. Y, de la noche a la mañana, el aguilucho levantó vuelo. ¿A dónde iba? ¡A Fasnía, se dijo! ¡A jugarse el todo por el todo! ¡Para los años que le quedaban de vida, lo práctico era liquidar sus asuntos de una vez! ¿Y a quién mejor pedir un consejo que a Esquivel, su protector de siempre?



Esquivel era el secretario del Juzgado. Versado en leyes y con algunas nociones de letras también, además de un viejo abogado de sequero, era hombre de recursos para todo. Una verdadera enciclopedia rural. Mentor y consejero de Pacheco desde hacía muchísimos años, siempre le defendió en sus pleitos y orientó en sus negocios. Los consejos del secretario eran mandatos terminantes para él. Y si el fallo de la Justicia le era adverso, como lo fué en tantas ocasiones, infundíale alientos y estímulos para seguir luchando. “¡Adelante, amigo Pacheco; no hay que desanimarse! La suerte tiene siempre dos caras.” Y subrayaba sus argumentos con este dicho de la gente vieja, que repetía a cada instante como una disculpa y un consuelo para todos los males:

Cuando los de Araya
perdieron la burra...
“pa” unos, desgracia,
“pa” otros, fortuna.

Pero a Pacheco no le interesaba ya lo pasado. Lo importante era lo venidero. Prevenir el futuro. ¿Qué iba a hacer con los bienes que le quedaban? ¿Sería posible que fuesen a pasar también a manos de los Tejeras? ¿No habría modo de sustraerlos a la codi-

cia de los yernos? De todo eso quería tratar con Esquivel. ¿Vendería los cachos de tierra? ¿Y si los vendía, en qué iba a invertir las pesetas?

El consejo no se hizo esperar mucho tiempo. Vender lo más pronto posible. Evitar que los Tejeras se quedasen con todo.

—De acuerdo—dijo Pacheco—. ¡A vender desde mañana mismo! A preparar el albalá. Y luego a pensar qué destino daremos al dinero.

—Sí, a eso vamos.

Comenzó entonces a hacer números Esquivel. Ochenta años que tenía a la sazón Juan Pacheco. Diez más que pudiera alargársele la vida de no venir algún contratiempo o enfermedad imprevista.

—Conforme con los noventa años—exclamó Pacheco—. ¡Y usted que los vea, amigo Esquivel!

Pues, sí; se venderían las tierras y se colocaría el dinero en acciones de la Junquera. ¿Qué más garantía? ¿Qué mejor acomodo para los fondos?

A Pacheco le entró deseo también de comprarse un camello. Hombre fuerte todavía, con fibra para el trabajo, ¿en qué iba a ocuparse en aquellos años que le quedaban de vida? Se pondría a acarrear arena, que aun se hallaba con fuerzas y redaños para echarse un saco al hombro.

Y todo quedó concertado aquel día. Pacheco optaba por vivir en Fasnía, y Esquivel se ocuparía en buscarle posada y una ventera que se le encargara de la comida.



¡Año feliz aquel para el picapleitos de la Zarza! ¡Todo se iba realizando a la medida de sus deseos, sin tropiezos ni revés alguno! Los albalás firmados; el camello, ganándose una buena jornada; la Jun-



“El segundo año, ya no fué tan afortunado como el primero. La arena se vendía a menos precio; el camello no hacía tantos viajes.”

quera dando más agua cada día; las acciones por las nubes... ¡Todo a pedir de boca!

El segundo año, ya no fué tan afortunado como el primero. La arena se vendía a menos precio; el camello no hacía tantos viajes... Pero se sacaba, por lo menos, una media jornada.

Al tercer año, ya comenzaban a nublarse del todo los horizontes. La seca no tenía fin; los "jables" no echaban ni una brizna de yerba, y las acciones de la Junquera, a tan bajo precio, que algunas se habían vendido por un cuartillo de vino... Pacheco echó entonces sus cálculos. "¡Mal veo los tiempos! ¡Mal van los negocios!" Y abismado en sus reflexiones, mesábase la barba con aquel gesto agrio y socarrón que tenía siempre para las adversidades de la vida.

El plan de Esquivel se venía por tierra. Agotábanse los recursos, y, en tanto, su salud a prueba de inclemencias, sin quebrarse ni resentirse en lo más mínimo.

No le quedaba ya más que el camello. Pero el animal, según decía con frase gráfica, comía más que un pleito, y la arena no daba ni para el pienso.



Todo se confabulaba en contra de Pacheco. Tuvo que deshacerse del camello, y con lo que le dieron por él pudo rebasar el año a fuerza de privaciones y apuros.

Al poco tiempo cerrábanle las puertas de la posada; rechazáronle los fiados en la venta, y el Zarzadero, como le llamaban en Fasnía, vióse poco menos que repudiado de todos. Juan el de la Sombrera resultaba ya un huésped gravoso e indeseable en el pueblo.

A Esquivel no se le ocurría solución ninguna.

—Pues nada—se dijo el de la Sombrera, con resolución heroica—. ¡A pedir por puertas!

Y, en efecto, a los pocos días andaba nuestro hombre de pueblo en pueblo, con un mugriento papel en la mano, y en el papel esta súplica que encerraba todo el secreto de aquel drama de su vida:

Una limosna por Dios
para el pobre Zarzalero,
que se le alargó la vida
y se le acabó el dinero...

Y aquel viejo picapleitos de la Zarza, fracasado en sus cálculos, vió resuelto el problema de su vejez. Vivió los noventa años y hasta ahorró algún dinero.

Penoso era el oficio, pero ¡qué diablo!, peor habría sido que los Tejeras se le quedasen con las migajas de su fortuna...

La Verdellada

Camino de los Valles... La casa del tío Roberto era como un oasis en medio de aquellos llanos desiertos de la Verdellada, donde el viejo medianero tenía su residencia. Una palmera solitaria junto a la puerta; un viejo algarrobo cubriendo el tejado, y unas cuantas adelfas alrededor de los muros. Más allá, unas perales raquíticos, abatidos por el viento. Y en medio de todo, la pequeña vivienda, entoldada por un parralillo; la gañanía al lado, y, al fondo, la pocilga, medio cubierta por unos gajos de retamas secas...

Alejado de todo roce con la ciudad, distante de ella una media legua, sólo en alguna fecha memorable—el Cristo o San Miguel—, solía el tío Roberto abandonar sus lares. Y eso por complacer al “rancho” y “gozarse los fuegos” nada más.

Su ánimo no estaba ya para fiestas. La muerte le había menguado la familia, llevándole primero la mujer, que era el orden, el trabajo y la hacienda de la casa; después, la hija moza, que era la alegría, la risa y el canto de la huerta. Quédabale únicamente la casada, con el esposo trasmarino, y aquel retoño de la nieta—Rosarillo—una tea de viva; morenucha y alegre: el mismísimo retrato de la abuela. ¡Cuántas tardes, terminadas las faenas del día, cuando el campo comenzaba a poblarse de sombras, de melancolías y recuerdos, la sentó sobre sus rodillas y se puso a contemplar aquellos ojos vivarachos, encendidos como ascuas, que parecían llevar estampada la imagen

de aquellos otros que sus manos habían cerrado para siempre una noche de llantos! ¡Diablillo de muchacha! ¡Qué parecida era! Y de sus labios brotaban a veces unas palabras enternecidas, de efusión paternal. "Tú abuelo se está mirando en tí como en espejo. ¡A ver si tú le pagas con lo mismo!"

Pasados estos arrechuchos sentimentales, volvía la calma a su espíritu. El pensamiento del viejo labrador tornaba a sus preocupaciones habituales: la siega, la vendimia, la arada de la tierra. ¡El mundo, para él, no tenía más horizontes que aquellos cuatro muros de su huerta!



¡Quién le iba a decir al viejo medianero, que tan pobre recinto sería aquella tarde albergue de Su Ilustrísima!

Rosarillo fué la primera en darle la noticia.

—¡Abuelo, el señor Obispo!

—¿El señor Obispo?...

—Sí; el señor Obispo. ¡Ande, que viene ya por la portada!

Salió el tío Roberto de su escondrijo, y... "¡caraita!"—exclamó, sorprendido—. "¡Pues tiene razón la muchacha! ¡El señor Obispo!..."

El ilustre huésped, al que acompañaba su joven secretario, permanecía absorto, contemplando el panorama de los Valles vecinos. El secretario señalábale hacia las montañas cubiertas de rastrojeras, radiantes de luz.

—¿Y la ermita?—preguntó Su Ilustrísima.

—Al medio del Valle, más abajo de aquellas higueras—, respondió la rapaza sin inmutarse.

—Sí—intervino el secretario—, me parece divisar una pequeña cruz. Y hasta un mástil con una bandera blanca...



“El secretario señalábale hacia las montañas radiantes de luz.—¿Y la ermita?—preguntó Su Ilustrísima.—Al medio del Valle. ¡Allí está la Virgen del Rosarito!”

—Allí es—asintió la chica, señalando también con el dedo—. ¡Allí es la Virgen del Rosarito!

En tanto, tío Roberto, sombrero en mano, mostrando al aire el velludo pecho embadurnado de tierra y de sudor, vacilaba en acercarse a Su Ilustrísima. Al fin se atrevió a decir:

—Me perdonarán la facha. No esperaba yo tanto bueno por mi casa.

Y se inclinó para besar el pastoral anillo.

Después, ya más tranquilo, añadió:

—¡Pasen, pasen sus mercedes!

Pero Su Ilustrísima temía ocasionarle molestias. Quería nada más que asomarse a la huerta, para disfrutar unos minutos de aquel ambiente, tan grato para su espíritu, que le evocaba los días felices de su aldea, allá, en las pardas tierras de Burgos... ¡Oh, valles de Aranda, montes de Castañares, río de Arlanzón!...

—Pero descanse Su Ilustrísima—insistió el medianero.

Ignoraba que el señor Obispo jamás sentía fatiga; que era un exacto cumplidor del refrán de su tierra: “Para vivir sano, anda una legua más al año”. Y todas las tardes, a la misma hora, echaba a andar por los caminos más apartados y solitarios de la Vega. Placiale, sobre todo, la amable charla con los labriegos que le salían al paso, a recibir la bendición.

Ante la insistencia del medianero, accedió Su Ilustrísima a visitar la huerta; se anduvo todos los recovecos; vió el establo, contempló las vacas, y hasta inquirió detalles de la raza porcuna que mejor se aclimatava al país, pues también él tenía sus aficiones ganaderas...

—En cuestión de raza—explicó el tío Roberto—casi todas las tengo por buenas. Lo malo son los tiem-

pos y la falta de grano para las crías. Yo, este año, apenas si he podido guarecer ese lechón...

—¡Paciencia!—exclamó Su Ilustrísima—. ¡Ya dará Dios abundancia para otro año!

Se despidió el señor Obispo, y el anciano mediano salió a acompañarle hasta la puerta.

—Ya sabe donde tiene una humilde choza.

Quiso arrodillarse de nuevo, pero el Prelado, siempre amable y campechano, le atajó diciendo:

—Nada de reverencias. ¡Hermanos todos en Jesucristo!



Aquella entrevista fué el comienzo de una franca camaradería entre el Prelado y el viejo campesino. Menudearon las visitas de Su Ilustrísima, y llegaron a hacerse proverbiales sus paseos a la Verdellada.

El roce frecuente con personaje de tal calidad terminó por limar las asperezas de carácter del rústico contertulio. Tornóse sociable; se cambió de indumento, y todos los domingos, sin faltar uno, íbase a la ciudad a que le rapasen la barba y a cumplir con los preceptos de la Iglesia.

Compróle también unas sayas nuevas a Rosarillo y se brindó a llevarla a la Confirmación para que no le reconviniese más el señor Obispo.

¡Día memorable para el tío Roberto! Su Ilustrísima, desde que le divisó en la sala episcopal entre la turbamulta de muchachos que acudían a recibir el Sacramento, le brindó sitio a su lado, le sentó muy cerca del trono, y, ya terminadas las confirmaciones, le acompañó en un recorrido por todo el palacio. Le hizo entrar en el comedor para brindarle con los mejores vinos y las más suculentas viandas; le paseó hasta por los dormitorios, y, por último, le llevó a la huerta para que contemplara los corpulentos na-

ranjos, cuajados de fruta, y aquella corraliza donde, al lado de una magnífica colección de gallinas, había un rollizo puerco, redondo y lustroso, que rezumaba grasa y gordura por todos los poros...

Su Ilustrísima contemplaba la cara de asombro del labriego.

—¡Que Dios se lo conserve!—exclamó el tío Roberto—. ¡Buena, buena cría!

Y deshecho en elogios y zalemas se dispuso a despedirse del señor Obispo. Besó su pastoral anillo, hizo que la nieta se arrodillara a los pies de Su Ilustrísima, y a los pocos instantes salía por las puertas de palacio, orgulloso del agasajo, pero con aire a la vez de cierta decepción.

—¿Qué va pensando, abuelo?—preguntóle Rosarillo, cada vez más ufana con su saya nueva y su paqueta de Confirmación.

—Nada, hija. ¡Que a cochino no le puedo ganar a Su Ilustrísima!...

Y se alejaron, abuelo y nieta, camino de la Verdellada.

Lagares



“La antigua hacienda, con sus huertas de plataneras escalonadas en el declive de la montaña, había perdido sus primitivas características...”

La antigua hacienda, con sus huertas de plataneras escalonadas en el declive de la montaña, había perdido sus primitivas características. A la entrada conservábase intacta la vieja portada, con su valla de tea y sus gruesos pilares coronados por macetones con geranios, de donde partían las dos hileras de adelfas y arrayanes del camino central de la finca. Pero dentro echábase de menos aquel frescor de bosque, impregnado de aromas de jardines, que antes se percibía en su ambiente, propicio para la suave quietud y el plácido sosiego. Le faltaba, sobre todo, el ornato de sus árboles y de su flora exótica, de tan originales y diversos matices. Ya no poblaban las huertas los nogales y moreras de la India, el anón de áspera corteza, los pándanos de troncos en espiral, los tamarindos, papayas y aguacates del trópico. Ya no adornaban los jardines las magnolias de grandes hojas ovaladas, los garzoteros encarnados, los calicantos aromáticos, la fresa de los Alpes y la camelia del Japón. Ni se recortaban sobre el fondo luminoso del paisaje las copas de los dragos y los abanicos de las palmeras. Tampoco expandían su perfume los azahares de los naranjos ni daban su nota vibrante de color los arreboles, los tréboles y las siemprevivas azules.

Placíame, decía un sabio extranjero, extraviarme por estos senderos floridos a los que daban sombra soberbios árboles, escuchar el ruido de la espumosa cascada que saltaba sobre las rocas para

deslizarse después sobre un suelo esmaltado de flores. Por todas partes las cepas calentaban sus dorados racimos y los vergeles sus más hermosos frutos.

Todo ha cambiado en la vieja hacienda. De la era sólo queda el cerco de piedra utilizado ahora para secadero de ropas o refugio de cluecas y palomas. Donde se hallaban las bodegas se alzan las tongas de maderas de los empaquetados. Donde estaba el banco de piedra en que solían sentarse los dueños de la finca en apacibles charlas con los medianeros, se yergue un surtidor de gasolina. Por aquella estrecha vereda por donde se iba a los nacientes del agua, en lo alto de la montaña, baja ahora la cinta blanca de la acequia, plegándose a las ondulaciones del terreno. Y se oye el rumor de la corriente que se acerca, y que luego, acortando su marcha, se pierde entre los surcos y canalillos de las huertas.

Todo está distinto en la hacienda, menos el lagar... El rústico armatoste, con su cobertizo en ruinas, las tejas rotas y la corpulenta viga desafiando las inclemencias de los tiempos, todavía está en pie. Último vestigio de una época histórica, este viejo lagar vive aún todo un poema bucólico—el de las alegres y ópimas vendimias—, y ahí está, bajo el desconchado corralizo, perpetuando la leyenda áurea. ¡Venerable superviviente, que alza todavía el brazo gigantesco como un símbolo de su perdido poderío!



¡Los vinos!... Todo un emporio de riqueza que se dispó con los últimos aromas de los vidueños y malvasías célebres. Pregón de fama para la Isla, que extendió el nombre de Tenerife hasta los imperios asiáticos, “no había un néctar tan delicado como el que

rendían las uvas maduras bajo un cielo esplendente y puro y a las que comunicaban un calor suave las tierras calentadas por los volcanes”. Ponderaban sus excelencias los escritores de más nombradía universal—Shakespeare, Hugo, Walter Scott, etc.—y su fama andaba en boca de poetas e histriones teatrales. “¡Traedme una copa de vino de Canarias! ¡Bebamos, amiga Doll!”—exclama Falstaff, el alegre y divertido personaje de las comedias de Shakespeare. —“Por mi fe que habéis bebido demasiado vino canario—añade otro—. Es un vino maravillosamente penetrante y que perfuma la sangre antes de que se pueda decir: ¿qué es esto?” Y Pistol dice a la bella Calipolis: “Dadnos vino de Canarias, y tú, mi bien amada, reposa aquí.”

¡Los vinos!... Toda una época histórica, abundante en episodios, en alegrías y reveses, que en un transcurso de más de dos siglos removió y transformó todos los aspectos de la vida canaria. Primero, el venturoso suceso: la aparición de la viña; la alfombra de pámpanos cubriendo de pronto la aridez y desolación de las tierras volcánicas. Los “malpaíses” convertidos en campos ubérrimos. La fecundidad y la abundancia. Y la grata nueva corriendo por el mundo. Inmigración, al poco tiempo, de mercaderes ingleses, franceses, irlandeses y genoveses, atraídos por la floreciente industria. Comercio con las Indias Occidentales y Norte de Europa. Protección decidida del rey de Inglaterra al comercio de nuestros vinos, por los pingües beneficios que proporcionaba a las aduanas de Londres y convenio con los mercaderes ingleses para el pago de los vinos: “el un tercio por semanas, el otro en ropas que habían de tomarse en sus tiendas y el otro a la vuelta de los navíos”. Y a la par del esplendor de la vida comercial y agrícola, auge extraordinario del tráfico marítimo con la

afluencia a nuestros puertos de centenares de navíos. Más tarde: un acontecimiento adverso. La revolución en Inglaterra y la paralización momentánea del comercio de los vinos. Restauración en el trono de Carlos II, y restablecimiento de la industria bajo el monopolio de la Compañía inglesa. Protesta de los Ayuntamientos y acuerdo de extrañar de la Isla a todos los corresponsales y factores, y de no vender a la Compañía inglesa bajo severas penas. Revueltas en los pueblos. Cuadrillas de enmascarados asaltando las bodegas, rompiendo las cubas, haciendo correr arroyos del dulce licor. Obstinación de los Capitanes generales en proteger el comercio inglés. Severas medidas del general Conde de Puerto-Llano, y destierro del ministro de la Audiencia, Martín Bazán de Balde, defensor de los derechos de los cosecheros isleños.

Por último, prohibición de la introducción de vinos canarios en Las Barbadas para favorecer a los de la Isla de la Madera. Mensajeros a la Corte; agentes a Londres para restablecer el comercio; memorial del Marqués de Villanueva del Prado "para que no se dejase agotar o secarse el manantial de la primitiva riqueza de Canarias". Proféticas palabras del ilustre prócer tinerfeño, que no tardaron en tener plena confirmación.



Fué aquel el último clamor de nuestra industria agonizante, después de más de dos siglos de vida próspera y accidentada al mismo tiempo. Se agotó y secó, en efecto, aquel fecundo manantial de riqueza. Se ausentaron los bajeles de nuestros puertos; paralizóse el comercio de las Islas; perdieron los campos la alegría de sus viñas festoneadas de racimos, y otra vez los "malpaíses" volvieron a mostrar



“El viejo lagar, con su cobertizo en ruinas, las tejas rotas, y la viga donde todos los días entona su diana el gallo madrugador, anunciando el alba...”

sus lomos negros, calcinados por los volcanes, en las llanuras y vertientes de la Isla.

De aquellos tiempos sólo quedan como recuerdo estos vetustos lagares, con su cobertizo en ruinas, sus tejas rotas y la corpulenta viga, carcomida de humedad, desafiando aún las inclemencias de los tiempos. ¡Venerable superviviente, que alza todavía el brazo gigantesco como un símbolo de su perdido poderío!

Trepado sobre el viejo madero, el gallo madrugador entona todos los días su diana, saludando al alba.

La Viña de Alzola

Todo era animación en la Viña de Alzola. Trajín en las bodegas, alegría en los trabajadores, desvelo en los mayordomos. La casa de los amos, con sus paredes recién enjalbegadas, parecía otra. Remozada, limpia, sin aquel sello de tristeza que le daban sus corredores desiertos, sin jaulas ni macetas, y su balcón cerrado todo el año. Una banda de palomas iba y venía sobre la finca. Se remontaba hasta el filo de la cumbre, rozando los castañeros, y descendía después sobre el graderío de las huertas como una bandera flotante en el espacio.

¡Ya está el amo!, decía regocijada la servidumbre en la cocina. Y repicaba alborozado el almirez, mientras entraban y salían las mozas con sus sayas nuevas, portando viandas. Todo era bullicio, actividad desusada en la Viña de Alzola.

Arriba, en el balcón, la prócer figura del amo, tanto tiempo ausente, contemplaba las huertas. Gozoso y risueño, su mirada recorría la Viña. Todo estaba lo mismo: igual la distribución de las huertas, el emplazamiento de las bodegas, las cercas de nopales en las lindes del barranco; pero los contornos del paisaje se le mostraban con refulgencias y colorido distintos a aquellos otros que llevaba impresos en su retina. Las nieves del volcán le parecían más argentadas, el cielo más luminoso, el mar más azul... ¡Como si los mirase con otros ojos! ¡Como si sintiese gravitar sobre su espíritu fatigado por la larga jornada, todo aquel inmenso torrente de luz!

Y el prócer ilustre, reconcentrándose en sus pensamientos, tornaba al silencio de su alcoba, y, recordando su afición a las musas, hilvanaba unas endechas, que eran fiel reflejo de su estado de ánimo:

¡Oh, cuán distinto, hermoso Teide helado,
te veo, y ví, me ves ahora y viste!

Cubierto en risa estás, cuando yo triste,
y cuando estaba alegre, tú abrasado.

Tú mudas galas como el tiempo airado;
mi pecho a las mudanzas se resiste,
yo me voy, tú te quedas, y consiste
tu gloria en ello y la crueldad de mi hado.

¡Dichoso tú, pues mudas por instantes
los efectos! ¡Oh, quien hacer pudiera
que fuéramos, en esto, semejantes!

Para tí llegará la Primavera
y a ser Otoño volverás como antes,
mas yo no seré ya lo que antes era.

Ya adivinaréis, lector, quien era el prócer de maras: don Cristóbal del Hoyo y Solórzano, Vizconde de Buen Paso.

Primogénito de don Gaspar del Hoyo Solórzano Arzola y Fonte, Maestre de Campo, Caballero de la Orden de Calatrava, Capitán General de la Nueva Andalucía, Cumaná, Barcelona, etc., y de doña Jacinta de Sotomayor Topete, conservaba en su porte, en su distinción e hidalgo trato, todos los timbres de su noble linaje, ligado a la más antigua aristocracia española, unido a las glorias de Gómez del Hoyo, primer señor de la Casa de Solórzano y camarista del rey de ambas Castillas, de Galicia y de León.

Ausente largos años del país, su vida de juventud aficionada a la aventura galante, había transcurrido en las principales Cortes europeas: París, Londres, La

Haya y Madrid. Versado en idiomas, en los escritores clásicos buscaba sus mentores espirituales, y así, tanto invocaba a Séneca y Ovidio, como al padre Feijóo o don Francisco de Quevedo, con el cual creyeron encontrarle algunos de sus panegiristas bastante afinidad de carácter y de espíritu. De ellos aprendió a desdeñar envidias y calumnias, perdonar ingratitudes y agravios y desoir "la vaga y maliciosa voz del vulgo contra sus continuados y caballerosos procedimientos". —¿Hablan mal de tí?—se preguntaba con Séneca. Y se respondía al instante: —Inquietárame si el hacerlo fuera juicio, mas es enfermedad.—O reflexionaba con Quevedo: —Mal hablan de mí, no porque saben que obro mal, sino porque no saben hablar bien.

De esta forma, abroquelado contra toda pasión enemiga, marchaba sereno y altivo por el mundo, porque de nada tenía que afligirse, porque en su sentir nadie era infeliz ni dichoso en esta vida; todo para él eran acasos indiferentes, "como lo es, decía, de un pino que se corta en la montaña hacer un San Francisco Javier o hacer un barco". Para él, sólo haber ofendido a Dios era desdicha; todo lo demás era de reir...

A esta condición de su espíritu, uníase en nuestro Vizconde un natural risueño y festivo, propenso a la sátira, al epigrama hiriente y a la ocurrencia jocosa: "una travesura juvenil y displicente, que entre una indiferencia natural, igualmente escribía, sobre un naípe a su confesor una consulta, que a su dama una copla".

Tal era, en su figura moral, este señor don Cristóbal del Hoyo y Solórzano, Vizconde de Buen Paso. En lo físico, una gran prestancia, sin afectación ni altanería; mediana estatura, barba semirrubia, mirada escrutadora con cierto dejo de desengaño y

picardía, y ademanes vivos y resueltos. En su trato social, cautivante y afectivo, y en todo intachable caballero, cumplidor de sus deberes, serio en sus negocios. Nadie—pudo decir con orgullo—había visto su nombre anotado con descrédito en los libros de los mercaderes, en la lista de los marchantes, ni en la queja de los jornaleros. Sus criados, con puntualidad satisfechos, sus contratos con exactitud cumplidos, jamás pudo acusársele de haber alterado sus apuntes, ni viciado sus dependencias; por el contrario, muchas de ellas legalmente defendidas desde sus abuelos, las había pagado a costa de bastantes estipendios, porque creía que lo que en el fuero interior obliga, no se debía contestar en juicio por más que el derecho lo sufriese.

Tenía, además, un brillante historial de servicios a la patria. Capitán de Caballos en 1706, cuando la “escuadra azul” intentó adueñarse de Tenerife, él fué uno de los defensores de la plaza, comisionado, en unión de don Diego Lercary para conducir al castillo de San Cristóbal al enviado del almirante Genning, que vino a parlamentar con el Corregidor y Capitán de Guerra de la Isla, don José de Ayala Rojas. Jefe de Armas después en Icod; más tarde, Síndico personero general del Cabildo, y, por último, Gobernador del Principal en tiempos de la guerra con la Gran Bretaña. Cuantos generales le fiaron en las islas comisiones para conocer de faltas militares quedaron llenos de satisfacción y los reos de agradecimiento, pues siempre profesó la máxima de Trajano que con sus ciudadanos quería ser Emperador, como él quisiera al Emperador si fuera ciudadano.

Espíritu laborioso, a poco de regresar al país comenzó a fabricar unas casas en el lugar de Garachico, y reedificar otras en su hacienda de Icod, a traer alhajas de Londres para una y otra, a comprar

diferentes pedacillos de viñas y tierras, y a redimir algunas pensiones de las suyas, dividiendo en esto el importe de su legítima materna, que vendió en la Isla, con otros gastos, de buen caballo, silla volante, decencia en sus pajes y ostentación en los vestidos.

Su vida en la Viña de Alzola no podía ser más apacible. "Me levanto, decía, generalmente a las siete; doy un paseo, recorro las viñas y las bodegas, y torno a meterme en mi casa, a administrar mis bienes, a repartir, cuando lo hay, el sobrante entre los pobres, sin el embuste de darles carne ciertos días, sino pan y arenques, camisas y sayas. Y así hasta que toca el almirez las dos, para comer. Después póngome un rato a la ventana, mientras despabilo un sueño o me entretengo en mirar la soledad de los campos, con la que divierto la mía, porque nada alivia más a un triste que ver que otro le acompaña. Leo un poco, escribo un rato y hablo mucho o poco con los que llegan a verme si me dan gusto o me enfadan."

Otras veces, tocado de su afición a las Musas, dedicábase a pulsar el plectro, a componer letrillas, epigramas o sátiras.

En ocasiones sentíase madrigalesco, y escribía:

Dulce pasión halagüeña
es amar a quien me quiere,
pero más pasión se infiere
de amar, a quien ni lo sueña.

Otras veces fulminaba violentos anatemas:

De tu lengua mordaz, víbora fuerte
ni las plumas del Fénix escaparon,
ni cirenáicas voces encontraron
dulzura, ni arte para contenerte.

Y en cierto día, con motivo de haber recibido un

recado de su amigo, el ayudante Juan Antonio Sánchez, en que le participaba que S. E. no pensaba proponerle para la Tenencia Coronela, "porque era un hombre para los empleos muertos", respondía de este modo:

Si estoy muerto en el deseo,
 don Juan, de ese hombre sin ley,
 ¿por qué no propone al Rey
 otro hombre vivo en mi empleo?
 Y también contra Himeneo
 debe, si el fin es notorio,
 decir al Real Consistorio
 que su decreto repase,
 porque no es bien que me case
 siendo alma del purgatorio.

Y siempre con sus achaques de poeta, hizo pintar en las paredes de su casa algunas escenas de las "Metamorfosis" de Ovidio, y en una que representaba al Dios del Amor, en los desmayos de morir, puso esta inscripción:

Muerto en laureles secos o dormido,
 monstruo del Orbe, fementido lazo...

 volcán de flores, yerbas de Medea
 que fué, y no será más, por más que sea.



Así, plácidamente, en tranquilo y reparador descanso, transcurría la vida de nuestro prócer en la Viña de Alzola. Algunas veces solía visitar los pueblos de los contornos, bien para cumplir deberes de cortesía con sus amistades, los señores de Ponte, los condes del Palmar o Sietefuentes, bien para dis-



“La Viña de Alzola... La casa del Vizconde, con sus paredes recién enjalbegadas, parecía otra. Remozada, limpia, sin aquel sello de tristeza que le daban sus corredores desiertos, sin jaulas ni macetas, y su balcón cerrado todo el año...”

traer el ánimo en las corridas de toros de Buenavista o en las sortijas de los Realejos. Y siempre, a todas estas partes, llevaba consigo su genio zumbón, su alegre sorna y sus ocurrencias picarescas. —¿Dónde ha aprendido el señor Vizconde a ser tan buen jinete?—preguntábale una dama al verle hacer cabriolas con su caballo en una jira campestre. —Señora—repuso al instante—, en Tenerife nada se enseña y todo se sabe: no hay maestros de danzas, y danzamos; no hay de esgrima, y esgrimimos; no los hay tampoco de equitación, y, sin embargo, todos montamos bien... Otro día, hallándose presente en una función que se celebraba en Garachico, como el predicador arremetiera iracundo contra la moda de la peluca, el Vizconde, quitándose la suya, se encaró con el religioso, e interrumpiéndole el sermón, le dijo: —Padre: si V. lo dice por mí, ya me la he quitado. Mire ahora contra quien predique.

Pequeñas expansiones, necesario incentivo para su espíritu; reminiscencias también de aquellas travesuras de su juventud, cuando era perseguido por la Ronda por cantar letanías alusivas a la hija del Corregidor, en sus andanzas nocturnas por las calles laguneras.

Y luego, a encerrarse nuevamente en la Viña, a huir, decía, de toda lisonja, de toda adulación continua, sin más roce que el de sus criados, sus mulas, alguna que otra dama sin embuste y dos o tres pastoras sin medias, que a su juicio "valían más que doscientas con mil caprichos y doscientas necedades."

Alejado de tertulias y asambleas, el círculo de sus afectos se fué reduciendo a unos cuantos amigos que siempre le guardaron estimación y fidelidad, y que frecuentemente acudían a visitarle. Entre ellos, como los más asiduos, figuraban don Alonso de Vinatea, don Francisco de Lugo, don Juan Domingo

Franchy, el predicador Oropesa, y algunas veces, venciendo los achaques de su senectud, el padre Leyva, su antiguo y querido lector, que además de instruirle en latín, le había enseñado a jugar a la pechigonga, su distracción favorita.

En estas reuniones se hablaba y despotricaba de todo, y siempre llevaba el consejo y el dictamen nuestro Vizconde, salpicando sus discursos con regocijantes comentarios, que eran el solaz y la salsa de la tertulia.



Una de aquellas tardes en que el alegre anfitrión parecía de mejor talante, debatíase un tema de gran actualidad: el conflicto de la moneda falsa. Todos censuraban las medidas del Comandante general, Marqués de Valhermoso, pero ninguno con tanto calor y exaltación como el Vizconde. ¡Válgate el diablo, librito, y el barco que aquí te trajo!, exclamaba en tono agresivo y jocosos a la vez. Si no sabes más que ordenar desfiles en la Cuesta de Grimón o hacer medias lunas en el Guincho, en la Cuesta de las Tablas, o las calzadas de Buen-Paso, ¡válgate Dios, librito!, ¿para qué sirves? ¿Hay friolera más abominable como enseñar muy de magisterio a que rompan el cartucho y metan la baqueta, que limpien la piedra y calen la bayoneta a unos desdichados que no tienen más que un arcabuz que parece longaniza guardado al humo de más de doscientos años? Y volviendo al asunto de la monedilla, ¿puede el demonio hacer más que lo que está haciendo la "varita de virtud" con la monedilla falsa? ¿Permitir que se haga y mandar que se corra es de creer? Con la pública orden de que corra no hay gato ni perro ni muchacho que como estampas de plomo no haga con su candileja cincuenta reales de uno de ocho...

¡Oh, santo Dios! ¡Y luego dicen que están los canarios levantados cuando están más tendidos que pobres de Hospital en los portales!

Censurábanse después las gabelas impuestas al Comercio con las Indias y la determinación del Marqués de pedir a los comerciantes el salario de un Juez conservador. ¡Bien haya su vida!—volvía a exclamar el Vizconde.—¡Exprímelos como Superintendente y amágalos como conservador! ¡Dos de vino y de vino dos, son cuatro!

En fin, amigos míos—terminaba diciendo el Vizconde—¡y pensar que toda viviente sabandija venera y teme lo que manda la varita de virtud como si fuera canon de un concilio! Respondan los regidores que vieron arder las barbas de Sanmartín en la Luz y las de Fonseca en el Hierro, y que teniendo las suyas de remojo no tienen posibilidad para estirar el bigote! *¡Flejonazos, afrenta de las barbas! Huir del peso el hombro para comer sus migas con reposo es admitir con cara de baqueta parabienes de cobarde como el que recibe alabanzas de católico por no haber salido a un desafío.*



Al disolverse la tertulia solía quedarse en la Viña, hasta la hora de la cena, don Juan Domingo Franchy. Era entonces el momento de las confidencias del Vizconde sobre el ruidoso pleito que sostenía a la sazón con su sobrina doña Leonor, y que tanto apasionaba en las asambleas aristocráticas donde era empeño continuo hablar mal del ilustre prócer, y en las que ganaba el premio de la celebración el que peor hablaba, sin que faltaran versos de muchos ingenios al impolítico suceso.

A muy pocos de sus íntimos había referido sus cui-

tas amorosas, que solía llevar con gran reserva, pero aquella noche quiso ser más explícito que nunca con su amigo de la infancia, persona además discreta y entendida en achaques de esta índole.

Y el Vizconde comenzó haciendo un sucinto relato del enojoso pleito. Había llegado de París el año 1716, tiempo en que estaba su sobrina doña Leonor en el convento de las Señoras Bernardas en Los Silos, y por influencias de enfermo juicio, que la aconsejó, concurrió a sacarla del monasterio porque le engañaron con materias de honra en su proceder inseparable. Pasó a la Palma, y volviendo unos años después, tan extraño estaba en la casa de su hermana, que se hospedó en la de su amigo Vinatea. Y aunque a ella fué diferentes veces, su sobrina a cenar, y decía la emulación villana, que iba sola, era falsedad y alevosía, porque siempre la acompañaba su hermano don Gaspar. Llegó su padre de Francia el año 18, y el 19 se trasladó a la Viña de Alzola, bajando muy de compuesto a Garachico, porque ya le hablaban sus amigos de premeditadas alevosías. Y, en efecto, un incidente inesperado acabó de desvanecer sus dudas. Tratábase de una carta escrita de Santa Cruz a su sobrina, y puesta por ella en manos del Ilustre Obispo, don Lucas Consejero de Molina, contra quien, sin la discreta cautela que debía y con la necia confianza que tuvo, dejó correr la pluma y dijo lo que no debió decir, lo que confesaba que fué malo.

Esta fué la primera queja que tuvo el Prelado contra él. Murió su padre el 10 de enero del año 22, y pudo entonces la sobrina, instigada por los consejos de su madre, pedir por justicia lo que él aseguraba que no le debía ni por gracia.

Pues bien—prosiguió el Vizconde—, ¿puede ser acepto a Dios un sacramento con tales estorsiones, engaños y alevosías? ¿Cabe la bajeza en mí, el des-

aliento, la sin política, la simulación villana de hacerlo por vengarme? ¿Soy hombre yo de aquellos a quienes se casa por fuerza? ¿Soy hombre yo de quien se haya dicho que falta a sus obligaciones? ¿Pudiera dormir yo gustoso con quienes tantos desvelos, amando, y por no aborrecer, me cuesta? ¿Pues por qué razón lo había de hacer? ¿Por no peregrinar? Para los hombres como yo todo el mundo es tierra propia. ¿Por vivir en mi casa a lo baldío? Esa vanidad es para hombres de otro entendimiento, de otra criación y de otro espíritu. Pues, ¿por qué, amigo de mi corazón? ¿Por comer duraznos de la Rambla? Esta si es razón; ya me rendiste.

Tú dirás, como otros dicen, que soy muy vivo, y que no sabes cómo me dejé engañar. Mi marido tiene una potra y ésta es otra. Sí, señor, sea muy enhorabuena, pero el demonio lo es más.

Sí,—asintió Franchy—comprendo vuestra razón; mas debéis preveniros contra los títulos y bastones que apoyan la causa de vuestra sobrina.

—¡Amigo de mis ojos!—exclamó el Vizconde—como seis sujetos que yo nombre apadrinen mis disposiciones, los demás no me importa que me desuellen. Persuádate que sólo un doblón de a ocho parece bien a todos. No hay hombres más mordidos que los grandes hombres: en los chiquillos no hay donde morder. El alegre quiere en todos lances castañuelas; el melancólico cajas destempladas; el vano desnudarse debajo del dosel y vestirse el jocosos de diablete. Pues ¿adónde daremos con gaita de tantos sonos?



Al siguiente día de la entrevista que acabamos de relatar, el Vizconde, todavía sin despuntar el alba, dirigióse a su escritorio, encendió el velón de su mesa de despacho, y comenzó a pergeñar un escrito, que

decía: "Señora sobrina: sacrifiqué mi tranquilidad a las imaginaciones de V., sacrifiqué mi hacienda y ahora quieren que sacrifique mi vida. ¿Hay algo más que hacer? Decíale a V. don Melchor, su primo, que yo no había de abandonar mi casa pintada, ni mis bienes; esa consideración es buena para él. Para los hombres como yo todo el mundo es patria propia y en el mundo todo tienen los hombres de mí proceder lo necesario para vivir.

Cuando fui a preguntar a V. dónde, cuándo o cómo le era yo deudor de lo que ostenta, me respondió que los autos lo decían. ¡Que esto se oiga y se diga! Los autos, señora sobrina, molestarán mi persona, pero no conmoverán mi pecho. Deidad que no domina el corazón es simulacro. A mí sólo me mueve la razón, el rigor a los demás que no fueron como yo. Ambos nos hemos perdido; yo porque ciegamente creí a usted. Usted por no haberme creído a mí.

No quiero cansar con reflexiones melancólicas a V., y suspendo la pluma suplicándole en estas que quizás serán las últimas memorias mías, que mude de consejeros, porque cuantos pasos dan son absurdos.

Las mujeres que nacen con tantas obligaciones como V. deben anteponer la honra y el decoro a los intereses y al gusto. Los consejos que a V. le dan sólo buscan con gusto los intereses al incomparable costo de su decoro de V. y de su honra. Apártase mi sobrina de esta horrenda senda que engañada sigue siquiera por los honrados apellidos que firma. Coja V. del agua vertida la que no quedó enlodada. Sálvese el alma y piérdase todo; que yo por los daños míos absuelvo a V. y a todos del castigo en esta vida y de lo que pueda en la otra.

¡Oh, qué bien me escuchaba mi sobrina cuando no me oía mal! ¡Y ¡oh!, qué mal le parecerán mis expre-

siones después que no me quiere bien! ¡Quién pudiera expresar esto a V. con el corazón! Mas perdió con V. la gracia, y sin ésta aun lo más heróico enfada, porque

En tanto que el amor dura
toda locura es fineza,
mas cuando el olvido empieza,
toda fineza es locura.

Reciba el cielo mis suspiros, aunque V. desestime mis afectos, y guarde a V. los años que deseo.”



Cuando se disponía a entregar la carta a un postillón para hacerla llegar a manos de doña Leonor, en su residencia de Garachico, entró en el despacho el mayordomo de la Viña con un nudillo que acababa de portar un emisario llegado de la ciudad. El nudillo decía: “Amigo Vizconde: la conjura ha triunfado. Tengo informes desfavorables de vuestro pleito. Precisa que os pongáis inmediatamente en marcha para evitar posibles sorpresas”. Y firmaba el Licenciado Tomás de Aguilar, abogado del Vizconde.

Imperturbable y sereno, con su aplomo y su sorna de siempre, apenas hubo leído el nudillo, ordenó al mayordomo:

—Haz que le echen cebada al caballo y que le miren las herraduras, porque lo necesito para un viaje largo.

Volvió a su mesa de escritorio, hizo una larga requisa de papeles con los que llenó un pequeño baul, y una hora después, caballero en una de sus mejores jacas, y acompañado de uno de sus fieles espoliques, emprendía rumbo a la ciudad.

Unos días después se recibía en la Viña de Alzola la infausta noticia: ¡El amo había quedado preso en un castillo!

Los sucesos y episodios de que luego había de ser protagonista el célebre personaje isleño, llenarían un extenso volumen de una interesante novela de aventuras. Primero, su largo cautiverio en aquel estrecho cuarto de San Pedro Alcántara, del Castillo de Paso-Alto; las penalidades del encierro, durante el cual tuvo que vender su plata, sus alhajas y cuanto de vender tenía; la traición y doblez de sus propios amigos, pues casi todos le abandonaron o acudían a visitarle con expresiones insinceras. Luego, su evasión del castillo, desquiciando las puertas, amenazando "con lenguas de fuego" a los centinelas y rindiendo a otros a golpes de plata, hasta conseguir escalar los muros; su encuentro con la Ronda, a la que burló con ingeniosas tretas; su refugio "en la casa de una gran comadre y conocida suya, mujer de verdad y de silencio", que gustosísima le esperaba, y su embarque por los arrecifes del Puerto de la Cruz en la pequeña balandra que había de conducirle a la Isla de la Madera tras noches trágicas de desatadas tormentas.

Después sus nuevas aventuras en Lisboa, donde alquiló casas, compró muebles y se rodeó de tantos sirvientes de librea como tenía el Embajador de España, "viviendo más a gusto allí de lo que estaba Matos en Los Silos y Fray Marcos de Alayón en Daute". Su frustrado matrimonio con una hija de los Condes de Prado y su casamiento luego en Argeris (Galicia) con doña Teresa Losada y Linares de Deza, de la antigua casa de Bóveda.

Más tarde, su residencia en Madrid; el feliz nacimiento de su hija Juana Constanza, y la alegría de su hogar turbada de pronto por la muerte de la esposa, la bella marquesita gallega, desaparecida en la plenitud de sus encantos juveniles. Y, para disipar las penas y melancolías de su viudez, sus Memorias famosas: "Cartas diferentes, sobre diferentes asun-

tos”, y “Cartas de Fray Gonzalo González de la Gonzalera sobre las costumbres de la Corte”, mandadas a recoger por irreverentes y pecaminosas.

Por último su retorno a los patrios lares, tras una ausencia de dieciocho años, y su nuevo encierro en el Convento de San Agustín de Las Palmas para responder de la denuncia que un lacayo vil había presentado al Tribunal del Santo Oficio, con el que tantas cuentas tuviera pendientes en su accidentada vida de aventuras.

Y, ya achacoso, sin nuevas cadenas opresoras, pero sin bríos en el espíritu, a esperar el final de su turbulenta existencia entre el afecto de unos amigos y el candor de aquella gentil doncella, futura Marquesita de San Andrés, único tesoro que había podido salvar de tantas borrascas como corrió en la vida.

Postrado en el lecho del dolor, ya casi con las ansias de la muerte, aún tuvo alientos para hacer un comentario festivo ante el supremo trance.

—Señora—exclamó, dirigiéndose a la Marquesa de Villanueva del Prado, que se hallaba a su cabecera al recibir la sagrada unción—ya se me puede decir lo que un prócer de la Orotava a su mujer, luego que la sacramentaron. Prima: ya te puedes morir cuando quieras que no te falta nada...

Y con la sonrisa en los labios, sereno, irónico y escéptico como siempre, desapareció de este mundo aquel peregrino e inolvidable ingenio.

De su musa satírica y su espíritu zumbón e inquieto quedaron grabadas las huellas en aquellas viejas pinturas de las “Metamorfosis de Ovidio”, sobre la puerta de la rústica alcoba, en la antigua casa solariega de la Viña de Alzola:

Muerto en laureles secos o dormido,
monstruo del Orbe, fementido lazo...

Hidalgos



“¡Don Patricio Estévez! Hidalguía de raza; bondad y nobleza de espíritu. ¡Cómo se refocilaba el anciano en aquel suave calor de efectos familiares! ¡Cómo sonreían sus ojos azules!”

¿Quién no lo recuerda? De blanca barba y ojos azules; ágil, a pesar de su edad provecta; afectivo en el trato; sencillo y campechano en sus maneras, todas las tardes, a la misma hora, veíasele descender del tranvía en Santa María de Gracia, con un voluminoso paquete de periódicos bajo el brazo. Con andar resuelto y juvenil atravesaba por entre los cardos y pedruscos del camino de la ermita y torcía luego hacia la derecha en dirección a su vieja casa solariega. En la puerta, dos jovencitas, una de blanca tez con menudas y doradas pecas, otra morena, de ojos redondos y risueños, salían a su encuentro con jubilosa alegría. ¡Papá! ¡Papá!... Y confundidos los tres en un abrazo, el anciano de los ojos azules, la jovencita rubia y la de los ojos redondos y risueños, cruzaban el sombrío patio, lleno de macetas y tinajas con cactus, plantas trepadoras y una alta araucaria al centro, y subiendo por unos estrechos escalones de piedra se dirigían al entresuelo donde el hidalgo tenía sus libros, sus cachivaches y sus recuerdos... Cuadros de Valentín Sanz, González Méndez, Felipe Verdugo, Eduardo Rodríguez. Abríase de par en par la ventana, y una oleada de luz y de aire fresco del jardín invadía la pequeña estancia. De afuera, de la huerta, llegaba también un olor a flores de almendro, a eucaliptos y retamas. Una sensación de placidez, de suavidad y de silencio en el ambiente. Sólo, a ratos, el rumor del viento zumbando en

la arboleda o la algarabía de los gorriones en los aleros de la cercana ermita.



¡Don Patricio Estévanez! Hidalguía de raza; bondad y nobleza de espíritu. ¡Cómo se refocilaba el anciano en aquel suave calor de afectos familiares! ¡Cómo se reanimaba y rejuvenecía su espíritu! ¡Cómo sonreían, con sonrisa infantil, sus ojos azules, mientras las jovencitas le cepillaban el sombrero cubierto del polvo del camino y con sus manecitas blancas ceñían luego a sus sienes el viejo gorro doctoral! ¡Cómo se solazaba después, acomodado en su poltrona de cuero, aspirando el aroma del almendro familiar, "el de la dulce, fresca, inolvidable sombra", y sintiendo en sus piés los halagos de su gato de Angora...

Después, a rebuscar y coleccionar papeles. Tarea ímproba entre tantos centenares de cartas, autógrafos, fotografías, periódicos, etc., guardados en cajones o amontonados en los estantes. De pronto, un papel amarillento, con letra desteñida, que llama la atención de las jovencitas. Una carta de la bisabuela, doña Isabel Pówer de Meade, dirigida a su hija pocos días antes de su muerte. Y la jovencita lee: "Mi amada hija: Sólo una madre es capaz de sentir las congojas que yo siento. La idea de dejarte en la tierna infancia me aflige cruelmente, pero la voluntad de Dios debe cumplirse y yo me entrego con resignación a sus decretos. A tí te toca, en adelante, mi pobrecita Isabel, consolar a tu papá. Mírale como amigo; sigue sus consejos; ábrele tu corazón. No hagas jamás sino lo que te ordene, y acuérdate que tu primer deber es para con Dios. Luego, a tu entrada en el mundo, procura recomendarte

y hacerte estimable por tu modestia, buen juicio y afabilidad a las gentes de aprecio y entendimiento. Evita el ser vana; sólo, mi querida, debes usar de la vanidad bien entendida, aquella que se nos permite para superiorizarnos a las acciones bajas; pero trata siempre con dulzura a tus inferiores, y ama a los pobres. Cuida de tu corazón y no dispongas de él sino cuando halles quien sea digno de poseerlo. ¡Adiós, mi más amada Isabel! El Todopoderoso te bendiga y te guarde como lo desea tu amante madre, cuyos consejos te pido que no olvides jamás. ¡Adiós, mi pobre hijita, último y eterno adiós!.—ISABEL.”

—Aprended bien los consejos de la abuelita—decía el anciano. Y seguían rebuscando papeles: cartas de la familia; libros del tío Nicolás; poesías del tío Diego... Retratos de damas, generales, obispos, artistas...

Y así, hasta que llegaba el oscurecer, la hora de la cena: una cena modesta, frugal, en la ancha mesa de pino que en días memorables vió congregada a su alrededor abundante prole. Aquel comedor, donde antaño se reunían veinte, en alegre tertulia, ahora sumido en tristeza y soledad, que vió don Nicolás Estévanez a su regreso de la expatriación. La abuelita venerable, cargada de años; la bondadosa tía Dolores; los hermanos Nicolás, Diego, Paco, Isabel y Cristina; los amigos de la casa, Almeda, Valentín Sanz, Pówer, el tutor don Bartolomé Saurin... todos tenían allí sus sillas vacías. Y muchas noches, en las largas veladas invernales, mientras el viento y la lluvia azotaban los tejados, el hidalgo solía evocar aquel triste éxodo de su juventud en los años de 1866 y 67. Aquel día nefasto del 5 de octubre, en que, hallándose en Santa Cruz con su abuela y su hermana Isabel, desalojando la casa de la Marina en que había nacido, se enteró de la declaración oficial de

la epidemia de fiebre amarilla. Luego, su forzoso retiro en Santa María de Gracia con sus hermanos Nicolás, entonces oficial del Ejército, y Diego, el poeta prematuramente desaparecido; la impresión que al bajar un día a Santa Cruz le produjeron la soledad de las casas cerradas y las calles desiertas, en algunas de las cuales alcanzaba la yerba más de una vara de altura, y sin otra señal de vida humana que algún sacerdote conduciendo el viático. Más tarde, las desgracias familiares. Primero, cuando aún no había cumplido doce años, la muerte de sus padres en circunstancias excepcionalmente dolorosas, quedándose con sus hermanos en la mayor orfandad, sin otro amparo que el de la anciana y bondadosísima abuela. Dos años más tarde, la enfermedad y muerte, en el transcurso de unos meses, de sus hermanos Francisco y Diego, su abuela y sus hermanas Isabel y Cristina, y la tía Dolores, que pierde la razón a causa de tantos y tan continuados reveses. Luego, la llegada del hermano Nicolás, que se hallaba en la campaña de Santo Domingo. Su estancia a mi lado—refería el anciano—fué un relativo consuelo para mi alma atribulada; pero su licencia terminaba y era preciso que nos separáramos de nuevo. Y llegó el horrible momento de la separación. Juntos salimos de la casa donde juntos habíamos vivido los tres hermanos, último resto de una familia numerosa. Cristina nos había abandonado pocos días antes para unirse a los demás en el sepulcro, y nosotros íbamos a separarnos acaso para siempre. Silenciosos llegamos al muelle y sin balbucear siquiera una palabra—tal era la emoción que a los dos nos ahogaba—nos dimos el último abrazo. Partió la lancha hacia el vapor y yo, en medio de aquel bullicio del muelle, me sentí solo, completamente solo. ¡Solo en el mundo! ¡Qué terrible momento para un chico de quince años!

En los ojos de las jovencitas brillaban lágrimas de emoción y de pena al recuerdo de los infortunios familiares. Afuera, el viento y la lluvia continuaban azotando los tejados, y al retirarse de la mesa, un ósculo paternal sellaba las frentes de las dos hermanas.

—¡Padre, la bendición!

—¡Hasta mañana, hijas mías!

Y se retiraba a su lecho, alegre, tranquilo.

Oíanse después unos leves pasos en el corredor; luego el crujido de pesadas puertas de tea al cerrarse, y, a los pocos instantes, la vieja mansión, sin luz, sin ruido, se quedaba envuelta en profundo silencio, en una paz bendita.



Había en nuestro hidalgo mucho de la idiosincrasia y distintas características de sus dos ramas familiares. De los Murphys, ilustre familia irlandesa llegada a Tenerife a fines del siglo XVII, el temperamento apacible y sereno: los ojos azules. De los Estévez, oriundos de tierras meridionales, el espíritu inquieto, la fiebre de aventura: los ojos agarenos de la jovencita risueña. Prototipo fiel de los primeros era aquel insigne regidor y Diputado a Cortes por la Isla, D. José Murphy, ponderado y ecuánime, reflexivo y laborioso. De los segundos, aquel indomable revolucionario y Ministro de la Guerra de la República, D. Nicolás Estévez, de memoria tan grata para los tinerfeños. Su padre, D. Francisco Estévez y García Caballero, capitán retirado y acérrimo progresista, habíales inducido el culto a la democracia y a sus caudillos en tal forma, que hacía vestir de luto a sus hijos cuando alguno de aquellos, como su amigo Zurbano, caía bajo las balas enemigas. En su despacho no había otros retratos que

los de Espartero, Quintana, Mazzini y Garibaldi, y su lema era, como el de Topete, "educar a sus hijos para demócratas a fin de que sus nietos fuesen republicanos". A esta usanza, aunque predominando en ellos la tendencia moderada, todos en la casa de los Estévez eran republicanos, con excepción de aquel respetable octogenario, D. Juan Patricio Meade, hermano de doña Isabel, que desde Escocia se había trasladado a España al comenzar la guerra de la Independencia, cayendo prisionero en Medellín; luego luchó contra los carlistas, como oficial de la Legión inglesa que mandaba el general Lacy; emigró a América y vino luego a Tenerife a reposar sobre sus laureles de viejo luchador, con el espíritu propicio ya a la benignidad y la templanza. El era el único que discrepaba de las ideologías políticas e inclinaciones demagógicas de sus sobrinos. Y recordaba en sus Memorias D. Nicolás una carta del bueno de D. Juan Patricio, su tío, en los días siguientes a la revolución, en que le decía: "Indignado estoy con lo que he visto; has de saber que tus amigos de aquí, y no digo correligionarios porque mal podéis ser correligionarios no teniendo religión ninguna, se han portado de una manera indigna. Reunidos en el Ayuntamiento, han arrojado por un balcón el retrato de la reina, del cual no sé que haya cometido la más pequeña falta. Puede ser necesario algunas veces derribar instituciones y tronos, pero ensañarse con retratos sólo es propio de "golfines". Carta a la que hubo de contestar D. Nicolás: "Me sorprenden sus lamentaciones por lo del retrato; no me sorprenderían si eso lo hubieran hecho con el original, pues sus sentimientos de humanidad me son bien conocidos. Por mi parte, creo que merecen caer por los balcones y arder en la plaza pública todos los retratos de los Ayuntamientos, no porque sean de reyes o de

roques, sino porque suelen ser afrenta del arte y ofensa de la verdad.”

Sobreponíase, sin embargo, en todos ellos, en los Murphys como en los Estévanez, el amor a la tierra, el apego a la casa solariega, a las rocas, al mar, a las brisas, a las flores isleñas, que hacían decir a D. Nicolás, el gran revolucionario, en sentimentales estrofas:

Mis horas de ventura
no fueron, no, las de la gloria ansiada,
que fueron ¡ay! las de la vida oscura
entregado al placer de la lectura
debajo del almendro...

Pero continuemos relatando la historia de nuestro ilustre biografiado. En su formación espiritual, en su condición pacífica, había mucho del carácter y las tendencias de D. Juan Patricio. Su abuela doña Isabel, pensando que él podía ser el amparo de sus hermanas, intentó inculcarle la afición a la carrera del sacerdocio, ingresándole en un seminario. Vestió algún tiempo la sobrepelliz, pero al poco tiempo se vió que su vocación no le llevaba por los derroteros religiosos. Y con el único bagaje de su ilusión juvenil emigró de Tenerife, allá por el año 75.

Comenzó después su peregrinación por la vida. Juntóse en Lisboa con su hermano D. Nicolás, entonces expatriado; trasladóse más tarde a Oporto, y allí, frente al mar, pasábase las tardes en un banco, junto a la “Iglesia de los clérigos”, evocando con algunos isleños los recuerdos de la tierra lejana. Luego, su marcha a Inglaterra, por obligarle a salir de Oporto el Gobierno portugués, que le consideró como conspirador y “elemento peligroso”, y, tras una breve estancia en Londres, su establecimiento en Pa-

rís con un modesto empleo de traductor, al principio, y luego como confeccionador de Guías y correspondiente de periódicos madrileños. Una vida llena de privaciones y penurias, sin más albergue a veces que los atrios de los templos, ni más refugio contra las inclemencias que las salas de los Museos. Aun así, jamás le abandonó aquel natural alegre y expansivo que le caracterizaba, y un buen día se propuso emprender un viaje a pie hasta Roma, acompañado de tres amigos, colegas de su vida bohemia. La aventura fué pródiga en episodios. En Fointanebleau detuviéronles los gendarmes; en otros pueblos tomáronles por prusianos y los apedrearon, y cuando ya habían recorrido más de trescientos kilómetros, enfermáronse dos de los excursionistas y tuvieron que regresar a París, famélicos y medio descalabrados.



Enfermo, a causa de las muchas penalidades sufridas en la expatriación, tornó a Tenerife, ya desvanecidas del todo sus ilusiones juveniles, ya satisfechos aquellos deseos de aventura que le habían llevado por los senderos del mundo; a reposar otra vez, ahora en plácida calma, junto al almendro de "la dulce, fresca, inolvidable sombra".

Fundó entonces aquella notable revista que llevó el título de "La Ilustración de Canarias", palenque literario de sus fieles amigos y colaboradores, Francisco María Pinto, Antonio Zerolo, Gil Roldán, Pówer, Dugour, Cámara, Azcárate, Luis Maffiotte, Patricio Perera, Pulido, Costa, Espinosa, y tantos otros que daban entonces lustre y gloria a las letras canarias, y después el "Diario de Tenerife", que sostuvo durante 49 años, sin que pudiera realizar las ambicionadas "bodas de oro", porque reveses de salud

le obligaron a trasladarse a Madrid buscando alivio para aquel cruel padecimiento de sus ojos que hasta entonces había logrado atajar "con cocimientos de altea, sin poder meterlos en camino". La gacetilla diaria, el suelto prosaico le hicieron olvidar, decía, las reglas de escribir, y la fatigosa corrección de pruebas, durante tantos lustros, le había dejado sin vista.

Muerto el "Diario", nos confesaba, se dió él por muerto también. Y, en efecto, aunque pudo prolongar la vida unos años, vivió únicamente para el dolor. El suyo y el de los hijos inconsolables que veían cómo se apagaba, día por día, la luz de aquel espíritu bondadoso, resignado, modesto: alma de niño y temple de hombre a la vez, que pudo decir con legítimo orgullo, al final de su labor: "He llegado a los 76 años sin haber sufrido ningún castigo de profesores ni autoridades, sin haber cometido ningún acto de que pueda reprocharme y considerado en la sociedad, si no como hombre útil, pues hartó sé que ningún mérito puedo alegar, como persona decente y honrada. Con ello me considero largamente recompensado."



Y una mañana del mes de agosto vióse salir un féretro de la vieja casa solariega. Traía una sencilla corona de retamas. Arriba, en las ventanas, tras los empañados cristales, perfilábanse varias caras compungidas de llanto. Lentamente, por el sinuoso camino sembrado de cardos, abrióse paso la pequeña comitiva. Al llegar frente a la puerta cerrada de la Iglesia, el sonido de una campana, doblando por el muerto, hizo ahuyentar los gorriones de los aleros de la ermita. ¡Emotiva despedida al más ilustre feligrés de los contornos!

Luego, carretera abajo, un carro fúnebre llevábase los venerables restos. ¡Se iba el hidalgo de Santa María de Gracia! ¡Desaparecía con él toda una tradición! ¡Todo un linaje espiritual!

Poetas del mar

El mar, nuestro "sonoro Atlántico", ejerció siempre una poderosa sugestión sobre el alma isleña. Forjador de quimeras, señuelo para la juventud, sendero de lo desconocido, hacia él convergen cada día nuestras miradas.

¡Oh, Virgen del Puerto, Madre,
váleme ahora!
Que cuando tú me valías
de oro te dí una corona...

reza el viejo romance canario, y él expresa lo que este hondo sentimiento del mar tiene, a la vez, de devoción profunda y emotiva en nuestro pueblo.

Este mar canario—decía don Miguel de Unamuno—, es escuela de igualdad; es escuela también de libertad este mar que rompe toda barrera, dando alas al alma, y lo es de fraternidad al juntar y enlazar los pueblos. Y pensaba qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso—silencioso y tranquilo mientras su sobrehaz ruge y se agita—, reposar en él mientras sus olas cantan nuestra vida. "Inmensa sábana, líquida y palpitante, que baja desde el cielo y viene cantándonos por sus miles de olas recuerdos de la aurora del mundo."

¡El mar!... Palabra embrujadora, mundo de ensueños, en su agitado seno puede decirse se forjó el espíritu de aventura de la raza.

Marinos canarios fueron aquellos primeros explo-

radores de las Américas, que en navíos isleños, cargados de pólvora y pertrechos de guerra, se agregaron a Cortés y dieron término a la conquista de Nueva España.

Marinos canarios los que engrosaron las expediciones de Diego de Ordás y Jerónimo de Hortal, en su mayoría gentes principales, "de próspero caudal y rico traje"; los que al mando de Pedro Benítez y Juan Pereira de Lugo fletaron a su costa tres naves para engrosar la flota de Pedro de Mendoza en su expedición al Río de la Plata. Los que fundaron ciudades, construyeron fortificaciones, afrontaron peligros y dieron también, muchas veces, su vida por España. Los nombres de Nueva Córdoba, Nueva Sevilla, Los Reyes, Mérida, Trinidad, San Cristóbal, Santa Fe de Bogotá, Puerto de Santa María de Buenos Aires, y tantos otros, irán siempre ligados al recuerdo de los canarios.

Marinos isleños los que navegaron por los mares de Oriente y al mando de Xuárez de Gallinato lucharon contra las huestes del rey de Siam; los que acudieron en socorro de Córcega, los que lucharon con los moros en las costas de Berbería.

Marinos canarios aquellos expertos capitanes y bravos tripulantes de los bergantines y fragatas de la carrera de Puerto Rico, la Habana, Campeche y Caracas, que llevaron nombres tan populares entre los isleños de dos centurias atrás, como "El Señor del Huerto", "El Pintado", "San Judas Tadeo", "Nuestra Señora de la Rosa"... Y, en fin, los que jalonaron de sacrificios y heroicidades las rutas de todos los océanos...

¡Tradición marinera que un canario también—nuestro gran poeta Tomás Morales—había de perpetuar en inolvidables poemas, porque nadie, como este cantor del Atlántico, llevó tan dentro del espí-



“El mar, nuestro “sonoro Atlántico”, ejerció siempre una poderosa sugestión sobre el alma isleña. Señuelo para la juventud, sendero de lo desconocido, hacia él convergen cada día nuestras miradas...”

ritu ese sentimiento del mar de nuestro pueblo, ni nadie enalteció como él, con tan inspirado acento, las gestas de nuestros marinos.

Gaveros atrevidos y patronos expertos
que en la noche sondearon los más distantes lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los mares...



Esta tradición del mar trae también a nuestra memoria el recuerdo de otro poeta de la tierra, Diego Estévez, hermano de aquellos otros inolvidables isleños, Nicolás y Patricio Estévez.

Todavía en la adolescencia, apenas cumplidos los dieciseis años, el bisoño poeta se lanzó a los albu-
res del mar. Se había forjado en su fantasía un bajel
de ensueños y, sin otro bagaje que su pequeño ha-
tillo de marinero, quiso realizar sus ansias de nave-
gante. Ansias febriles, de un alma torturada de in-
quietud y dolor, que encendieron cóleras horrendas
en su imaginación enferma. Y aquel infantil trove-
ro, de ojos azules y tranquilos, apenas familiarizado
con la vida del mar, comenzó a sentir la impacien-
cia de la tragedia. Le cansaba la quietud de las aguas
mansas, la serenidad de las noches tropicales. Quería
que el mar fuese imagen y reflejo de sus grandes
torturas espirituales.

Y escribía en su cuaderno de versos:

...Dejad que ruja el austro con furor;
inunden, mar, tus olas nuestra nave;
quiero escuchar tu acento bramador.

Y ya en el vértigo de su delirio, añadía con épico
acento:

Quiero escuchar los lúgubres quejidos
de una verga que el viento va a romper,
y luego verla en trozos desunidos,
al negro abismo rauda descender.

Quiero que airado el huracán potente
pechos cobardes llene de pavor,
quiero que alumbre con su luz mi frente,
rasgando el aire, rayo destructor.

¡Así, como su espíritu torturado, rebelde, indómito,
quería que fuese el mar aquel grumete de dieciseis
años que, poco después, llevando la derrota de un
bergantín goleta, había de verse ante las fauces te-
rribles del monstruo, desatado en furias de tormen-
ta, "fiero y rugidor", como lo soñaba en sus exalta-
ciones de poeta!

¡Había sentido de cerca el aleteo de la tragedia, el
silbido del huracán, el crujir de las vergas rotas por
el viento; había cegado sus ojos el cárdeno resplan-
dor de los relámpagos, y, ya calmadas sus fiebres,
fatigado por las duras jornadas, añorante de la paz
hogareña, sentía la impaciencia y a la vez la alegría
del retorno!

¡Qué desasosiego entonces el del poeta! ¡Qué afán
de llegar pronto, de ver otra vez aquella ventanita
y aquel pañuelo blanco ondeando en la lejanía, a la
luz dorada de su tierra! ¡Qué deseo de acelerar la
marcha, de ser él el viento para inflar las velas de
su barco!

Rompe, bergantín, las ondas,
rompe las ondas saladas...

Y, ya al fin de vuelta, ya otra vez a la sombra grata
de su almendro, ¡qué soledad a su alrededor! ¡Y qué
desconsolado lamento el suyo!:

¡Luna que doras del oscuro estanque,
las aguas muertas!

¡Testigos mudos de mi alegre infancia!
¡Recuerdos dulces de la edad primera!...
Templad vosotros mis acerbos males,
calmad mis penas...

Ni siquiera, para aliviar sus dolores, la alegría de
una mujer:

porque es tu nombre Dolores,
y yo los llevo en el alma.

La vida se le iba, le flaqueaban las fuerzas; le
abandonaba el espíritu, cansado del vuelo, con las
alas rotas...

Qué noches tan largas!
Qué lento suplicio!
Me abrasa la fiebre
y tiemblo de frío!

deliraba el poeta: enfermo, desahuciado de la vida
a los veinticuatro años. Y en su agonía lenta, exte-
nuado de fiebres, aterido ya por el frío de la muerte,
aun evocaba los "recuerdos dulces de la infancia":

sus juegos de niño,
la fuente sonora
cercada de pinos;
sus álamos blancos,
su almendro florido,
la cruz arruinada
de tosco ladrillo...



¡Desdichado trovador! ¡Tanto soñar con el mar
para olvidarlo luego del todo!

¡Juguete del Destino, soñador de aventuras como tantos otros que se fueron con la ilusión de la partida y tornaron con la angustia de no ver más el alegre sol de su tierra! Con aquel mismo desasosiego de Diego Estévez ante el lento andar de su barco:

Rompe, bergantín, las ondas,
rompe las ondas saladas...

Chisteras

La chistera fué presea muy socorrida en Tenerife. Gala de la vieja sociedad isleña, símbolo de distinción y aristocratismo, estábale reservada a las más altas categorías sociales. Una chistera, lustrosa y flamante, en la erguida testa de un personaje de campanillas, no sólo era el "sumum", el desiderátum de la elegancia, sino un motivo de admiración y pleitesía para el feliz enchisterado. ¡Oh, el sombrero de Don Mengano! ¡Cómo refulgía su copa y con qué arrobamiento lo contemplaban las gentes en las procesiones de Corpus o Viernes Santo!



Después...—¡tiempos de mudanzas llenos!—la aristocrática chistera, símbolo y reflejo de toda una época, comenzó a democratizarse y aplebeyarse en exceso. La usaban hasta en sus faenas habituales los artesanos. Volvió más tarde a cobrar importancia y galanía en las funciones cívicas. ¡El Pendón!... ¿Quién no soñaba con un fajín de concejal y una chistera prestada para estos actos? Y el exótico sombrero, aunque ya en rango menos elevado, tornó a ser prenda favorita en el país.

Los había de todos los estilos y todas las dimensiones: altos, afonilados, unos; chatos, de alas horizontales y estilo parisién, otros. Desvaídos y verdosos, los más; flamantes, impecables, los menos. Por último, el prestigio de la chistera que vuelve a de-

caer, ya en franco declive, para no levantarse jamás. La fiebre democrática de los tiempos, convirtiéndola en guiñapo de feria, objeto de risas y chacotas, terminó por desacreditarla para siempre. Y lo que fué ornato de una raza, prenda codiciada, orgullo de nuestros mayores, adorno de nuestros ediles, ya apenas si fué un andrajo de turbas zarrapastrosas. ¡Un pandero para hacer bailar el oso en Carnaval!



Pero la chistera, en realidad, no ha muerto del todo, aunque haya pasado por tantas profanaciones y tantas y tan distintas cabezas... Sigue viviendo, en espíritu y en materia, entre todos nosotros. ¿En qué desván de la ciudad no habrá arrinconado uno de estos recuerdos del abuelo, del padre, de todos los fastos y efemérides familiares de que fué testigo? Nupcias, saraos, alegrías, duelos... ¡cuánto nos evocan y de cuánto nos hablan las viejas chisteras, arrinconadas, llenas de polvo, en sus amarillentas cajas de cartón! No; no han muerto del todo. Viven, por lo menos, en la intimidad y el silencio de nuestros hogares, y esas sí que merecen devoción y respeto.



Pensando en esta odisea de la chistera en Tenerife, varias veces nos hemos preguntado: ¿Adónde iría a parar aquel sombrero de copa de Don Fulano?... ¿Qué se haría de la chistera de Don Mengano?... Y la silueta, la figura, el detalle del personaje recordado, dibújense con tanto relieve de actualidad en nuestras retinas, que parece que los tenemos delante de los ojos.

Ahora mismo, evocando cosas pretéritas, se nos ha

venido a la imaginación esta pregunta, casi infantil: ¿Adónde iría a parar la chistera de Don Eugenio Sainte Marie?

Seguramente que muchos de nuestros lectores no sabrán quién era Don Eugenio Sainte Marie... Nosotros mismos, que fuimos sus discípulos de francés, no sabríamos decir con exactitud de dónde vino y por qué vino a Tenerife. Sabemos que era catedrático, persona de bien y coleccionista de antiguallas. Recordamos también su figura inquieta y menuda; su barbilla mefistofélica; sus ojos vivaces, y su acentado acento galo. Todo movilidad y nerviosismo, solía Don Eugenio andar a la greña con estudiantes torpes y desaplicados. Por una mueca intencionada, un mote o una falta de respeto, montaba en cólera y perdía los estribos muchas veces. Era, como suele decirse, un manojillo de nervios, pero simpático, dicharachero, un tanto ladino, y afable con los que le caían en gracia. Porque había que caerle en gracia para ser amigo de Don Eugenio. De lo contrario, ¡zape!, le enseñaba los dientecillos felinos a cualquiera. Escribía pequeños opúsculos, sobre materias pedagógicas, que vendía a precios bastante modestos. Dos pesetas, los de mayor volumen, que íbamos a depositar los alumnos en su casa de la calle de la Carrera, y que él recogía, agradecido, dándonos unas palmaditas en el hombro. "Bien—decía—cuando lo leas, vuelves por otro que estoy escribiendo: "Sueños de oro"... ¡Verás lo que te van a gustar los "Sueños de oro"!...

Pero, en realidad, para él no había más preocupaciones que su hogar, sus antigüedades... y sus gatos. ¡Ah, sí! Y otra debilidad: su burra. Una pequeña burra de pelo negro y brillante como el azabache, que respondía al nombre de "Zeifía"... "Zeifía" se pasaba meses enteros en grato descanso, mimada

y atendida por su dueño con los más solícitos cuidados. Hasta que llegaba el verano, y con él el trajín de tener que llevar todos los días a Don Eugenio a los baños del Arenisco, en la Punta del Hidalgo. El fiel animal llegaba hasta la playa, penetraba en las aguas, y dejaba a su amo disfrutando de las delicias del mar... "Zeiffia", en tanto, aguardaba en la orilla, para tornar luego con Don Eugenio al domicilio.

Todavía se hacen lenguas los pescadores de las habilidades del animalito; aquella borriquita negra, vivaracha, inteligente, y nadadora al mismo tiempo, del Profesor de La Laguna.



Era también nuestro personaje, según antes decíamos, un incansable rebuscador de objetos antiguos. Coleccionaba monedas, camafeos y baratijas de todas clases, husmeando cuanta rareza arqueológica había por los rincones de la Isla. Los campesinos le buscaban para venderle sillas, mesas, telares, catres torneados, etc., etc. Y al Museo del catedrático afluían ofertas de todos los pueblos. Algunos objetos los repudiaba; otros los adquiría por unas cuantas pesetas. Y el campesino se iba, alegre y satisfecho, haciéndose lenguas de la esplendidez del anticuario. La colección, si no en calidad, llegó a ser tan considerable en número, que ya no le cabía en las salas y recovecos de la casa. Y comenzó por irse desprendiendo lenta, dolorosamente, de mucho de lo que tantos afanes y sinsabores había adquirido: un día un catre, otro día un camafeo, alguna vez una moneda de aquellas que con tanto orgullo guardaba en sus vitrinas.

Y Don Eugenio, que no tenía más afición que esta de coleccionar muebles y chirimbolos, fué—¡sorpre-



“Claustros del Instituto. En la porteria, bajo la pequeña hornacina alumbrada por la débil luz de una lámpara, el anciano portero arropábase en su raída capa...”

sa para todos!—concejal, político militante y alcalde de real orden.

Como alcalde la emprendió contra los adoradores de Baco, en una guerra sin cuartel. Dictó medidas, publicó bandos, y tuvo más de un choque por querer imponer sus ordenanzas a rajatabla. Una noche, al retirarse a su domicilio, topó con uno de aquellos bebedores empedernidos que se hallaba acostado en el zaguán. —¡Levanta, borrachín!—gritó colérico. —¡No me da la gana!—repuso el sujeto, restregándose los ojos. —¡Que soy el alcalde: Sainte Marie! —¿Santa María?... ¡Pues, "Ora pro nobis"!... Y tuvo que salir Don Eugenio en busca de unos alguaciles para meter en cintura al insolente.

Procuró siempre llevar sus cargos con dignidad, con modestia, sin hacer mal a nadie, pero sin dejar tampoco grandes huellas de su gestión edilicia. Reservábase todo su desvelo, todo su amor, para la cátedra. Y porque esta dignidad de profesor le hervía hasta en la médula de los huesos, no hubo exámenes de fin de curso en que Don Eugenio no se presentase, poco menos que de punta en blanco, con su vieja chistera concejil, ladeada sobre la blanca cabellera.



Y he aquí el episodio que, sin ironías ni malicias, vamos a referir al lector. Los exámenes de francés aquel año habían tenido un resultado tan desastroso, que no hubo más remedio para el Tribunal que imponer todo el peso de la justicia. Una verdadera "razzia", sin contemplaciones para nadie, ni siquiera para los más caros discípulos de Don Eugenio. ¡El prestigio de la cátedra ante todo!

El revuelo no fué para descrito. Protestas de los perjudicados; lamentos de algunos; voces airadas de

otros. Conmoción en todo el Instituto, en claustros y pasillos. En la portería, bajo la pequeña hornacina alumbrada por la débil luz de una lámpara, Tomás, el anciano portero, ("Jociquillo", como le decían los colegiales), arropábase en su raída capa para dejar pasar la tormenta... ¡Buena, buena calabazada!



De pronto, Don Eugenio que salía, medio mohino, medio cabizbajo, y, a pocos pasos, un corpulento alumno, una de las víctimas, rondándole, cauteloso, hasta cerca de la portería.

El corpachón del alumno temblábale desde los pies a la cabeza. Presentíase, mascábase la tragedia. Los bedeles, indecisos, mirábanse consternados. ¡La que se iba a armar!

Pero, no; el mocetón sonreía, guiñaba los ojos como si saborease su venganza. De pronto, abalanzóse rápido sobre Don Eugenio, y, levantando aquellas manotas terribles, tiróle con furia por las alas de la chistera hasta hundírselas en el cuello.

La desesperación del viejo catedrático llegó al paroxismo. Rugía, pataleaba, y pudo gritar al fin, dirigiendo sus brazos suplicantes al portero, a "Jociquillo":...

—¡Tumás!... ¡Que me ahogo, que me ahogo!... ¡Sácame la chistera!...



¡Inolvidable Don Eugenio! ¡Cómo recordamos aquel brillante y después maltrecho sombrero de copa que tanto nos asustaba los días de exámenes!

¡Chisteras famosas; testigos memorables de glorias lejanas, de esplendores cívicos, de travesuras juveniles, con cuánta emoción y con qué pena las recordamos ahora!

Los nísperos de Don Quintín

¡Los nísperos de Don Quintín!... Desde lejanos tiempos tenían fama entre los estudiantes de La Laguna. Grandes, prietos, lozanos entre las hojas verdes y lustrosas, parecían racimos de doradas ciruelas, colgando sobre las tapias de la huerta. No había en toda la Vega pomar más prolífico, ni fruta más exquisita por su grato sabor agridulce, regalo de paladares, que la de los viejos nispereros de Don Quintín, el Director del Instituto.

Desde mediados del mes de Marzo, cuando ya los campos lucían sus galas floridas, vagaban los estudiantes por los alrededores de la pequeña finca, rondando los nísperos. Y un día trepados en un árbol, otro día en otro, eran como gorriones picoteando en la fruta, hasta que la exterminaban del todo. ¡Cómo serían de astutos en su vigilancia y ágiles en saltar las tapias, que jamás pudo atraparles el medianero por mucho que se esforzaba en cazar los atrevidos gorriones! ¡Demonio de pájaros! ¡Con qué ligereza ahuecaban las alas apenas los tenía a tiro de piedra! ¡Y qué le diría luego al amo cuando fuera a dar cuenta de su gestión! ¡El diantre que hizo a los estudiantes! Todo el año cuidando los árboles, podándoles los gajos, sachándoles los surcos, para que vinieran luego los "señoritos" del Instituto, con sus manos limpias, a llevarse lo que tantos desvelos le costaba. Pero todo en vano, porque ya era tan proverbial como la fuga de San Diego la visita de los estudiantes al "trazo" de Don Quintín, en la carretera de Tejina. Y

tan habituados se hallaban a saltar sus muros, que de nada servía aquella defensa de gruesos y puntiagudos cristales, hirientes como cuchillos, que el previsor medianero había colocado a todo lo largo de las tapias.

El resignado propietario, bondadoso y tolerante siempre con sus discípulos, terminó por hacerse el cálculo de que los nísperos no le pertenecían a él, sino a los estudiantes, y dejaba a éstos el placer de saborearlos a sus anchas. ¡Cosas de muchachos!, decía. ¡Ya les tiraré de las orejas cuando no se span la lección de Matemáticas! Pero, ¡caraita!—exclamaba por su cuenta el medianero—, no está bien que el amo se quede sin la fruta, que es suya. El ideó un recurso: adquirir un perro, de probada casta de guardianes, de los que se vendían por poco dinero en Lanzarote. A Don Quintín, cuando le propuso la adquisición, le pareció excelente la idea. Sí, después de todo, ya era demasiado abuso.

Y se compró el perro. “Tigre” le llamaban, y a fe que lo parecía por su pelo amarillento, con listas de color canelo oscuro. Un soberbio ejemplar, de fino olfato, hocico alargado y aspecto feroz, que atemorizaba a cualquiera. El medianero respiró satisfecho. ¡Ya pueden venir por los nísperos los “niños del Instituto”! ¡Que se atrevan con el “Tigre”!



Aquel año, ya cercano el día de San José, los estudiantes pasaban por el desconsuelo de ver cómo se iban madurando cada día los nísperos y no poder asomarse a las tapias, porque el mastín andaba de un lado para otro de la huerta: impaciente, nervioso, con las orejas erguidas, buscando una presa en que hincar los colmillos.



"Huerta de Don Quintin... Desde mediados del mes de Marzo, cuando ya los campos lucían sus galas floridas, vagaban los estudiantes por los alrededores de la pequeña finca, rondando los nisperos..."

—¿Qué hacemos?—preguntaron a Juan Bello, su colega y maestro a la vez en esta clase de correrías.— ¡El perro es una fiera! ¡Cómo no le ahuyentemos a pedradas!

—No—atajó Juan Bello, con su habitual parsimonia—. Todo eso se resuelve con una perra...

—¿Una perra?...

—Sí, una perra... Déjenme ustedes a mí. ¡Yo lo trinco!

Y, en efecto, ni tardo ni perezoso, buscó una perra, como él la quería, en condiciones de aplacar la furia del "Tigre". La ató con un cordel, llevóla a la huerta, la dejó caer por un muro, y cuando observó que el mastín domeñaba su cólera, alegre, moviendo cariñosamente el rabo ante la hembra propicia y fácil, tendió un lazo al "Tigre", y, ya en sus redes, lo amarró al tronco de un árbol.

—¡Bien, muchachos!—exclamó en señal de triunfo, arengando a la hueste estudiantil.—¡Ya podéis entrar por los nísperos!



Al siguiente día del divertido episodio, llamó Don Quintín a Juan Bello, a su despacho de la Dirección del Instituto.

—Como supongo—le dijo—que eres tú el que me ha cogido los nísperos, quiero que me expliques cómo pudiste amarrar el perro...

—¿Yo?...

—Sí; tú. No puede ser otro.

Titubeó unos momentos Juan Bello, pero al fin terminó por descubrir la estratagema.

Después, con gran asombro de su parte, vió que Don Quintín, lejos de indignarse, sacaba un duro del bolsillo, y le decía, estrechándole la mano:

—Para que celebres el triunfo con tus compañeros, en la venta de Doloritas.

Doloritas—todos la recordamos con simpatía—era el paño de lágrimas y el hada madrina de los estudiantes. Amable, risueña, guardadora de secretos, disculpaba las travesuras y conocía todas las cuitas de su alegre y juvenil clientela.

Al ver entrar a Juan Bello, seguido de un grupo de escolares alborozados, exclamó, con aquel su tono suave y bondadoso de siempre:

—¡Qué locura habrán hecho!

—Que se la hemos jugado al “Tigre”—respondió Juan Bello—. ¡Vengan unas copas de mistela, que las paga el Director!

Y entre risas y chacotas, presididos por la madrina afable y liberal, brindaron todos alegremente:

—¡Por los nísperos de Don Quintín!

—Y ahora, muchachos,—añadió Juan Bello—hasta el año que viene, que volveré con la perra...

Los dos hermanos

¡Punta del Hidalgo!... Riente, orlada siempre de espumas, todavía recuerda su pasado de leyenda en las altas cimas de sus montañas. En ellas merodearon las huestes de Aguahuco y asentó después sus dominios el bravo Zebensuí, errante caudillo, con sus rebaños de más de cien pastores. Tierras de señorío, libres de codicias guerreras, a su amparo alzaron los pescadores las primeras cabañas y dieron comienzo a la rudimentaria industria cuando las artes de la pesca se reducían a sutiles redes de junco, anzuelos de asta de cabra, y sendas varas para azotar los peces en el remanso de los charcos.

Ahora, la Punta del Hidalgo es albergue de un pueblo laborioso y tranquilo, consagrado en su mayoría a las faenas del mar. Solaz de forasteros en el Estío, al llegar el Otoño cobra el habitual sosiego de su vida humilde. Ya no se oye en sus playas el rumor de los bañistas. Ya no cubren las blancas sábanas los negros arrecifes. El musgo extiende de nuevo su tapiz verde a lo largo de la ribera, llena de bajíos. Allá, en la honda ensenada de San Mateo, retumba el mar embravecido, anunciando tormentas próximas. Las Furnias están solitarias; los mariscaderos desiertos. Todo es silencio. Sólo en los pedregales del llano se oyen los cencerros de los camellos, que asoman sus gibas sobre las ramas de los tarajales. Y, dominando el paisaje, "Los dos hermanos", allá, en la estribación de la cordillera, proyectando sus sombras sobre el mar.

Los dos terminando en punta,
como dos conos inmensos,
tan iguales, que parece
uno del otro reflejo.

¡La trágica leyenda, perpetuada en la roca para recuerdo de todas las generaciones! ¡Gigantesco túmulo de los desafortunados amantes que, al descubrir su secreto cruel, arrojáronse a las profundidades del abismo mientras un rayo fulminaba su cólera sobre la montaña maldita, partiéndola en dos!



Contrastando con la soledad del campo, en el recogimiento de la tarde otoñal, todo es animación y bullicio en el antiguo caserío de La Hoya. La pina calzada, fronteriza a la marina, iluminada por el sol poniente, muestra hasta los más íntimos recovecos del barrio: "goros" sombríos, patios con tenderetes de ropas, fogones y vernegales, poyos con tuestos de albahaca bajo parralillos entecos, de hojas castradas por la marecía; críos desnudos, quemados por el sol, y viejas carmenándose las greñas o tejiendo copos de lino. Y, como nota de color, los ocre y los azules de las casas y el blanco de las velas marineras tendidas sobre los muros de las huertas.

Con sus aparejos y sus hatillos al hombro, grupos de pescadores ascienden por la vieja calzada. Las blusas azules alternan con las camisas de franela roja, manchadas de salitre. Abajo, en El Puerto, quedan aún algunos varando los barcos o recontando la pesca en medio de un corro de mujeres que vociferan mientras trasiegan con el pescado. Recalan, en tanto, los últimos barcos, y óyense en tierra voces que apagan los golpes del mar sobre las duras rocas.



"Y, dominando el paisaje, "Los dos hermanos",
allá, en la estribación de la cordillera, proyectan-
do sus sombras sobre el mar. ¡La trágica leyenda,
perpetuada en la roca para recuerdo de todas las
generaciones!"

“¡Aguanta el barco!” “¡Arria las velas!” “¡Espera a la ola!”

De bruces en los muros del camino, contemplan la faena los viejos marinos, los que ya por sus años “no usan la mar”. Cada cual va dando su parecer.

—¡Alta viene la marea!

—¡Y los barcos que están todavía por esos mundos de abajo! Si no juyen al tiempo van a tener que ir a varar por San Mateo.

—Todavía no hay tiempos—objeta uno.—Yo he visto la mar más ruin por esta época.

—¿Y esos turromates de nubes y volcanes de viento?—arguye otro, señalando al horizonte sombrío y amenazador.

—Sí,—asiente el más experto de todos—los barruntos no son de calma. Ya se lo dije esta mañana a los míos. No se fien del tiempo. De nadita que vean la mar metiéndose, arranquen pa tierra...

La tertulia marinera se va engrosando con la gente moza, que acude a oír los consejos de los viejos lobos de mar. Lleva la voz el tío Ciriaco, maestro en las lides de la pesca, ducho en el oficio de capear los temporales.

—Para andar por la mar—explica—lo primero es saber donde hay morretes, fangales o arena en el fondo. Saber también guiarse por los astros y los riscos y entrar con oscuro en los puertos, porque el pescador no es como otros que tienen estudio. Luego, si se quiere desempeñar bien el oficio, hay que aprender el manejo de la caña y afinar el pulso, hasta que se pueda decir: “Este peje traigo”. Conocer cuando se clava una sama, un mero o un jurel en cien brazas de agua. Cuando es una cabrilla, un escolar o una vieja. Y luego, no llenarse de humos. ¡Porque cuántas veces viene uno halando un pejito y llega el tiburón y se lo lleva! Tenemos que escapar a toda la

vela, porque una vez que el jaquetón se mete debajo del barco ya no deja coger nada. ¡Hasta una sama la rolan por la mitá! ¡Y cuántas ocasiones viene uno tirando por un mero y a lo mejor de la pesca se lleva el hilo y nos quedamos echando celemines, mirando pa el cielo! ¡Y cuando se nos va un abade y después vuelve y se nos va otra vez, se bota uno de espaldas en el barco, lanzando centellas y renegando del oficio! Pero hay que tener calma, aplacar los nervios, y no hacer promesas en vano, que siempre he oído decir:

¡Virgen, si este peje mato
te doy de aceite un cuartillo!
Y una vez que lo maté...
¡no, Virgen, que es pa freirlo!...

—No han gozado ustedes tiempos en la mar—interviene otro.—Cuéntennelo a mí que estando una noche pescando en el Veril, con una braza de vela arriba porque había mucho tiempo, vino un banco de mar de sotavento y nos reviró la embarcación. A nado tuvimos que ganar la playa de Antequera, y gracias a que una mujer nos dió apoyo, porque el frío nos helaba ya los huesos. Y otra noche, que veníamos en vela y el viento nos dió en sobra, se nos emborcó también el bote y nos quedamos a la buena de Dios. Eramos cuatro y nos pasamos toda la noche agarrados al barco, mientras le rezábamos a la Virgen del Carmen: ¡Virgen santa, como nos des escapatoria te diremos a ver el día de tu santo y a entrar de rodillas con velas en la mano!

—De todos modos—interviene filosóficamente el tío Ciriaco—no hay que quejarse de la suerte que Dios nos dió.

Y añade, señalando a la llanura azul, iluminada por los últimos reflejos del sol:

—¡Este cacho de mar!... ¡El trajín que se le da y siempre tiene pescao!...



Cae la tarde. Los viejos marinos, con su cortejo de gente moza, se van quedando en sus covachas, a refugiarse a la lumbre de los fogones donde ya humea la cena.

De la mar vienen los últimos pescadores, seguidos de grupos de mujeres con las cestas de pescado cubiertas de musgo. Un olor a algas y mariscos se extiende por el barrio.

Con su gueldera al hombro pasa un marinero, canturreando a media voz:

En el mar de Barlovento
se pesca con hilo en caña,
por la boca muere el peje
y por la zanca la araña.

Otro, que viene detrás, con los pantalones arregados hasta la rodilla, chorreando agua, canturrea también:

A la mar me tiré un día
a coger un peje-verde,
y lo que vine a coger
fué una sardina y un guelde.

Y se alejan todos: unos para la Hoya Alta, otros para el Homicián, algunos para San Mateo.

La noche va envolviendo en sombras la playa riñente, orlada siempre de espumas. Arriba, sobre la cumbre, comienzan a brillar las estrellas.

Parecen lámparas votivas alumbrando el negro risco, hendido en dos, que recuerda la trágica leyenda de la desventurada pareja, víctima del secreto cruel. “¡Los dos hermanos!...”

Rincones históricos



"El Socorrito... Un molino desmantelado, con sus paredones en ruina; más allá, el barranco de las Cuevas, y a la crilla de éste una casona sombría, de largo corredor de tea ennegrecida por el tiempo..."

El Socorrito... En el valle de Tegueste el Nuevo. Un molino desmantelado, con sus paredones en ruinas; más allá el barranco de las Cuevas, y a la orilla de éste, pasando por una vieja portada, una casona sombría, de largo corredor de tea ennegrecida por el tiempo. Una extensa plaza tapizada de hierbas de profusos colores, entre las que alternan las maravillas y las amapolas, las tederas y la grana, y al fondo la ermita, alegre y blanca, rodeada de acacias floridas.

Un campesino de los contornos, señalando al paisaje, nos va citando nombres de montañas y lugares circundantes: La Atalaya, con su amplia meseta, La Orilla, Montaña Grande, Lomos de Isoria y del Cuervo, y continuando el semicírculo de la cordillera, El Infierno, Portezuelo, La Padilla, El Boquerón y Pico Bermejo con sus campos humedecidos por las primeras lluvias, alfombrados de "relinchones". Y detrás del Lomo de Isoria,—añade, como queriendo evocar un nombre famoso en toda la comarca—el Monte de las Peñuelas... ¿No han oído ustedes hablar de él? Pues allí está, detrás del Lomo de Isoria...

¡Las Peñuelas! El desfiladero trágico, de histórica nombradía, escenario de uno de los episodios memorables de la Conquista. La derrota de las huestes del rey Tegueste; el rasgo de selvática independencia del viejo pastor que inmoló a sus hijos, y se inmoló él después clavándose un dardo en el vientre, para no caer en rehenes de los invasores. Y la defensa brava

de los indígenas acaudillados por Teguaco, que abalanzándose sobre el corcel del capitán Gonzalo del Castillo, lograron apoderarse del famoso guerrero, llevándole a presencia del rey Bencomo, que luego había de sellar sus paces con el cautivo otorgándole presea tan codiciada como la princesa Dácil... ¡Las Peñuelas! ¡Cuánto tiene de evocador este rincón de la tierra canaria, oculto entre los almendros y castañeros de la cumbre, a espaldas de Tegueste el Nuevo!

El Socorrito está en fiestas aquel día. De El Calvario, San Gonzalo, San Luis, El Portezuelo y todos los barrios próximos afluyen nutridas romerías. Los caminos y veredas que bajan de las montañas se llenan de vistosos colores. Pañuelos blancos, amarillos y rosados flamean bajo un sol reverberante, que vierte torrentes de luz sobre la campiña alborozada.

El ámbito de la plaza comienza a llenarse de rumores alegres. Danzas y tamboriles. Repiques anunciando la procesión, y entre una apiñada multitud, la comitiva que comienza a abrirse paso lentamente, precedida de distintas hermandades con hopas blancas y encarnadas. De pronto, una loca que irrumpe entre las filas de las cofradías, bailando al compás del tamboril de la danza. Va y viene, entra y sale a través de la comitiva, dando empujones, metiéndose entre los danzarines, contoneándose ante el alcalde que preside la procesión con grave apostura. Luego desaparece entre la muchedumbre y vuelve a surgir al poco, en incesante torbellino. Al rítmico compás del "tajaraste", alza los brazos y resalla los dedos, y su cuerpo ondulante, con su cabellera al aire y sus ropas andrajosas y rotas, parece una figura de aquelarre en medio del alegre y abigarrado conjunto. Callada, seria, como si desempeñase un ritual sagrado, baila sin cesar, mientras dibujan sus labios escalofriantes muecas, de alma atormenta-

da. Todos la respetan, y, si acaso, algunos sonríen, compadecidos, ante sus gestos estrafalarios.

¿Quién era? ¡La loca de Las Peñuelas!, dice una mujer. Y otra añade: Hay que perdonarla, que está mal del sentido.

Cuando termina la procesión y se apagan los últimos ecos del tamboril, se ve alejarse por una vereda, con su sobretodo al hombro, a la infeliz lunática. Va en dirección al Monte de las Peñuelas, a refugiarse tal vez en aquella misma cueva del viejo pastor de la leyenda guanche, el que inmoló a sus hijos, y se inmoló él también, en un rasgo de selvática independencia...

En medio de su locura y su abandono, ya iba tranquila. ¡Le había bailado a la Virgen del Socorrito!



Ermita de San Benito... Extramuros de la Villa de Arriba. A despecho de todas aquellas severas medidas de proscripción dictadas contra los primeros moradores del barrio, ordenando que ninguna persona fuese osada de hacer casas en él, ni venderle pan, ni vino, ni pescado, ni leña... desde mediados del siglo XVI, San Benito, el santo de los labradores, adquirió general predicamento en la Isla. Elegido Patrono de Tenerife, mandó el Cabildo que se le hicieran tres fiestas en el año, pues desde que el pueblo lo tuvo por abogado, en suertes que se echaron para elegirlo, "había hecho muy buenos temporales y tenido muy buenas cosechas".

Y bajo la égida y amparo del "Señor San Benito", como decían los acuerdos capitulares, el proscrito barrio de la Villa de Arriba se pobló de gente labradora e industrial y de profesionales de diversos oficios—albéitares y herradores, albañiles y carreteros,

tejeros y fogueteros...—con una extensa clientela rural.

Patrón de la labranza, para él fueron siempre las preferencias y devoción de los campesinos. Sus fiestas y derroches de pólvora cuando le llevaban, por Pascua de Pentecostés, a bendecir los sembrados, las futuras cosechas...

¡San Benito! ¡El Señor San Benito! Alegría de los labradores. Canto de boyeros en las eras. Las viejas trojes, limpias de alimañas, aguardando el regalo del Santo. ¡El pan del año!



Santuario de Candelaria, a orillas del arenal... "Puerto alegre, playa limpia"... Si pudieran contarse, nos decía un viejo pescador, las almas que se han acercado al Santuario de la Virgen, serían tantas como arenas tiene la playa...

Los principales menceyes de la Isla la pasearon sobre sus hombros, en rendida adoración. Cien años después, los Adelantados y Regidores acudían a tributarla honores; iban también los pueblos en romerías a visitar su templo, y los Diputados del Concejo "a pedir vida, salud y buenos temporales", proclamándola Patrona de las Islas, Reina y Señora de ellas.

En aquellos tiempos, el pueblecito ribereño, tantas veces codiciado de piratas y berberiscos, mostraba ya su incipiente caserío sobre el blando lecho de la playa. Los bosques de pinares se extendían hasta la mitad de la ladera, y desde ésta hasta el arenal escalonábanse los pequeños huertos regados por norrias y molinos, que con sus aguas transformaban en lozanos plantíos la aridez y sequedad de las tierras.

Habían desaparecido las rústicas cabañas, y el vecindario agrupábase en nuevas viviendas, rodeando la Iglesia recién construída por el segundo Adelantado. Y seguían afluyendo a la histórica playa, cada vez con más copia de gente, romerías de todos los lugares de la Isla; personas de calidad y de humilde linaje; regidores y diputados; cofradías y Parroquias, precedidas de típicas danzas... La leyenda continuaba tejiendo una aureola gloriosa a la Virgen isleña. En las Américas se erigían templos y ciudades con su nombre, y en cada choza canaria siempre había un anciano, sabedor de consejas, que mantenía el rescoldo de la tradición, relatando los memorables episodios acaecidos en la Playa de la Cera: la sumisión de los vasallos del rey Acaymo, el rapto de la Imagen por las naves de Sancho Herrera, las luminarias en el mar y la aventura del cautivo y el moro, viajeros en un arcón desde las vecinas costas africanas... Idolatría sólo comparable, según un historiador inglés, a la que refieren las crónicas de la antigüedad pagana de la célebre diosa de Efeseo.

Todas las descripciones de la primitiva Imagen coinciden en ponderar la belleza artística de la escultura. Pequeña, pues apenas tenía cinco palmos de alta, en un brazo sostenía un niño desnudo, que aprisionaba un pajarillo, y en la mano izquierda un trozo de cirio. Su manto era azul, salpicado de flores de oro; su túnica, amarilla, con airosos pliegues, bajo los que asomaba el pie izquierdo, calzado con una sandalia roja; su cabellera partida en dos, con grandes bucles cayéndole sobre la espalda. El rostro, atrayente, aunque de líneas severas, ennegrecido por el humo de las teas conque la alumbraban los guanches en la cueva de Chinguaro.

¿Era la estatua de alguna diosa del paganismo?
¿De la diosa Menera o de la diosa Astarte, que en la

proa de los antiguos navíos marcaba la dirección de los vientos?... ¿Era, como creía un arqueólogo, una sobreviviente de las ofertas votivas mortuorias hechas por los habitantes iberos de las islas en remotos tiempos? ¿O era, según las opiniones más socorridas, una estatua del arte cristiano del siglo once?

Este secreto desapareció con la Imagen sepultada en los abismos del mar, entre las ruinas del templo arrasado por el aluvión del año 1826. Desapareció también la gracia peregrina de la Virgen de la sandalia roja y el manto azul con flores de oro; pero quedó viva la leyenda y latente y encendido el fervor que hacía congregar a las multitudes en el histórico arenal.

Otra Virgen morena sustituyó a la pequeña diosa gentilica, moradora en los apriscos, que sugestionaba a los vasallos del rey Acaymo y hacía rendir de hinojos a los menceyes. La deidad isleña, talismán de suerte y de gracia, ensalzada en los poemas de la Conquista:

Estrella cuya luz es norte y guía
de aqueste mar sin luz y golfo airado,
que por dar luz de gracia a estos paganos
traéis de luz candela en vuestras manos...

Cualquiera que sea su efigie, ya se la adorne con brocados de seda o diademas de oro, siempre será para los isleños la Virgen de Candelaria, la del color trigüeño y el lunar en el rostro; la que alumbra los senderos del mar. La Virgen morena de la playa, que ha inspirado ese viejo cantar de las romerías al retorno de la fiesta, entre el alegre ajeteo de los carros enramados de palmas:

La Virgen de Candelaria
me tiene hecha una escritura,
de llevarme el alma al cielo
y el cuerpo a la sepultura...



San Miguel de los Angeles... "E por la presente os doy por armas al Arcángel San Miguel, armado con una lanza é una bandera en la una mano, é un escudo en la otra, é debajo puesta una breña do sale de lo alto della unas llamas de fuego, que se nombra Teide, é un león a la una parte de la dicha breña, é un castillo a la otra, é debajo de la dicha breña la dicha Isla de Tenerife, en campo verde, el mar alrededor"... Así reza la real cédula de Doña Juana la Loca, concediendo el escudo de armas de la Isla.

Desde entonces, el arcángel guerrero sentó sus reales en la Plaza del Adelantado, aposentándose en una pequeña ermita edificada por orden del Conquistador. Y allí ha continuado, primeramente junto a los polvorines y graneros del Cabildo, después entre la vecindad de una pila, a un lado, y la recova, al otro. Albergue en un principio del primer Cabildo de la Isla, cuando éste, sin residencia fija, tan pronto se juntaba en las iglesias como en las casas particulares, en un pueblo como en otro, congregáronse en ella, durante más de veinte años, los regidores y escribanos del Concejo que tenían que entender en materias tan arduas y tan múltiples como las relacionadas con la industria, el comercio de Indias y de Europa, la navegación, la pesca, las artes, la salud, los abastos y los regocijos públicos. Y que eran, además, los encargados de disciplinar y armar las Milicias, levantar y municionar las fortalezas y organizar las expediciones contra los moros de la costa occidental de Africa.

Frente a la pequeña ermita, en la extensa plaza rodeada de suntuosas residencias, celebrábanse los palenques presididos por el Adelantado, el Regimiento y la Justicia, en los que corrían parejas la nobleza, se jugaban cañas, se corrían sortijas, toros y patos; organizábanse luchas en que los vencedores ganaban telas de damasco o seda, y se instalaban fuentes de vino para que todo el pueblo pudiera participar de los públicos regocijos. De esta guisa, entre otros acontecimientos notables, conmemoráronse el nacimiento de Felipe II, la paz con Francia, el retiro de Carlos V, la rendición de Barcelona y las victorias de Sicilia y Orán. Y siempre con gran pompa y extraordinario concurso continuaron celebrándose torneos, paradas y desfiles, autos sacramentales, proclamaciones de reyes, y hasta grandes corridas de toros traídos de la Península para festejar el día de San Buenaventura.

Toda la vecindad de la Plaza, además de los ilustres Adelantados, constituíala la más linajuda nobleza, que quiso seguir el ejemplo del Conquistador al afincarse en la parte baja de la Villa. Entre aquella vecindad de distinguida alcurnia figuraban familias de tan alto abolengo como los Grimones, los Anchietas y los Xuáres Gallinatos, de uno de los cuales refieren las leyendas que al morir fué preciso descolgar el cadáver por una ventana de la casa porque no cabía por la puerta, y que ya enterrado se lo raptaron los diablos de la capilla en que se le había dado sepultura. ¡Qué tal sería el noble!

Teatro también de trágicos episodios, la vieja Plaza vió alzarse el patíbulo donde fué decapitado D. Jerónimo de Rojas y Grimón, reo de galante aventura en el vecino convento de las Catalinas; vió blandir las espadas de los defensores del regidor y maestre de campo, D. Tomás de Nava, ilustre prócer

tinerfeño, acosado, en innoble celada, por los pique-ros del general Dávila, y vió amotinarse las multitudes contra el factor Navarro, refugiado en la casa del general Landaeta.

Hasta nuestros días, la antigua Plaza ufanábase de su historia. El llamado "Paseo de las tres", reminiscencia de pasados esplendores, congregaba a nuestras damas en espléndido torneo de lujo y elegancia, y continuó a la vez la tradición democrática de la fiesta con sus alegres verbenas y los sendos conciertos musicales que tanto apasionaban a la clase popular, dividida en bandos rivales.

¡Noches de San Miguel! ¡Gratos recuerdos de la juventud! La novia, el ventorrillo, los fuegos y la algazara del "tajaraste" entre los estallidos de las últimas recámaras... ¡El adiós a las plácidas veladas veraniegas, a los veraneantes que se iban, y a aquel amor bisoño, bajo las frondas de la histórica alameda!



Santuario del Cristo de La Laguna... Vieja iglesia de San Francisco. Tres portales. Uno para el alto de la cruz del Señor. Los otros para los devotos feligreses. Todos con el mismo ornato que tenían cuando eran dintel y adorno del antiguo templo de San Miguel de las Victorias. Quizás hasta con la misma madreSelva que tiende todavía sus ramas sobre uno de los arcos.

¡El Cristo! Cuatro siglos de tradición isleña. Cuatro siglos clavado en la cruz, recibiendo preces y súplicas, consolando a los afligidos. Tradición firme, de profunda raigambre, que nace con los cimientos mismos de la señorial ciudad.

Con tales títulos y la predilección que el primer Adelantado sentía por el Cristo, al que confió la guar-

da de sus restos mortuorios, apenas constituida la Justicia y Regimiento de la Isla, dispuso que se le celebrase una fiesta en cada un año, a 14 de Septiembre, "por las muchas mercedes que se había servido otorgar en las necesidades que en la Isla hubo de falta de salud, de aguas y otras muchas, yendo a su casa en forma de ciudad y haciéndole otros sufragios".

Desde entonces, por los viejos pórticos pasaron legiones de fieles, de toda condición y linaje, a rendir pleitesía al Cristo de San Miguel de las Victorias. Desfilaron bajo sus arcos las Levas para Flandes, los Tercios para Portugal y Extremadura, las Milicias triunfadoras de las invasiones extranjeras, los Corregidores y Capitanes a guerra, el Cabildo con su Alcalde Mayor, regidores y escribanos, precedido de reyes de armas y clarineros; las Cofradías del Viernes Santo con sus largas túnicas de anascote, golilla y caperuza negra, llevando hachones encendidos; las multitudes en sus fiestas de toros, cañas y comedias, libreas y torneos; las damas de antifaz de las verbenas populares... ¡Y hasta el propio Cristo, indemne del incendio de la antigua iglesia, bajo la lívida luz de un amanecer trágico!

¡Arcada de San Francisco! Pórticos para las alegrías y para las penas! Por ellos pasaron también, con sus velos negros, madres atribuladas, con penas ocultas y lágrimas en el corazón, a rogar por el hijo enfermo o el soldadito que se fué a la guerra. Y con los brazos suplicantes, extendidos en cruz, a expresar su dolor: ese dolor mudo y sereno de las madres canarias, avezadas al sacrificio, que jamás sintieron el desaliento de la duda; que saben sufrir y saben esperar...

¡Portales del Cristo!... Portales que vieron desfilar, bajo sus arcos, a las viejas Levas y los aguerridos



“Portales de San Francisco... Portales que vieron pasar bajo sus arcos a las antiguas Levas y a los aguerridos Tercios, a próceres y plebeyos, a las madres doloridas y a las mozas llenas de ilusión, aquejadas de mal de amores...”

Tercios, a próceres y plebeyos, a las madres doloridas
y a las mozas llenas de ilusión, aquejadas de mal de
amores... por ellos pasó también la copla del pueblo,
entre el lamento de una folía:

Al Cristo de La Laguna
mis penas le conté yo;
sus labios no se movían,
y sin embargo, ¡ay!, me oyó...

Arte isleño.-Los precursores

Un país con tal caudal de tradición, favorecido por tan especiales dones de naturaleza, y con un ambiente regional tan característico, no fué, aunque parezca paradójico, fecundo en grandes artistas. Pró-digo en ingenios, rico en intelecto, aficionado a las empresas románticas y los atuendos guerreros, ese mismo espíritu dinámico de la raza, que apenas surgido a la luz de la civilización se irradiaba por las inmensas pampas y las vírgenes florestas de América, por los remotos mares antillanos o las desiertas playas africanas, no sintió hasta nuestros tiempos la inquietud y la emoción del arte. Manos expertas para esgrimir la espada o llevar el timón de los bajeles, una costra de aspereza e insensibilidad incapacitábalas para otros empleos. La juventud, a su vez, propensa al misticismo, a la vida ascética, seguía las huellas de los conquistadores en caravanas de misioneros y catequistas, unos triunfantes en sus empeños, como los Anchietas y Alarcones, otros caídos en la maleza o acribillados por las ballestas de los indios. Y en tanto la raza escribía su epopeya de gloria y sacrificio en el nuevo continente, la vida en las islas transcurría en una completa aridez espiritual. Sensación de páramo, de sequedad, de agonía, que se prolongó más de dos centurias. De aquellos tiempos, yermos e infecundos para el arte, sólo quedaron huellas estéticas en los viejos miradores y balcones del siglo XVII, en los coros y retablos de algunas iglesias, y sobre todo en esa magnífica y ponderada joya

del púlpito de la Concepción de La Laguna, prodigio de la gubia y del escoplo, notable monumento, de clásica factura y primorosa ejecución; obra, según la leyenda, de aquellos humildes artífices que el vulgo bautizara con el nombre de "Los Brujos". Brujos en verdad por los sortilegios de sus manos y el destello de inmortalidad de su creación artística, digna de los más gloriosos escultores.

Una luz nueva, a mediados del siglo XVIII, comienza a alborear en los horizontes canarios. Se perfeccionan los talleres, se crean Escuelas de Dibujo y de Música, se extienden y fomentan las artes manuales con recompensas para los mejores alumnos, pero los medios educativos continuaban siendo escasos o muy limitados, y de ello se resentían los artistas de la época en estas frases de un memorial dirigido al Cabildo de Gran Canaria: "que ya que hacía venir de Génova, a elevado costo, tanta cantidad de mármoles, teniendo las islas preciadas piedras en las canteras de Fuerteventura, sería más provechoso traer artífices que labraran las del país, enseñando a los naturales."

Tal era en aquellos tiempos, como lo es todavía, el principal escollo para el florecimiento de las artes isleñas: la limitación de medios educativos, la escasez de estímulos, la sequedad del ambiente... Y algo más sensible y desalentador todavía: las pequeñas envidias, la falta de calor afectivo y cordial para todo ilusionado pensamiento artístico. Ya lo decía uno de los ingenios de la época: "Del poco auxilio de los paisanos yo he hecho empeño en no desanimarme".



Sin las inquietudes y zozobras de las centurias anteriores, ya en un ambiente más límpido y sosegado, el arte comienza a cobrar prestigio en la Isla. La Pin-

tura, de vuelos hasta entonces raquíuticos, ya no era un balbuceo, un oficio de unos cuantos embadurnadores de lienzos y altares; ahora era una revelación en Luis de la Cruz y Ríos, y más tarde, pregón de triunfo en Valentín Sanz y González Méndez. Y aun nos reservaba otra sorpresa: un gran prestigio musical, Teobaldo Pówer, el recopilador de nuestros Cantos canarios... Todos con alas en el espíritu para traspasar los horizontes nativos en vuelos raudales. Los cuatro, soñadores, románticos, impacientes de gloria. Cada uno con su modalidad, su estilo y su arte distintos.



Luis de la Cruz... de origen humilde; hijo de un famoso repujador y tallista del Puerto de la Orotava—Manuel de la Cruz—, heredó de éste la vocación artística y de su maestro, Juan de Miranda, la habilidad técnica. Director de Dibujo de la Escuela del Real Consulado de La Laguna, se acreditó desde muy joven por sus retratos al óleo y al temple, así como por sus bustos de barro, lo que le proporcionó numerosa clientela entre las clases pudientes y aristocráticas del país. Pero su verdadero predicamento artístico lo obtuvo en la capital de España. Pintor de cámara a los tres años de residencia en la Corte, su fama trascendió al Extranjero, no ya sólo por sus cuadros, sino, principalmente, por los trabajos de miniatura que tanto nombre le dieron, colocándole al nivel de los grandes especializados en este arte: Rivero y Castro Velázquez, Roxas y Monroy, Udías y Ramonet.

Fué éste el momento de más apogeo y celebridad de Luis de la Cruz, "El canario", como le llamaban en España, predilecto de la nobleza, distinguido en

la Corte, condecorado por el rey Carlos X de Francia. Desplazado más tarde por el ascendiente que ejercía en los círculos madrileños su rival Madrazo, se trasladó a Málaga, y, ya en el ocaso de su vida artística, enfermo, achacoso, *sin fortuna*, solicitó una plaza en la Academia de Bellas Artes de Tenerife. Se le concedió el puesto, como un honor para la tierra, y ya se disponía el artista a volver al país cuando le sorprendió la muerte (1850) en un hospital de Antequera.

Así murió, con sus laureles marchitos, pobre y abandonado, el artista que tanta fama había adquirido fuera de los patrios lares; aquel humilde artesano del Puerto de la Cruz, modesto pintor de retablos, que sin más patrimonio que sus pinceles y su paleta emprendió las rutas del mundo y pudo ascender, él solo, a las cimas del arte, ocupando un puesto preeminente entre los grandes pintores españoles.

De su copiosa labor quedaron en el país numerosos retratos al óleo, varios cuadros de episodios religiosos que se conservan en el templo parroquial del Puerto de la Cruz, su pueblo natal, otro de grandes dimensiones, representando las Animas, en la iglesia de Arrecife de Lanzarote; dos retratos de personajes de la realeza española en la Universidad de La Laguna, y en los Museos y colecciones particulares de Madrid sus mejores lienzos: "Flores y frutas", "Un húsar", y retratos de Isabel II, la infanta Doña María Francisca de Braganza, los infantes Don Carlos María Isidro y Don Francisco de Paula Borbón, todos de irreprochable factura y depurado estilo, al decir de los críticos nacionales que exaltaron la personalidad de "El canario". Fué, indiscutiblemente, nuestro mejor pintor, el de fama más universal, pero a su recuerdo—lamentable es decirlo—no ha rendido el país el homenaje que merecía.



Valentín Sanz... Otro hallazgo feliz. La revelación de un gran temperamento y una fina sensibilidad para captar el paisaje. Valentín Sanz, el joven taciturno, cenecño, de espaciosa frente, mirada triste y natural huraño, reconcentrado siempre en sus idealismos, esquivo al ambiente social, absorto en sus preocupaciones artísticas; con una escondida ilusión en el pecho—una mujer—y un modesto estuche de pintor en sus manos.

Siempre solitario, errabundo y pensativo, veíasele vagar por nuestras campiñas o por las “calles estrechas y solitarias”, como el poeta sevillano, “buscando los rincones oscuros y los ángulos de los patios interiores, donde crece la yerba y la humedad enriquece con sus manchas de color verdoso la tostada tinta de los muros”. Y alguna que otra vez, acercarse, tímido y cauto, al rincón florido—una blanca casita de Tacoronte, oculta entre pámpanos y geranios—donde moraba su ilusión juvenil: la musa rubia, de ojos azules, escondida como la moza becqueriana tras la celosía adornada de campanillas azules...

Herido acaso de desengaños, con prematuras tristezas en el alma, estas nieblas de su espíritu parecen reflejarse en la tonalidad gris de sus primeros cuadros. Paisajes de cielos oscuros, de horizontes neblinosos y melancólico ambiente. Una choza ennegrecida y chata, un hato de ovejas con los vellones teñidos de barro, un pastor arropado en su manta, y por todo ornato vegetal unos castaños solitarios, unas matas de retamas deshilachadas, con tenues puntos amarillos, y un pequeño sembrado de coles sobre la tierra colorada y esponjosa. O un paredón en ruinas, con los cimientos socavados por las aguas que se vierten sobre un lecho de musgo. Paisajes de luz opaca, de atardeceres tristes, de la Vega envuelta en

lutos de invierno, sin más ecos que la canción des-acorde de las ranas en los cañaverales sombríos. Y, sin embargo, en estos primeros óleos de Valentín Sanz palpita toda el alma de la tierra. Aquellos son, en efecto, nuestros paisajes, sin mixtificaciones ni pompas extrañas. Estos paisajes, desconcertantes para las miradas extrañas, vistos de tan especiales maneras por cuantos escritores y artistas, ajenos al país, han pretendido dibujarlos. Impresiones distintas, pinceladas fugaces, que a veces resultan pintorescas. Así, por ejemplo, para el ilustre autor de "La Barraca", el paisaje es una costa festoneada por una áspera flora de chumberas y pitas, guardando tras las volcánicas montañas del litoral el secreto de ocultos valles tropicales; para Rusiñol, un montón de casas que parece que bajan de la montaña y se paran al pie del mar, y entre plataneras, ventanas pintadas de tono de sol: verde, azul claro, azul marino, rosa de piel de grana; para Claude Farrère, una yuxtaposición de colores rojos, blancos, verdes y sobre todo amarillos; miradores, celosías y grandes ojos atrincherados en todos los rincones; para Unamuno, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien, un silencio y una soledad que se meten hasta el tuétano del alma, una torre oscura, tronchada; para Salaverría; panorama riente, fiesta de color; para Lecerclercq, montañas de belleza clásica, tintes aterciopelados, un encanto que no se puede definir; para Sagarra, fertilidad africana, insospechado exotismo, playas de azabache, y una ampolla monstruosa y volcánica, el Teide...

Para Valentín Sanz el paisaje era la emoción, el sentimiento y el detalle: una choza, una fuente, una cumbre, una ermita, un charco... La expresión plástica de aquellas estrofas de Estévanéz, traducidas en colores y armonía:

Un barranco profundo y pedregoso,
una senda torcida entre zarzales,
un valle pintoresco y silencioso...

.....
Un gallardo mancebo en la montaña
que las cabras monteses perseguía,
en la cima del monte una cabaña,
y un torrente que al valle descendía...

Y fué, después, superación, equilibrio, justeza de colorido y perfección técnica al retorno del pintor de su largo peregrinaje artístico por España, Italia y América, con su fama ya sólidamente cimentada. El que había sido discípulo predilecto de Carlos de Haes, depurador y perfeccionador de su estilo, al reintegrarse al solar nativo recluyéndose en un bello rincón —“Las Gavias”, de La Laguna— muestra un sentido más cordial, una visión menos sombría de la naturaleza, y pinta aquel magnífico cuadro, “El barranco de la carnicería”, y otros no menos notables de la colección de nuestro Museo. Se advierte en ellos la nueva modalidad del artista y el tono más suave, menos agrio, que pone en el colorido y en la manera de sentir y expresar el ambiente. Ya no son aquellos nubarrones oscuros, aquellos cielos encapotados y tristes, aquella sensación de “chipe-chipe” lagunero, abrumadora, amargadora, de los anteriores óleos. Ahora los horizontes tienen tonalidades más claras, las aguas brillos y transparencias de lagos, los valles y montañas, perspectivas más luminosas. Ya la Vega no es una llanura en sombras; ahora es una cinta azul-violeta en la lejanía. Ya no lagrimean las copas de los árboles sobre la tierra empapada de agua; ahora son ramas que se entrelazan y desprenden del lienzo; gajos de viejas higuéras azotadas por el viento; brazos erguidos, desnudos de todo ropaje,

que en la primavera volverán a vestirse de hojas, a llenarse de frutos y de nidos. Sobriedad de líneas, armonía de detalles, riqueza de matices, expresión viva y palpitante del paisaje canario. El verdadero, el auténtico paisaje canario, que sólo la gran sensibilidad de Valentín Sanz supo expresar hasta entonces.

Fueron éstos, también, los últimos recuerdos del artista; su ofrenda de despedida a la tierra. El Destino le llevó otra vez a correr aventuras, a entregarse en brazos del azar, buscando siempre emociones y horizontes nuevos; pero la suerte, en esta ocasión, le hubo de ser adversa. Trabajó y luchó con renovado empeño; obtuvo una plaza de profesor en la Academia de Bellas Artes de la Habana, y cuando le sonreía la ilusión de una vejez tranquila, sin agobios, en el remanso de su hogar, al hacer una jira por las costas de Norteamérica para tomar apuntes en los lagos de State Island, contrajo una afección palúdica que le ocasionó la muerte en la plenitud de sus facultades, a los 52 años de edad.

Las aguas azules y tranquilas, que habían sido fuente de inspiración del pintor, fueron también el sudario de nuestro gran artista, el genial intérprete del paisaje canario.

Pero ya había satisfecho su mayor afán: ya había encontrado la musa rubia, de ojos azules, en una bella antillana, Lola Muñoz, su amante compañera, la mujer soñada por aquel mozo de mirada triste y natural huraño, que temía acercarse a la casita blanca de la campiña tinerfeña...



González Méndez... Le conocimos en su estudio del antiguo Camino de los Coches. El artista, blandiendo en sus manos un martillo y un escoplo, daba los úl-



“Valentín Sanz... De espaciosa frente, mirada triste y natural huraño, reconcentrado siempre en sus idealismos, esquivo al ambiente social, absorto en sus preocupaciones artísticas...”

timos retoques a una talla en madera. Unos relieves, estilo Renacimiento, en gruesos tablones de tea resinosa y llena de nudos, en los que invirtió sus ocios durante dos años. En aquella labor ayudábanle a ratos los inteligentes obreros, Manuel Espinosa y Francisco Quintero, sus discípulos en esta clase de trabajos, por los que demostraba especial afición.

La estancia era amplia, de grandes ventanales y elevado techo. Todo en ella denotaba el refinado gusto del artista. Magníficos tapices, trofeos, panoplias y armaduras. Antiguos bargueños, caballetes y profusión de cuadros en las paredes. En una pequeña mesa, que lucía en su centro un coco tallado, se amontonaban numerosas revistas francesas. En una de ellas, "La Revue du Bien dans la Vie et dans l'Art", aparecía un retrato del pintor y en otras páginas un amplio juicio crítico de sus obras. Lo firmaban dos conocidos literatos franceses, los hermanos Paul y Georges Romilly. Al comienzo del escrito decían: "El proverbio de que nadie es profeta en su tierra no tiene valor en España. Las Islas Canarias se enorgullecen hoy de tres de sus hijos, igualmente y diversamente célebres: un político, León y Castillo; un novelista, Pérez Galdós, y un gran pintor, González Méndez."

A continuación, los hermanos Romilly consignaban los rasgos más salientes de la vida artística del pintor: sus primeras luchas en París, en los días de zozobra de la invasión prusiana, tiempos de privaciones y agobios económicos en los que tuvo que dedicarse a pintar abanicos para proporcionarse medios de vida. A los dos años de rudo batallar, su primer triunfo: un premio de la Escuela de Artes Decorativas por un trabajo de escultura. Luego, su ingreso en la Escuela de Bellas Artes para dedicarse exclusivamente a la Pintura; su excursión más tarde por España y

Canarias para obtener apuntes de viejos pescadores y campesinos, estudios que le valieron grandes elogios del profesor Gerome y de sus compañeros de la Escuela. Y ya con una completa preparación técnica, sus éxitos en la Exposición de París de 1876 y en los certámenes de la galería Georges Petit, donde presentó un catálogo de más de ciento cuarenta trabajos en pintura, pastel, acuarela, tinta china y dibujos. Suceso resonante en los círculos artísticos y en el gran público de París, que le colocó a la cabeza de los más destacados pintores de la época, y por cuyo triunfo, a propuesta unánime de la Asamblea, fué concedida a nuestro paisano la cruz de la Legión de Honor.

Anotemos, por último, algunas de sus obras más elogiadas: "Un duel soux Louis XIII", "Un vieux charrón" (premiada en la Exposición Universal de 1889), "Le conseil du Vieux Maitre", "Una audición del siglo XVII", "Eurique III", un retrato premiado en la Exposición de 1900, sus trabajos decorativos en Tenerife y su cuadro, "Fiesta palmera", de asunto regional, aparte de gran número de "panneaux", dibujos alegóricos y en tinta china, que, a juicio de los críticos, podían ser comparados a las ilustraciones de los más célebres maestros de la época, Maurice Leloir, Julien Blant y otros. En todas sus obras supo ser colorista sin sacrificar la pureza del dibujo.

Glosando el poema maternal simbolizado en uno de sus cuadros, "La jeune mère",—una bella campesina bretona de blancas tocas, dormida junto a la cuna del hijo de cabecita rubia—, un gran poeta francés, André Barde, escribió esta estrofa:

La fileuse a file su tard, cette veillée,
 que le fil a glissé de son doigt nonchalant,
 Qu'elle a laissè dormir sa paupière éveillée,
 Et son somniell se penche au somniell de l'enfant.

Cuando abandonamos el estudio, el ilustre pintor nos tiende su mano, en cordial efusión, y nos dice:

—Hace usted bien en acercarse a nosotros, los artistas. Que todo no sea hablar solamente del plátano y el tomate...



Teobaldo Pówer... El más popular y representativo de nuestros artistas, el de vida más intensa y más breve.

En la infancia todavía, cuando aún no había cumplido ocho años, ya conquistaba triunfos como concertista de piano; primero en Tenerife, después en los teatros de Madrid y Barcelona. En la ciudad condal practica sus estudios de música, bajo la dirección del maestro Balar, e ingresa después en el Conservatorio de París, donde obtiene el primer premio en armonía y luego en composición. Da conciertos en distintas localidades francesas, marcha después a América; vuelve más tarde a París para dirigir una compañía de ópera, y se traslada por último a Madrid, donde transcurren los años más agitados de su vida artística en bohemia camaradería con Bretón, Fortuny, Bécquer, Isaac Albéniz, y otros de sus colegas de la época: románticos, geniales y pobres como él. Tras una breve estancia en Tenerife, desembarca en Lisboa y en el Teatro Real de San Carlos obtiene, en brillantes conciertos, éxitos ruidosos y la protección y simpatía del rey Don Luis, que le honra con el título de pianista de cámara. Por último, su ingreso como profesor en el Conservatorio de Madrid, tras reñidas oposiciones con once de los más notables músicos de España.

¿Qué más podía apetecer un artista joven, imberbe todavía, colmado de honores y laureles, aplaudido por los grandes públicos? Nada. Únicamente lo que la

naturaleza, con despiadado designio, le escatimaba cada día más: la salud. Y el gran músico, enfermo, torturado de fiebres, buscó un remanso de paz en la vecindad de nuestro bosque de Las Mercedes. Efemérides memorable, porque de esta tregua del artista nació su más afortunada producción: "Los Cantos canarios". Estampa sonora, la más evocativa, sentimental y honda que podía legar a su patria el músico glorioso. ¡Emoción isleña, caldeada en el pecho febril del artista enfermo, que se vierte en lágrimas y alegrías en nuestro espíritu!

¡Cantos canarios! El inspirado músico lo había dicho ya en sus juicios críticos sobre el arte. Al apropiarse los temas populares, el compositor los desarrolla y adorna, formando obras donde brilla la sonoridad, la riqueza del ritmo, de la armonía, de las modulaciones, pero perdiendo aquéllos algo de su primitivo origen. El mérito del músico consiste en amalgamarlos, en hacer compatible la originalidad de la primitiva expresión con la riqueza artística. Y éste fué el acierto de Pówer, el secreto de su triunfo, porque la principal belleza de esta clase de obras—frases también suyas—proviene de la espontaneidad en el sentimiento y la gracia y originalidad que reciben de los naturales impulsos del corazón...

Desde aquella noche inolvidable—5 de Agosto de 1880—en que se dió a conocer la sinfonía famosa en los salones de "Santa Cecilia"—velada histórica en nuestros fastos artísticos—ya Canarias tuvo su poema musical. Ya quedaron engarzadas, en espléndido y magnífico joyero, las cadencias regionales hasta entonces desarticuladas y dispersas. Ya la música canaria fué algo más que una tonadilla agreste, un guineo, un tañido de flautas, una canción aldeana, un suspiro de guitarras callejeras en la soledad de la noche, un alarido indígena en la montaña... Desde

entonces, nuestros Cantos fueron un himno del pueblo, un hosanna y una exaltación de la raza. Una música propia, esencialmente nuestra, en que se juntan y armonizan el vigor del espíritu guanche en sus danzas desconcertadas y selváticas, con la gracia y el acento hondo de las folías, la nostalgia insular de la isa, la indolencia rústica del canto del gañán en las eras, y toda la sensibilidad y ternura de la mujer isleña en ese arrullo maternal que pone temblores de emoción en lo más íntimo de nuestros recuerdos...



¡Estampas tinerfeñas! ¡Estampas de la tierra! Ahí están, como huellas e imágenes vivas y palpitantes, en la obra de estos románticos de la pasada centuria; precursores y creadores de la tradición artística del país, que en ellos tuvo las raíces más firmes, su máximo prestigio.

¡Estampas del pasado! ¡Estampas inolvidables! Ahí las tenéis, aunque oscurecidas por trágicos nubarrones. Tras ellos sigue viviendo la tradición, aguardando nuevas auroras. ¡Cuando torne la paz a las almas y la comunión fraterna a los pueblos! ¡Cuando las madres canarias, alegres y gozosas, vuelvan a cantar el "arrorró"!

The image displays two systems of musical notation for piano. The first system consists of four measures, each marked with a forte piano (*fp*) dynamic. The melody in the treble clef features triplets and slurs, while the bass clef accompaniment includes chords and slurs. The second system also consists of four measures, characterized by a rhythmic pattern of eighth notes in the treble clef and chords in the bass clef. Both systems include various musical notations such as slurs, ties, and ornaments.

Cantos canarios... Toda la sensibilidad y ternura de la mujer isleña en ese arrullo maternal que pone temblores de emoción en lo más íntimo de nuestros recuerdos...

Índice

Índice

	Páginas
Prólogo	5
En la cumbre	15
El volcán	23
El Monte de las Aguas	35
La fuente de la Guancha	41
Roque Negro	49
El llano de los Molinos	55
San Diego del Monte	65
Convento de las Catalinas	79
La Cruz Chiquita	89
Las Mercedes	99
Los esperanceros	111
Clementoria	119
La centenaria	127
Tierras del Sur	137
El Zarzalero	143
La Verdellada	151
Lagares	159
La Viña de Alzola	167
Hidalgos	185
Poetas del mar	197
Chisteras	205
Los nísperos de Don Quintín	213
Los dos hermanos	251
Rincones históricos	259
Arte isleño.—Los precursores	273